



Óscar Alonso Acosta Barrientos

Resistiendo en el taller

La zapatería en la era global

 **Editorial**
Uniclaretiana

**Resistiendo en el taller:
la zapatería en la era global**

301.57
AC185

Acosta Barrientos, Óscar Alonso
Resistiendo en el taller: la zapatería en la era global / Óscar Alonso Acosta Barrientos.
Medellín: Editorial Uniclaretiana, 2025.

190 páginas 16.2 x 21.3 cm.
ISBN impreso : 978-628-96917-1-9
ISBN digital : 978-628-96917-2-6

1.Cali—Valle del Cauca 2.Cali—Barrio Obrero 3.Cali— Barrio Sucre 4.Historia—
Zapateros 5.Antropología—Etnografía 6.Antropología — Trabajo 7.Antropología —
Oficios

Uniclaretiana-CO / Spa / RDA
SCDD 23 / Cutter-Sanborn

© Óscar Alonso Acosta Barrientos
© Fundación Universitaria Claretiana-UNICLARETIANA
© Editorial Uniclaretiana
Vigilada Mineducación

Resistiendo en el taller: la zapatería en la era global
ISBN impreso: 978-628-96917-1-9
ISBN digital: 978-628-96917-2-6
Regente: Luis Armando Valencia Valencia, CMF
Rector: José Agustín Monroy Palacio, CMF
Vicerrectora académica: Adriana Milena Mora Botina
Grupo de investigación:
Grupo de Estudios Sociales Comparativos-GESC-Universidad del Cauca
Coordinador del Sistema Editorial: Efraín Arturo Ferrer de la Torre

Servicio de publicaciones: Editorial Uniclaretiana, 2025
Correo electrónico: editorial@uniclaretiana.edu.co
<https://www.uniclaretiana.edu.co/> Quibdó (4) 672 60 33 - CAT Medellín (4)
6045780

Reservados todos los derechos. Ni la totalidad ni parte de esta publicación pueden reproducirse, registrarse o transmitirse por ninguna forma o sistema de recuperación de información, ni por cualquier otro medio, sea electrónico, mecánico, fotoquímico, magnético o electroóptico, por fotocopia o grabación, sin permiso previo por escrito del autor.
Impreso en Samava Ediciones - Popayán 2025

Resistiendo en el taller: la zapatería en la era global

Una perspectiva sociohistórica y antropológica
de los zapateros de los barrios Obrero y Sucre
de la ciudad de Cali, Colombia

Óscar Alonso Acosta Barrientos



En honor a Ernesto Acosta, el profe, mi padre.

Contenido

| | |
|---|-----------|
| Agradecimientos | 13 |
| Prólogo | 15 |
| “Ahora cualquiera puede hacer zapatos” | 19 |
| La zapatería en sus albores: período colonial y republicano | 27 |
| Artesanos-zapateros en el nuevo mundo: surgimiento y consolidación del oficio | 27 |
| De la revolución al libre cambio: la zapatería entre proteccionismo y liberalismo | 36 |
| Herencias del oficio: continuidades y transformaciones en el tiempo colonial y republicano..... | 51 |
| Políticas y transformaciones: la zapatería en el siglo XX | 55 |
| Modernización tardía: políticas industriales en la zapatería caleña del siglo XX | 57 |
| Tránsito a la modernización | 60 |
| Desarrollo manufacturero y artesanos | 61 |
| Futuros barrios zapateros: Obrero y Sucre | 64 |
| <i>Industrialización: intervencionismo moderno</i> | 70 |
| Educación | 76 |
| Población | 79 |
| Espacio | 82 |
| Consolidación de la zapatería en Cali | 83 |

| | |
|--|-----|
| ¿De zapateros-artesanos a zapateros-fabriles? | 90 |
| Libre comercio e importación. El impacto de las políticas neoliberales | 93 |
| La zapatería después de los ochenta | 94 |
| <i>Primeros impases comerciales en la internacionalización del calzado</i> | 100 |
| <i>Importación de mercancías chinas</i> | 105 |
| La solución es copiar | 111 |
| El espacio socio-productivo de la zapatería: pasado y presente del taller artesanal | 113 |
| Los barrios Obrero y Sucre: más que barrios de zapateros | 114 |
| Los talleres de zapatería | 125 |
| Vida laboral, el parche y el imaginario | 133 |
| La familia como reproductor del espacio | 137 |
| El arte de hacer zapatos | 139 |
| Operaciones de Producción: maestría y técnica en el taller artesano | 139 |
| Modelada | 142 |
| Cortada | 146 |
| Guarnecida | 149 |
| Soladura | 152 |
| Emplantillado | 156 |
| Los zapateros artesano-fabriles: identidad y saberes en la práctica zapatera | 158 |
| Ventas, crisis y nueva táctica tecnológica | 161 |
| Un nuevo escenario | 162 |
| “Hay que seguir haciéndole, pues es lo que se sabe hacer” | 170 |
| El oficio de ser zapatero a comienzos del siglo XXI | 171 |
| Glosario | 177 |
| Referencias | 181 |

Índice de figuras

| | |
|---|-----|
| Figura 1. Cali del siglo XIX | 59 |
| Figura 2. Cali de principios del siglo XX | 64 |
| Figura 3. Zapateros a principios del siglo XX | 78 |
| Figura 4. Talleres de Zapatería entre 1940 a 1980 | 84 |
| Figura 5. Talleres de zapatería entre 1982 y 1990 | 96 |
| Figura 6. Revista Calzacueros | 97 |
| Figura 7. Taller de zapatería | 99 |
| Figura 8. Talleres de zapatería entre 1991 a 2000 | 104 |
| Figura 9. Talleres de zapatería entre 2001 a 2010 | 106 |
| Figura 10. Importaciones de calzado y marroquinería | 107 |
| Figura 11. Talleres de zapatería entre 2011 a 2019 | 108 |
| Figura 12. Talleres, peletería y servicios de 1982 a 2019 | 110 |
| Figura 13. Carta de Santiago Moreno | 120 |
| Figura 14. Equipo de fútbol de zapateros | 122 |
| Figura 15. Panadería Mickey | 125 |
| Figura 16. Fachada de casa del barrio Obrero | 126 |
| Figura 17. Casa taller | 128 |
| Figura 18. Cuarto de bodega | 133 |
| Figura 19. Peletería | 134 |
| Figura 20. Letrero de Calzado Luifer | 136 |
| Figura 21. Diagrama de operaciones | 141 |
| Figura 22. Modelaje | 143 |
| Figura 23. Moldes | 145 |
| Figura 24. Cortadora | 147 |
| Figura 25. Troqueladora | 148 |
| Figura 26. Guarnecedor | 151 |
| Figura 27. Solador 1 | 152 |
| Figura 28. Hormas | 154 |
| Figura 29. Solador 2 | 155 |

| | |
|--|-----|
| Figura 30. Mujer emplantillando | 157 |
| Figura 31. Zapateros artesano-fabriles | 159 |
| Figura 32. Entrevista a Richard publicada en Calzacueros | 168 |

Índice de tablas

| | |
|--|----|
| Tabla 1. Participación del valor agregado | 75 |
| Tabla 2 Cuadro del valor agregado y empleo de la estructura industrial 1945, 1964, 1974 | 75 |
| Tabla 3. Población de Cali, 1912-2015 | 80 |
| Tabla 4 Producción nacional 1950 | 89 |

Agradecimientos

La culminación de este libro ha sido posible gracias al generoso apoyo y colaboración de numerosas personas e instituciones. Al igual que en la creación de un zapato —donde múltiples manos participan en cada fase del proceso—, este proyecto ha contado con la contribución invaluable de muchas personas que, directa o indirectamente, dejaron su huella en estas páginas. A todas ellas, mi más sincero y profundo agradecimiento. Este libro es también resultado de su esfuerzo, de su dedicación y de los caminos compartidos.

En primer lugar, agradezco a Efraín Ferrer y a la Editorial Uniclaretiana, por hacer posible el sueño de convertir esta investigación en una publicación tangible. De igual manera, al Grupo de Estudios Sociales Comparativos (GESC) y al Doctorado en Antropología de la Universidad del Cauca, por su respaldo institucional y apoyo a la financiación de este trabajo.

Mi aprecio sincero al profesor Jairo Tocancipá-Falla, por su lectura constante, sus orientaciones críticas, y por haber sido una brújula intelectual a lo largo de todo este proceso. Sin su mirada atenta, este libro no sería lo que es.

Extiendo también mi gratitud a la Universidad del Cauca, especialmente a la Maestría en Antropología y a los profesores y profesoras que enriquecieron mi formación y esta investigación: Axel Rojas, Leonardo Bejarano, Diógenes Patiño, Eduardo Restrepo, María Teresa Finji, Enrique Jaramillo, Hugo Portela y Mauricio Pardo. Igualmente, al programa de Antropología de la Fundación Universitaria Claretiana — Uniclaretiana, por abrir espacios de diálogo académico con los estudiantes en torno a los resultados de esta investigación.

Agradezco profundamente a la Institución Universitaria Antonio José Camacho, que ha sido mi lugar de trabajo durante los últimos siete años, y que me brindó el tiempo, el entorno y el respaldo para desarrollar este estudio. Al grupo de Sociología de la Licenciatura en Ciencias del Deporte y la Educación Física, por sus valiosos aportes en la construcción de los elementos que nutren esta obra.

Mi reconocimiento a Nelson Fernando Hernández, autor de las fotografías que ilustran la carátula, la contraportada y otras secciones del libro. Y a los amigos y amigas con quienes compartí ideas, inquietudes y hallazgos durante el proceso: Sergio Rojas, William López, Óscar Acero, Jonathan Avendaño, Luz Helena Tapiero y Nelson Andrés Hernández, gracias por su escucha atenta y sus comentarios generosos. A Hansel Mera y Apolinar Ruiz, gracias por abrir las puertas de la historia barrial y permitirnos pensar colectivamente.

Este libro no existiría sin la participación de quienes le dieron vida con sus relatos, sus memorias y sus experiencias. A todas esas personas protagonistas de esta etnografía, gracias infinitas. En particular, rindo homenaje a la memoria de mi padre, quien con su ejemplo y enseñanzas en el oficio de la zapatería me permitió comprender con profundidad y respeto. A mis hermanos y tíos, que sin proponérselo, fueron fundamentales para entender desde adentro el mundo zapatero, que me hizo sentir “como zapatero a sus zapatos” durante el trabajo de campo.

Toda mi gratitud a quienes aportaron datos, testimonios y experiencias valiosas. En especial, la labor de Héctor Belalcázar, verdadero guardián de la memoria de los zapateros del barrio Obrero y Sucre, y de Cali en general. A través de la publicación ininterrumpida de la revista Calzacueros, desde 1982 hasta hoy, permitió que su archivo personal se convirtiera en una fuente invaluable para reconstruir la historia de los zapateros y sus oficios. Sin su trabajo, muchas de estas historias estarían condenadas al olvido.

Agradezco también a Claudia y a Richard, por abrirme las puertas de su taller de zapatería, y permitirme compartir con ellos y sus trabajadores la práctica cotidiana de este oficio. También a Óscar Castillo, a Freddy, a los peleteros y a decenas de zapateros que colaboraron con generosidad y compromiso en la construcción de este relato colectivo.

Este esfuerzo tampoco habría sido posible sin el apoyo constante de quienes caminan a nuestro lado y hacen que todo valga la pena: Silvia Elena Barrientos, Angie Alexandra Herrera Restrepo y Francia Elena Acosta Barrientos.

Prólogo

En su libro *El Artesano*, Richard Sennet (2008) señala que su tutora Hannah Arendt le enseñaba una de las lecciones de la vida: “en general, las personas que producen cosas no comprenden lo que hacen”. A los años el autor comprendió que ese principio de lección no aplicaba como una generalidad. Este es, al parecer, el caso del libro de Óscar “Resistiendo en el taller: la zapatería en la era global”. Sus páginas nos llevan a un recorrido de cómo el oficio del zapatero en Cali se inserta en la vida ciudadana desde tiempos coloniales y republicanos hasta el presente. Resulta difícil encasillar su trabajo en un campo disciplinar específico en la medida que el enfoque de aproximarse y comprender el problema de cuál ha sido el rol y la sobrevivencia del zapatero en tiempos de crisis nacionales y globales, demanda de la visión histórica, de la economía política, la sociología, el urbanismo, la antropología urbana, y en particular de una antropología de la tecnología.

Basado en la escuela histórica francesa de Ferdinand Braudel sobre los ciclos de larga duración, *longue durée*, el autor nos lleva en un recorrido abierto que parte de la colonia con los primeros artesanos, y entre ellos los zapateros, que llegaron a las *nuevas tierras* a reproducir los oficios que escasamente eran aprendidos por los nativos y que con el tiempo, bien entrado el siglo XIX se empezaron a transmitir de maestros a discípulos, pero con una agenda *civilizatoria* que era ligada al oficio. Aunque él no lo menciona explícitamente, sí se deja entrever una orientación devenida de España por imponer el “proyecto civilizador” desde el hacer; al tiempo que se convertía en una forma de reproducción de las condiciones materiales inherentes a dicho proyecto. Pero el oficio y los talleres de zapatería, nos dice el autor, lograron un desarrollo muy ligado a los procesos de urbanización

bien entrado el siglo XX, y al surgimiento de los barrios populares creados bajo el manto de las políticas públicas urbanas, o de las motivaciones personales de los migrantes en búsqueda de mejores oportunidades, que al mismo tiempo demandaban adaptación al medio.

Antes de sus conclusiones, nos entrega una etnografía de los talleres de zapatería en la que describe el oficio del zapatero como el gestor de un proceso que no es solo productivo sino relacional con el mercado, los vecinos, la familia y en reacción a la política global. Aquí, el trabajo hace gala de una antropología de la tecnología, al brindar detalles de las herramientas, las operaciones y la técnica que acompaña la producción de calzado. Las conclusiones son una recapitulación de la perspectiva historiográfica y etnográfica trazada a lo largo del texto.

Sin embargo, uno de los méritos de lo expuesto se debe quizás a un hecho que permite comprender, desde este trabajo, toda la trama histórica y etnográfica que nos presenta el autor. Óscar es hijo de zapatero. La dedicatoria a su padre es como un mensaje generacional de que su esfuerzo no ha sido en vano. A la distancia en el tiempo es uno de los mejores dones que puede conceder un hijo a su padre, y por eso también es un libro humano de celebración.

Pero el otro aspecto inspirador, es que el libro deja preguntas abiertas para futuras indagaciones, como bien se expresan al final del texto. Aunque el autor no lo acentúa, es importante subrayarlo: la zapatería es un oficio masculino, y es apenas obvio que sus interlocutores y practicantes sean hombres. Pero no necesariamente tiene que ser así, y el autor abre la puerta para que en futuras indagaciones se examine la correlación directa o indirecta que tiene el oficio con el mundo femenino; no solo en el taller, sino también en el ámbito del consumo, y la configuración del vestido y el cuerpo. Igualmente, invita a pensar en la realización de historiografías y etnografías ligadas a otros oficios como la sastrería, modistería, herrería o plomería y en especial, cómo han logrado adaptarse a los tiempos actuales, y sus aportes de sobrevivencia por preservar y adaptarse a estilos en el vestir, la vida cotidiana, o la arquitectura entre otras manifestaciones materiales. Un oficio dice más que mil palabras.

En otro orden de ideas, al destacar el oficio de la zapatería, se ha centrado en la producción del calzado, el espacio social y el campo tecnológico del taller y su relación con la configuración urbana, mientras deja de lado el consumo que le concede su salvamento y renovación. La crítica a Carlos Marx dada por un pensador francés como Baudrillard deja en este sentido la invitación para que

en futuras investigaciones no se tome el campo productivo como un eslabón separado del consumo. Obviamente, se reconoce que esta articulación complejiza y engrandece el problema y no deja espacio para ello. No obstante, es importante plantearlo.

Finalmente, el texto de Óscar es inédito, no solo porque se construye desde la mirada de un descendiente de una familia de zapatero que no solo describe, sino que ha vivido desde la historiografía y la etnografía el oficio en su espacio familiar del hacer, lo que de por sí constituye un aporte valioso y estimulante para diversas agendas de investigación de historiadores, sociólogos, antropólogos y psicólogos entre otros. El zapatero es un sobreviviente de los tiempos aciagos de la economía y la impostura de las modas del calzado, que agazapado en la sombra del crecimiento urbano se ha mantenido, tal como lo ilustra este texto en el caso de los barrios populares estudiados.

Este oficio revela sus vasos comunicantes con la vida cotidiana barrial: el fútbol y la salsa son las dos formas emblemáticas. Ellas recuerdan que “hay que tener los pies sobre la tierra”, y allí la zapatería encuentra su inspiración. Al igual que en otros oficios, quizás en un futuro podamos aprender más de cómo sus practicantes y sobrevivientes logran seguirse adaptando y resistiendo a los cambios tecnológicos globales que buscan su eliminación del espacio social y productivo. Hasta ahora el trabajo de Óscar nos revela que sí es posible.

Jairo Elicio Tocancipá-Falla
Pereira, octubre 25 de 2024

Ahora cualquiera puede hacer zapatos

*“Ahora cualquiera puede hacer zapatos.
Los materiales son más suaves
y prácticamente solo hay que ensamblarlos,
pues casi todo viene hecho o prefabricado;
antes había que hacerlo todo, construirlo...”*

Freddy, zapatero caleño, 2017¹

Esas palabras de Freddy, un zapatero caleño de la vieja guardia, se me quedaron grabadas en la mente mientras discutíamos los profundos cambios que el oficio ha experimentado en Cali en las últimas décadas. Aunque esta fue solo una de las muchas conversaciones e historias que escuché durante los años que trabajé en el taller de mi padre, la forma en que Freddy lo expresaba revelaba dimensiones analíticas que aún no había considerado. A diferencia del ambiente rígido de una fábrica, el taller ofrece un espacio donde los zapateros pueden conversar, debatir

1. Los fragmentos utilizados no necesariamente representan de manera literal lo que dice esa persona. Son condensaciones de las muchas conversas y observaciones que he tenido con los zapateros involucrados, además de reflexiones propias. Los nombres utilizados son aleatorios, seudónimos que no representan una voz particular, sino como diría Bajtín (1999) una “polifonía de voces” de la realidad social de quienes están viviendo la zapatería en estos barrios. Debo decir que soy hijo de zapatero y que toda mi vida se ha visto envuelta en la zapatería. Desde que era un niño y hasta hace poco, le ayudaba a mi papá en su taller. Intentando seguir sus pasos, abrimos con mi hermano un taller, pero que por diversas razones, no fue posible sostenerlo.

sobre asuntos de la vida pública, o escuchar la radio, creando un entorno corporal y ambiental único. No estoy seguro de si fue en esos momentos de reflexión en el taller donde surgieron las primeras inquietudes que, años después, me llevaron a realizar esta etnografía sobre el oficio. En cierto modo, estas inquietudes persistieron y regresaron en forma de preguntas que guiaron el trabajo de campo: ¿Cómo ha cambiado la zapatería en Cali? ¿Qué factores sociales, culturales, económicos y políticos han influido en estos cambios? ¿Y cómo afectan estas transformaciones la vida de las personas que dependen de este oficio?

El oficio del zapatero en Cali, Colombia, ofrece una ventana singular para explorar las dinámicas de cambio y continuidad en un mundo globalizado. Este libro examina cómo un oficio tradicional se ha visto afectado por las políticas de libre comercio, la industrialización y la variación de los mercados internacionales. En un mundo en el que “cualquiera puede hacer zapatos” gracias a la accesibilidad de materiales prefabricados y procesos simplificados, el oficio del zapatero enfrenta desafíos significativos para mantenerse relevante. No obstante, estos cambios también presentan nuevas oportunidades y tácticas que los zapateros han adoptado para sobrevivir y prosperar en un contexto económico cambiante.

La zapatería en Cali tiene una larga historia que se remonta a la época colonial, y que se consolida como una actividad productiva y económica fundamental durante la industrialización de mediados del siglo XX, especialmente en los barrios Obrero y Sucre, que desde entonces, han sido epicentro de actividades que trascienden lo meramente productivo y económico. Aquí, se han inscrito prácticas sociales y culturales que se manifiestan en formas de hacer materiales (Narotzky, 2004; Roseberry, 1988, 1997, 2014) que son también simbólicas (Geertz, 2003; Schutz, 2003), consolidando una tradición productiva que combina métodos artesanales y fabriles en la producción de calzado. Aunque hoy en día la zapatería se ha expandido por toda la ciudad de Cali y sus parques industriales, los barrios Obrero y Sucre siguen siendo lugares emblemáticos para el desarrollo de esta actividad, al igual que los barrios Restrepo y San Francisco en Bogotá y Bucaramanga, respectivamente.

La concentración de la zapatería como una actividad productiva en sectores específicos de las ciudades no es exclusiva de Colombia. Este fenómeno se observa también en otros países, como en México, en la ciudad de León, en Guanajuato, reconocida por concentrar esta actividad en un sector específico. Este tipo de organización espacial es el resultado de procesos históricos asociados a la

organización económica y social desde el período colonial hasta la consolidación industrial capitalista del siglo XX, en lo que Becattini (2002) denomina “distritos industriales”. Estos distritos son áreas donde la concentración de empresas de un mismo sector industrial, junto con las relaciones comunitarias y culturales, fomentan la competitividad y la cohesión social.

Sin embargo, la zapatería en Cali ya no es lo que solía ser. En las últimas décadas, como mencionó Freddy, el desarrollo tecnológico ha introducido cambios significativos en la producción y en la utilización de nuevos insumos, facilitando los procesos hasta el punto de que “ahora cualquiera puede hacer zapatos”. Estas transformaciones tecnológicas, junto con cambios económicos y políticos más amplios, han creado también nuevas condiciones de rentabilidad y competencia en el oficio. Irónicamente, muchos zapateros perciben que el desarrollo de la actividad está en declive, describiéndola como un oficio cada vez más difícil de mantener. Esta percepción se refleja en periodos de inactividad (“paras”²), pérdidas económicas y una creciente incertidumbre sobre el futuro del oficio.

Tal tendencia contrasta con la historia de la zapatería como una actividad que, en el pasado, permitió a varias generaciones ascender social y económicamente. Antes, los zapateros podían sostenerse únicamente por el conocimiento de su oficio, sin necesidad de pertenecer a una clase dominante ni poseer un capital económico significativo. El oficio de zapatero se ha configurado históricamente como una práctica, en tanto es medio de subsistencia y una forma de resistencia cultural y social ante las transformaciones de la economía global.

Quintiliano, otro zapatero de antaño, relataba cómo en los años ochenta podía vender toda su producción de calzado sin dificultad. A menudo se veía en la necesidad de incumplir con algunos clientes porque no lograba cubrir todos los pedidos. Incluso, en ocasiones, se encontraba en situaciones incómodas:

Antes los clientes lo iban a buscar a uno al taller para comprarle el zapato. Muchas veces tocaba esconder la mercancía, que era de otro cliente, porque el que llegaba quería llevársela pagándola de una o hacia el pedido y pagaba por adelantado. Se podía comenzar a fabricar sin tener capital; bastaba con saber hacer zapatos. Había dinámica en la circulación del

2. Otrora, las actividades de la zapatería permitían que los zapateros pudieran trabajar todo el año de manera más o menos continua en donde había meses de menos producción, y meses de mayor producción; pero en la actualidad hay talleres de zapatería que prefieren parar la producción por un par de meses porque es menos arriesgado en términos económicos.

dinero, se trabajaba con menos presiones y hasta existía el lunes del zapatero en los que no se trabajaba o se trabajaba medio día para tener un día de relajo. (Quintiliano, zapatero caleño, 2019)

Estas historias solo quedan como anécdotas de un pasado más favorable, ya que la realidad actual presenta un panorama distinto. Hoy, los zapateros se enfrentan a una feroz competencia con mercancías extranjeras y a condiciones de pago desfavorables, además de enfrentar una baja actualización tecnológica, y la falta de capital. La ausencia de recursos económicos disponibles impide que los zapateros puedan soportar condiciones de pago a treinta, sesenta o noventa días, complicando enormemente el funcionamiento de sus talleres, pues los insumos, el pago de nómina y otros gastos corrientes deben cubrirse de contado. Esta situación se refleja en los datos de principios de la segunda década del siglo XXI, cuando la: “Muestra Mensual Manufacturera (MMM)” del DANE: en 2013 y las ventas al mercado interno en el sector del calzado registraron disminuciones de -6.3 % y -11.3 %, respectivamente” (Romero, Monroy y Ramírez, 2017, p.1).

Tanto la literatura especializada como los diferentes gremios del calzado coinciden en que las políticas económicas de las últimas tres décadas — particularmente las políticas monetarias y comerciales orientadas hacia el libre mercado y la promoción de acuerdos comerciales— junto con la ausencia de una política industrial sólida, han sido las principales causas del detrimento del sector zapatero. Sanz y Velasco (2014) corroboran esta afirmación al señalar que: “el sector del cuero en el Valle del Cauca ha enfrentado profundos y complejos procesos de transformación en la última década, principalmente debido a la intensa competencia derivada de las políticas de apertura económica del gobierno” (p.60). Estas condiciones han obligado a muchos zapateros a cerrar sus talleres y a buscar otras actividades para subsistir. La realidad económica y política actual que enfrentan los zapateros —tal como la expresan ellos mismos y confirman diversos estudios— ha puesto en riesgo su oficio.

A pesar de los desafíos y las dificultades, los zapateros continúan luchando y perseverando. Contrario a la idea de abandonar, encontramos personas que siguen creyendo en su trabajo y persistiendo, conscientes de la realidad del gremio. Un dicho que circula entre los zapateros encapsula esta resiliencia: “La zapatería: al que no lo vuelve loco, lo desfigura”³. Aunque desconozco el origen exacto de

3. Durante la investigación, encontramos un caso que ilustra esta tensión: hacia 1940, un estudiante de zapatería en la Escuela de Artes y Oficios Don Bosco requirió atención psicológica debido a una aparente

esta expresión, la he escuchado desde la infancia en boca de muchos zapateros. La frase refleja la complejidad del oficio, un trabajo que desafía la estabilidad mental y emocional de quienes lo practican, sobre todo por la falta de control de los factores externos. Este sentimiento se asemeja a la naturaleza misma del calzado como una práctica productiva en constante lucha por mantenerse relevante y viable. A pesar de estas adversidades, muchos zapateros han demostrado una capacidad notable para adaptarse, *amoldarse* y reorganizarse en respuesta a las condiciones cambiantes de la economía global. El *desfigurarse* tiene efectivamente esa orientación de ser flexibles como su material, no dejarse llevar por la rigidez de las condiciones sino de las propiedades del oficio. Como bien lo expresó Richard, un zapatero caleño: “Hay que seguir haciéndole, pues es lo que se sabe hacer” (Richard, 2019).

En resumen, este libro explora cómo el oficio de la zapatería se ha transformado desde el siglo XV hasta el XXI, destacando los factores que han obligado a sus practicantes a adaptarse continuamente a los escenarios cambiantes de la economía global. Así, la etnografía, cargada también de la dinámica histórica, se orienta hacia tres objetivos interrelacionados:

1. Explorar las relaciones históricas, sociales, culturales y económicas que los zapateros han construido como sujetos antropológicos a lo largo de un ciclo de larga duración, desde la conquista española hasta la construcción de la República en el siglo XIX. Estas relaciones se examinan en el capítulo titulado *La zapatería en sus albores: periodo colonial y republicano*. Se realiza una revisión historiográfica detallada de los artesanos, apoyándose en las investigaciones de historiadores como Acevedo (1991), Franco (2014), Jaramillo (1976; 2017), Triana y Antorveza (1965; 1966; 1967), Colmenares (1997; 2007), Gaviria Liévano (2002), Nieto (2016), Ospina (2017) y Castro Carvajal (2016).
2. Analizar las afectaciones de las políticas económicas del siglo XX y XXI sobre la actividad productiva y económica de la zapatería en Cali. Para una mejor comprensión de este proceso, se ha dividido el contenido en dos capítulos: *Políticas y transformaciones: la zapatería en el siglo XX* y *Libre comercio e importación: el impacto de las políticas neoliberales*. Este análisis se fundamenta en los aportes empíricos y teóricos de Arroyo (2006), Vásquez (1990; 2001), Ruiz y Mera (2018), y Ocampo (2007), además de

locura, atribuida al estrés del oficio (Mayor Mora, 2013).

- una revisión exhaustiva de archivos de prensa local, como El País (1990-2018), y la revista especializada Calzacueros (1982-2018).
3. Identificar y caracterizar las dinámicas e historias contemporáneas de los zapateros en los barrios Obrero y Sucre, como expresiones de adaptación y reacomodación. Este objetivo se desarrolla a lo largo de tres capítulos: *El entorno socio-productivo de la zapatería: pasado y presente del taller artesanal*, *El arte de hacer zapatos* y *Ventas, crisis y nueva táctica tecnológica*. Estos capítulos se construyen sobre la base de las notas etnográficas recopiladas durante el trabajo de campo realizado en 2019 en los barrios Obrero y Sucre, así como en el taller de zapatería Holzar.

La metodología empleada en esta investigación se fundamenta en una etnografía relacional, combinada con reflexiones teóricas de la economía política, el interpretativismo, la antropología e historia económica. Este enfoque metodológico ha permitido una comprensión integral de los zapateros como sujetos históricos y culturales en constante evolución, considerando las complejas interacciones entre lo social, lo económico, lo cultural y lo político que configuran su práctica.

La etnografía relacional, tal como la proponen Restrepo (2018) y Drexler y Tocancipá-Falla (2020), se centra en la comprensión de las relaciones y redes que conectan a los individuos con su entorno social y material, reconociendo que estas conexiones son fundamentales para la constitución de la subjetividad y la identidad. En el contexto de los barrios Obrero y Sucre, esta metodología permitió capturar la dinámica de las relaciones entre los zapateros, sus familias, los patrones, y otros actores sociales que influyen en la práctica de la zapatería.

Por su parte, las reflexiones teóricas de la economía política, particularmente las propuestas por Roseberry (1988; 1997), proporcionan un marco para analizar cómo las estructuras económicas y las políticas públicas han afectado a la zapatería en Cali. Este enfoque permite entender de qué manera los zapateros han navegado sobre las transformaciones económicas desde la era colonial hasta la contemporánea, y cómo estas transformaciones han impactado sus modos de vida y producción. El interpretativismo, siguiendo a Geertz (2003), aporta una dimensión simbólica al análisis, reconociendo que la zapatería no es solo un oficio, sino una práctica cargada de significados culturales que se expresan en rituales, tradiciones y narrativas compartidas. Esta perspectiva es crucial para entender la forma en que los zapateros de los barrios Obrero y Sucre construyen

y mantienen su identidad en un contexto de cambio constante. Finalmente, una de las variantes de la antropología económica, representada por Narotzky (2004), se emplea para analizar las prácticas económicas de los zapateros en su contexto histórico y cultural, explorando las dinámicas en que estas prácticas se adaptan y responden a las presiones del mercado global. Este enfoque permite entender la zapatería no solo como una actividad económica, sino como una forma de vida que integra lo material con lo simbólico, y que está profundamente arraigada en las redes sociales y familiares. En el fondo, este libro es también una invitación para que más investigadores exploren otros oficios relegados en la memoria social de las ciudades y los pueblos.

La zapatería en sus albores Período colonial y republicano

“el artesano no hacía otra cosa que actuar”

(Acevedo, 1991, p.135)

Artisanos-zapateros en el nuevo mundo: surgimiento y consolidación del oficio

En ocasiones, se puede llegar a olvidar que, para el desarrollo de la vida cotidiana, independientemente del momento histórico, se requiere satisfacer ciertas necesidades materiales. Los españoles que llegaron al territorio se adaptaron a las condiciones ecológicas, manteniendo sus propias costumbres y su estilo de vida *europeo*, el cual se expandió, en menor escala, a las poblaciones indígenas y negras esclavizadas. Este proceso fue tanto material como ideológico. Sin embargo, esto no implica que antes de su llegada no existiera desarrollo artesanal o productivo en América; los pueblos prehispánicos-originarios contaban con sistemas artesanales desarrollados, como lo muestra Langebaek (1987). Las costumbres de los europeos no se hibridaron de inmediato con las formas de hacer locales; fue a lo largo de toda la colonia que se mezclaron las formas europeas, indígenas y africanas de producción material.

La zapatería, al igual que otros oficios como la sastrería, la herrería o la albañilería, provino de esa invasión-conquista española. En las compañías de conquista, además de los expedicionarios militares y religiosos, llegó un número considerable de artesanos dedicados a elaborar bienes y obras para el desarrollo de la vida en el *nuevo mundo*, realizando tareas tan importantes como las de los líderes militares. De hecho, los artesanos construyeron y manufacturaron las casas, vestidos, zapatos y demás enseres y bienes requeridos para la vida cotidiana. Sebastián de Belalcázar, “cuando (...) vino a fundar las ciudades de Cali y Popayán, trajo plateros, sastres, herreros y zapateros, todos ellos costeados por Carlos V” (Triana y Antorveza, 1967, p. 229), para posibilitar y facilitar la vida de los españoles (y otros, como portugueses, franceses, ingleses y holandeses) durante la expedición de conquista y el posterior desarrollo de la Colonia. Los artesanos se volvieron fundamentales en el nuevo mundo, especialmente en la primera etapa de la colonización y en la segunda y tercera ola de conquista, así como en las campañas de colonización y en las ciudades ya establecidas, pues era esencial con un número considerable de artesanos. Gaviria (2002) señala que:

Los artesanos provenientes de España eran hombres libres, poseedores de un capital representado en las herramientas de su oficio y más tarde en la vivienda, el taller y la tienda; cuyos oficios y propiedades se transmitían a sus hijos de generación en generación. Estos primeros artesanos españoles vinieron principalmente de Santo Domingo, pero su número se acrecentó cuando se consideró indispensable la presencia de más menestrales hábiles en trabajos manuales para asegurar la supervivencia de los nuevos pobladores. De ahí en adelante se hizo prácticamente obligatoria la participación de artesanos en todo proyecto o acuerdo de colonización. (...) A medida que se fue desarrollando la vida cotidiana de los españoles en América, se ampliaron las posibilidades para ciertos oficios. Los menestrales en albañilería y carpintería pudieron dedicarse a la construcción de viviendas, edificios públicos y eclesiásticos. Los zapateros, sastres, herreros, plateros y de otros oficios solucionaron las demás necesidades de los españoles, y después las de los blancos y mestizos. (p. 48)

Así fue como en cada ciudad fundada se crearon cuerpos colegiados de artesanos para suplir las necesidades materiales de los nuevos ciudadanos. Gustavo

Arboleda retrata en su libro sobre la historia de Cali, cómo a finales del siglo XVI, en la ciudad de Cali, ya había una diversidad de artesanos:

Don Gustavo Arboleda ha consignado en su libro *Historia de Cali* información sobre los diversos artesanos de la ciudad y las primeras industrias que se constituyeron en aquel lugar. En el año de 1590 vivía Melchor de Saucedo, herrero natural de Mérida. Por los años 1604 eran sastres Pedro García, Bartolomé Clemente, Andrés de Porras, Cristóbal y Domingo Peláez. Entre los carpinteros se distinguía en esa misma época Lázaro de Vergara, quien labraba madera para casas -inclusive puertas de bastidor, y tableros con su medida moldura y sus florones-. Blas y Cristóbal de Castro practicaban el arte de la zapatería (Triana y Antorveza, 1967, p. 330).

Para finales del siglo XVI y principios del XVII, los artesanos habían cumplido un papel importante en la primera parte de aquel proceso de colonización, al ayudar a construir las ciudades y satisfacer las necesidades materiales para el desarrollo de la vida que les proporcionó un reconocimiento y establecimiento dentro del nuevo mundo. No obstante, la concreción de la empresa colonial, concentrada en la extracción minera y en un incipiente intercambio comercial en crecimiento, llevó a un decaimiento de los sectores artesanales para finales del siglo XVII y posteriormente en el XVIII. Según Colmenares (1997), con los excedentes de capital que comenzaban a generar las minas, los sectores políticos empezaron a importar mercancías europeas.

Después de jugar un papel relevante, los artesanos-zapateros se encontraron con una primera encrucijada en la historia de su oficio. Comenzaron a depender de las materias primas y herramientas extranjeras para elaborar los productos nacionales, pero a su vez competían con esas mercancías. Con esto, no desapareció la producción artesanal durante el desarrollo de los siglos XVII y XVIII, sino que el oficio se reconfiguró a partir de nuevas condiciones, lo que tuvo un gran impacto en la población dedicada a las actividades artesanales⁴. Para mediados del siglo XVII, en la colonia se había configurado una sociedad

4. La importación de mercancías ha sido una problemática cíclica en los oficios artesanales, especialmente en la zapatería. Como se verá el desarrollo del libro, primero se les confiere un prestigio por la necesidad de su labor, lo que les permitía desarrollar su actividad de manera positiva, pero después, los cambios económicos y políticos los llevaron a desmejorar su situación.

definida por castas a partir del mestizaje alcanzado. Además, ciertos grupos de españoles ya se habían establecido en el poder social, político y económico, lo cual determinaba quiénes podían acceder y realizar dichas actividades. En consecuencia, los españoles que ostentaban el poder político y económico fueron quienes importaron y comercializaron las mercancías, mientras que los españoles pobres que no tenían hidalguía, al igual que los mestizos libres que vivían en las ciudades, fueron quienes, en su mayoría, se dedicaron a las actividades artesanales en una segunda generación de artesanos. Cabe recordar que la primera generación había llegado de Europa con los conquistadores.

Esta configuración social no estuvo exenta de problemáticas, lo que llevó a que los sectores políticos encargados de las importaciones regularan los precios de las mercancías por el incremento de los precios debido a la escasez de materias primas importadas y los altos costos de importación. Triana y Antorveza (1967) señalan que esta situación:

(...) obligó a los cabildos a tomar las medidas necesarias. Sin embargo, en algunos casos, los precios continuaron estáticos durante mucho tiempo. El acuerdo realizado en 1681 por el Cabildo de Cali, el cual les pidió varias prescripciones sobre los aranceles para los artículos de consumo, decía: 'y en cuanto a Plateros, sastres, herreros y zapateros, las normas que no pasen de lo corriente y que no se les pone precio a las hechuras porque la más la hacen por cambalaches de generes de la Tierra y al Cabildo le consta no son excesivos, y lo mismo cincuenta años a esta parte'. (p. 330)

Hacia finales del siglo XVII y comienzos del XVIII, se presentaron cambios en la estructura interna de los artesanos-zapateros. Inicialmente, eran españoles libres que se requirieron para la empresa de la conquista y la colonia; sin embargo, en el escenario de la Nueva Granada, esos españoles libres desaparecieron, dando paso a una nueva generación de artesanos, que, en el mejor de los casos, eran españoles pobres o mulatos, indígenas o negros libres que habían aprendido el oficio. En este contexto, se conformaron diversos gremios de artesanos, constituyéndose en una nueva clase de ciudadanos con importante influencia en la vida pública. Gaviria (2002) señala que los artesanos cartageneros desempeñaron un papel importante en la independencia de Cartagena en 1811, y se organizaron en gremios o cofradías, siguiendo la experiencia medieval europea, para proteger sus artes y oficios. Esta

organización fue promovida por las autoridades para defender a los consumidores, aunque, como menciona el autor, otras motivaciones por parte de las autoridades para facilitar la agremiación de los artesanos era: “controlar el ejército de los distintos oficios y evitar que se convirtiera en una fuerza revolucionaria fuera del control del Estado” (p. 53).

Estos grupos organizados de artesanos se ubicaron en las ciudades según las costumbres de distancia y demarcación, lo que prohibía instalar un taller junto a otro similar y les obligaba a establecer lugares de trabajo en una determinada calle o barrio, lo que originó las calles y barrios de artesanos. Triana y Antorveza (1967) señala que “en Santafé existieron, entre otras, las calles de los Herreros, de los Plateros, de la Armería, de los Enfardeladores, de la Fundición, del Chircal, del Matadero, de la Tenería y del Tejar, etc.”. Castro (2016) también destaca la ubicación espacial de los artesanos en las ciudades neogranadinas:

En los espacios públicos, como las plazas y los altozanos, las calles principales, las arcadas, las pilas, los manantiales y los mercados, se aprendía y se reproducía el comportamiento público. Los oficios de los artesanos calificados, hasta cierto punto jerarquizables, estaban ubicados en barrios a los que les imprimían su carácter. Plateros y sastres, ebanistas y carpinteros, loceros, tejedores, hilanderas, sombrereras y zapateros, entre muchos otros, habitan dichos barrios. En las ciudades del siglo XVIII, otros oficios como los de pequeños comerciantes —tratantes y pulperos—, arrieros y toda suerte de servicios, se concentraban en barrios como San Victorino en Santa Fe, el Ejido en Popayán y la Mano del Negro en Cali. (2016, p. 159)

No obstante, esta organización de los artesanos, que les había permitido obtener cierta relevancia social y económica, no fue del todo equitativa. Las prácticas artesanales se clasificaron según su importancia económica, diferenciándose entre oficios nobles y oficios bajos o infames, como Gaviria (2002) lo muestra en su texto:

A partir del siglo XVIII ingresaron a los oficios los sectores de ‘desecho’ de la población criolla y española, quienes lograron adueñarse de las altas jerarquías de los gremios e imponer una división entre ‘oficios nobles’ y ‘oficios bajos’ o infames. Se consideraban como oficios nobles, el de los orfebres, plateros, pintores, escultores, doradores, grabadores; mientras

eran oficios bajos o infames, los de los sastres, zapateros y albañiles, reservados para los indígenas, mulatos, mestizos y negros. (p. 54).

Lo anterior es relevante, porque muestra cómo las actividades humanas, en este caso la producción de zapatos, se asociaron con el “bajo mundo” o el “mundo de abajo”. Es decir, se clasificaron entre altas y bajas, dignas e indignas. Aunque no se ha podido establecer un correlato claro que muestre cómo este discurso se transmitió a lo largo del tiempo, se pueden encontrar en el presente este tipo de divisiones por la ubicación geoespacial del oficio. A pesar de esas connotaciones negativas, los grupos de artesanos-zapateros que se formaron en las ciudades comenzaron a incidir en la vida social gracias a su devoción católica. Cada grupo construía altares para sus santos patronos y contribuía a la organización de las fiestas religiosas, lo que les permitió establecerse como un grupo de relevancia social. Cada oficio artesanal tenía su propio santo: los plateros y oribes tenían como patrono a San Eloy; los albañiles a San Macario; los carpinteros a San Paulino y a Cícero; los sastres a San Homobo; los talabarteros a San Bartolomé; los herreros a Santa Apolonia, y los barberos a los santos Cosme y Damián (Triana y Antorveza, 1966). Se evidencia cómo los artesanos bogotanos construyeron la iglesia de Nuestra Señora de Las Nieves, y los zapateros los altares de Nuestra Señora del Topo y de sus patronos San Crispín y San Crispiano en la iglesia de San Francisco. Así lo menciona Castro (2016):

Las fiestas ofrecían ocasiones propicias para lograr el reconocimiento de individuos y estamentos, y otorgarlos. Las danzas que precedían al Santísimo y a la procesión también estaban organizadas por estamentos y sobre todo por gremios. Para las fiestas de Tunja del 11 de junio de 1590, el cabildo ordenó «... que los tratantes de la Calle Real saquen una danza buena que vaya danzando delante del Santísimo Sacramento y procesión y los zapateros otra danza y los sastres otra danza y los silleteros y zurradores otra danza y los herreros otra danza...». (2016, p. 185)

Según Triana y Antorveza (1965), dada la relevancia social, se habían establecido protocolos para la transmisión de la práctica, con jerarquías para el aprendizaje que se proporcionaba de un maestro a un aprendiz: “el aprendizaje constituyó igualmente un sistema destinado para conservar la habilidad

profesional y de esta forma obtener artesanos —peritos para no causar detrimento a la república—” (p. 735). Se encuentra cómo en Pasto, a finales del siglo XVIII, era costumbre que los niños de diez años en adelante se inclinaban —con la venia familiar y de las autoridades— por un arte u oficio, para que de esta forma aprendieran una actividad lucrativa. El aprendizaje era una relación contractual entre el maestro y los padres o tutores del aprendiz, en la que se dictaminaban los deberes del primero y las obligaciones del tercero, cuyo cumplimiento era vigilado por el gremio. Entre otras obligaciones estaban:

- Obedecer y respetar al maestro, reconociéndole el derecho de cuidado, vigilancia y corrección.
- Aplicarse al aprendizaje del oficio, aunque en ocasiones podían ocurrir dos situaciones: ineptitud o negligencia del aprendiz.
- Asistir a la misa en los días de precepto.
- Madrugar todos los días y trabajar todas las horas correspondientes y útiles al día.
- Aprender a leer y a escribir.
- Andar siempre aseados y bien vestidos. (1965, pp. 736-737).

Esta última obligación estaba orientada a cambiar la imagen del artesano como una persona sucia y desaliñada:

Con el objeto de levantar el nivel social de los artesanos, la instrucción de 1777 trató de cortar, expresamente, el desaseo y desaliño de los artesanos. Para ello, se ordenó primeramente que los maestros y padres de los aprendices, cuidaran de que estos vivieran “con todo el aseo posible, haciéndoles que todos los días se laven, y se peinen, cosiéndoles y remendándoles sus vestidos, o haciéndoselos coser y remendar” (Triana y Antorveza, 1965, p. 737)

Entre las obligaciones de los maestros estaban:

- Enseñar a su pupilo todos los secretos del arte, durante el tiempo estipulado por las ordenanzas del gremio y por la suma pactada con los responsables del muchacho.

- Hacer que el aprendiz aprendiera la doctrina cristiana y cumpliera fielmente los preceptos de la Iglesia y tuviera buenas costumbres.
- Hacer que el muchacho aprendiera a leer y a escribir, como también aquellas ramas del conocimiento que fueran necesarias.
- Dar cama, vestuario y alimentación al aprendiz.
- Castigar al aprendiz en caso de que incurriera en falta.
- A permanecer en la ciudad todo el tiempo del aprendizaje. (1965, pp. 737, 738, 739).

Es importante tener presente que estos contratos de aprendizaje se proporcionaban en un marco en el que ciertos oficios artesanales tenían un reconocimiento social. Era probable que, en oficios altos, los maestros artesanos fueran españoles y sus aprendices, españoles o criollos. Sin embargo, la necesidad de atender a huérfanos y expósitos produjo que se desarrollaran procesos de aprendizaje en las artes y oficios artesanales para que fueran útiles a la sociedad. Aquí se encuentran los inicios de las escuelas de artes y oficios que proliferaron en los siglos XIX y XX. Entre los lugares dispuestos para este fin estuvo el Hospicio de Santa Fe de Bogotá, fundado en 1777 y cerrado en 1810 debido a los brotes revolucionarios; la Casa de Refugio, que hacia 1834 contrató a un maestro tejedor, un carpintero y otro zapatero con la intención de enseñar su saber a huérfanos y ociosos; y el Asilo de San José, fundado en 1881, en el que se instalaron talleres de carpintería, zapatería, talabartería y sastrería. Estas escuelas se ajustaron a las nuevas ordenanzas frente a los negros e indígenas:

Una de las órdenes impartidas por los Reyes de España, obligaba a las autoridades a tomar cartas en el asunto ‘para que formando listas de todos los negros libres y esclavos, cuidase que los muchachos negros y mulatos, tanto esclavos como libres, en teniendo edad competente se pusieran a aprendizajes de los oficios mecánicos, como sastres, zapateros, carpinteros y albañiles, cuidando que continuasen hasta salir buenos oficiales, con lo que lograría la República un gran aumento y los vezinos la correspondiente conbeniencia en tener estos ofiziales por jornales más moderados’ (Triana y Antorveza, 1965, p. 771)

Otra reglamentación, relacionada con la organización y el ejercicio de la práctica artesanal, como muestra Franco (2014), se presentó a finales del período colonial cuando los gremios de artesanos de Antioquia para ejercer alguna actividad productiva o comercial debían contar con un fiador que los respaldara en caso de incumplimiento. Fianzas que variaban de acuerdo con la actividad artesanal. En efecto:

... la fianza más costosa era la del fundidor Lorenzo Agudelo, por un monto de 300 pesos, seguido por el maestro albañil Juan Bernardo Holguín con 100 pesos. Los oficios como sastre, zapatero o herrero se afianzaron en 25 pesos. Ello, de por sí, muestra una clara jerarquización en los oficios. (p. 85).

Esto no significaba directamente que los artesanos con mayores fianzas tenían mejor posición social y económica que los demás. De hecho, el Franco (2014) señala cómo en la época había personas con fianzas menores que ejercían oficios de categoría *menor*, que destacaban social y económicamente. Al respecto, Franco manifiesta:

(...) obsérvese que este artesano, uno de los más acaudalados, no era ni fundidor, ni platero, sino carpintero, oficio que no era el más prestigioso. Por supuesto, esta no era una situación generalizada en cuanto a los carpinteros. Al lado de Antonio Gómez, estaba también el oficial de carpintería, Miguel de Rojas, que tenía ocho personas que dependían de sí, viviendo todas en una casa con techo de paja y cuyo caudal se calculó en tan solo 50 pesos. En cuanto a los plateros, quienes están en la cumbre de los oficios artesanales, la situación también es disímil, aunque como grupo parecen estar en mejor condición que los demás artesanos. Al lado de plateros como Salvador Pimienta, que poseía una casa propia con techo de teja y un caudal de 200 pesos, y Lorenzo López, con una casa con techo de paja y un caudal semejante, estaba un platero como José María Delgado, viviendo en una casa arrendada y con un caudal regulado en 0 pesos. (p. 90).

Estas divisiones y jerarquías como el posicionamiento social jugaron un rol importante en el desarrollo del artesanado, especialmente a finales de la colonia, pues se involucró en las actividades de la sociedad, en especial en el desarrollo de las fiestas religiosas, que jugaba su prestigio como gremio. Franco (2014) observa cómo algunos artesanos tenían un sentido de honor, es decir, buscaban dignificar tanto su oficio como su posición social. Un ejemplo de esto se encuentra en cómo un maestro carpintero se oponía a la boda de su hijo, esgrimiendo la pureza de la sangre frente a la de su nuera. Se observa que, a finales de la época colonial, hubo un cambio en el posicionamiento de las personas en la sociedad, en el que los artesanos empezaron a moverse.

Así, más allá de las vicisitudes sociales, lo relevante a comprender es que entre los siglos XVII y XVIII, se consolidó un gremio de artesanos en todo el Reino de Granada que participó activamente en la sociedad, ya sea como productores de mercancías para los diversos pobladores o como actores que hacían parte de la vida social, religiosa y cultural.

De la revolución al libre cambio: la zapatería entre proteccionismo y liberalismo

Aunque no se puede establecer un paralelismo entre las prácticas políticas de los zapateros europeos y los colombianos del siglo XIX, se pueden destacar ciertas cualidades (ethos) que se constituyen desde su oficio. Eric Hobsbawm y Joan Scott (1987) se preguntan por qué, en las manifestaciones políticas de finales del siglo XVIII y principios del XIX, siempre había un ilustre zapatero que agitaba a las masas, a quien calificaban como “zapatero político”. Estos autores manifiestan que cada oficio artesanal imprime un carácter específico y un temperamento determinado:

El carnicero es generalmente serio y convencido de su propia importancia; el pintor de brocha gorda es irreflexivo y libertino; el sastre es sensual; el abacero estúpido; el portero curioso y charlatán; el zapatero y remendón, finalmente, es alegre, a veces hasta animado, siempre con una canción en los labios. A pesar de la sencillez de sus gustos, los que hacen zapatos nuevos y viejos se distinguen siempre por un espíritu inquieto, a veces agresivo, y por una enorme tendencia a la locuacidad. (1987, p. 144)

No se podría afirmar que todos los carniceros, sastres o zapateros fueran de esa manera; sin embargo, hay características del oficio que configuran el *ethos*, el sentir y el estar de estos artesanos. Los zapateros eran políticos por dos cualidades que no tenían otros oficios: ser intelectuales y ejercer la libertad. Según Hobsbawm, los zapateros se alfabetizaban porque el espacio del taller propiciaba el diálogo con personas que habían viajado. Además, muchos zapateros iban de pueblo en pueblo, lo que les permitía conocer el mundo. Aunque su alfabetización no era ilustrada, muchos sabían leer y escribir; se trataba de una alfabetización producto de la experiencia del mundo. Otro factor que destaca el autor tiene que ver con el ejercicio de la autonomía y la libertad por parte de los zapateros. Al establecerse la zapatería en las ciudades, los zapateros eran trabajadores autónomos que manejaban su tiempo conforme a sus condiciones materiales. Según Hobsbawm, los zapateros valoraban su independencia de poder controlar su propio tiempo de trabajo y ocio, como la capacidad de celebrar el hoy conocido “Lunes de zapatero” o el *Saint Monday* —San Lunes— y otras festividades.

Este carácter que describe Hobsbawm va a jugar un papel relevante durante el tránsito republicano. Desde los preludios de la independencia, ya se estaban configurando cambios respecto al pasado colonial. Aunque las reformas borbónicas respondían a un mayor control de la corona española, estas fueron impulsadas por las necesidades de cambio que reclamaban los sectores sociales consolidados en dos siglos y medio de colonización. Gran parte del proceso de independencia y de construcción de la república estuvo orientada a modificar las estructuras económicas, sociales y políticas del legado colonial. Los dirigentes políticos quisieron fundar la república sobre esa idea, sin embargo, se encontraron con que las instituciones coloniales estaban profundamente arraigadas en todos los campos de la sociedad. Por esta razón, hasta finales del siglo XIX y principios del XX, en algunas zonas del país, la matriz colonial seguía siendo dominante. Así, el cambio social, económico y político no fue un “borrón y cuenta nueva”, sino todo lo contrario; fue un proceso lento en el que los sectores sociales se disputaron el control político y económico del legado colonial.

En tres siglos, se constituyó un grupo de artesanos de diversos oficios, inicialmente conformado por españoles migrantes y, posteriormente, en menor medida, por mulatos, indígenas y negros. Por ese motivo, desde el siglo XVII, en los núcleos urbanos existía una diversidad étnica y cultural dedicada a las prácticas

artesanales. Como señala Ospina (2017), refiriéndose a las personas que habitaban las ciudades neogranadinas: “mezclas con alta proporción de sangre indígena, pero en manera casi total asimilados culturalmente, que presentaban características de las clases artesanas” (p. 51).

La economía colonial castellana, como la denomina Nieto (2016), tuvo unas condiciones específicas de producción alrededor del tributo y la hacienda (Colmenares, 2007), que generaron una lenta y trabajosa posibilidad comercial y artesanal. No obstante, esto no impidió que en algunas zonas del país se desarrollaran ciertas prácticas productivas artesanales, que ya se venían practicando desde los primeros años de la conquista. Fuera de la hacienda y la mina, en los centros urbanos, los grupos productivos artesanales se forjaron como una clase trabajadora —guardando las diferencias con el concepto moderno— que recreaba una vida cotidiana y productiva diferente a la de las élites criollas y españolas. Ospina Vásquez (2017) reconoce, por ejemplo, que en Sogamoso, ubicado en el centro oriente del país, junto a la producción textil, se elaboraban productos de cuero, incluyendo zapatos que se caracterizaban por estar: “fabricados sin horma y ‘sin atención al pie derecho o izquierdo’, que se vendían en cajetas de medir granos, de las cuales se escogían los que más se acercaban a la proporción de pares para cada persona” (p. 163).

Por su parte, Castro (2016) muestra cómo la casa se convirtió en un espacio de trabajo y reproducción de la vida cotidiana de la clase trabajadora en las ciudades, ya que, hacia fines del siglo XVIII, no existían manufacturas ni obrajes:

Entre los sectores populares, la vida cotidiana estaba definida por el trabajo. La variedad de oficios que realizaban tanto hombres como mujeres se ejecutaban muchas veces en casa. El exiguo espacio de la casa servía de vivienda y de lugar de trabajo. Los herreros, carpinteros, curtidores, zapateros, sastres, sombrereros, plateros y las cigarreras, tejedoras, costureras, hilanderas, encajeras y muchísimos otros artesanos tenían sus talleres en su propia vivienda. Este hecho, por el número de artesanos que había en cada ciudad, debería hacernos dudar de la tradicional idea según la cual el rol masculino era externo a la casa. En los sectores populares, especialmente en el de los artesanos, los hombres pasaban el día trabajando en casa, los movimientos de la gente de la casa no les eran extraños y recibían la ayuda de sus esposas e hijos.

Las familias artesanas eran también escuelas de trabajo. Uno o varios de los hijos de un artesano seguían el oficio de su padre. En su ausencia, un sobrino o un joven del vecindario hacía las veces de aprendiz. A los adolescentes que trabajaban en un taller, con tan solo nueve o diez años, ya se los nombraba por su oficio. A la muerte del padre, el hijo mayor heredaba las herramientas y el buen nombre del padre. Ya en la época colonial los oficios eran asunto de familia, como conformando un linaje. (pp. 144—145).

De la descripción que hace Castro sobre la vida cotidiana de los sectores populares, trabajadores y artesanos en las ciudades a finales del siglo XVIII, se destacan tres aspectos que han mantenido su continuidad, al menos en la zapatería, hasta la actualidad:

- La paridad de género en el trabajo de la zapatería.
- La enseñanza y aprendizaje del oficio a partir de la relación de parentesco.
- El desarrollo de la vida productiva en la casa-taller.

Aunque la actividad productiva artesanal no fue tan relevante a nivel productivo y económico, ya se había configurado para algunos sectores como una práctica definida que gozaba de reconocimiento social, lo que les permitía acceder a espacios de discusión política y económica.

La república no representó un nuevo comienzo respecto al pasado colonial. Por el contrario, fue una lucha entre ideas liberales y la realidad social establecida tras tres siglos de estructura colonial, en la que los sectores sociales, incluidos los artesanos, habían alcanzado un grado de funcionamiento y reconocimiento dentro de la estructura social colonial. Por ello, es fundamental considerar la reconfiguración y reorganización social de la república, que no puede entenderse simplemente como el triunfo de los criollos sobre los españoles, ni como la abolición de la economía de hacienda para abrirse al libre mercado. En esta línea, puede confrontarse a Acevedo (1991). Se podría decir que fue una lucha de intereses marcados por las condiciones sociales y económicas.

Es destacable que, a principios del siglo XIX, un grupo de artesanos, más establecidos productiva y comercialmente, comenzó a competir con las mercancías

que empezaban a llegar como producto de la consolidación de la revolución industrial en Europa. Aunque, como señala Ospina:

En ciertos ramos: zapatería, talabartería, ebanistería, los nuevos gustos inducían a los consumidores de los centros principales a preferir los productos artesanales locales a los muy toscos de producción semiindustrial, que antes se juzgaban satisfactorios. Así tomaba importancia en los centros, y ante todo en Bogotá, la clase de artesanos, que después tendría importancia política grande, aunque efímera. (2017, p. 276).

Esto resulta interesante porque muestra cómo, durante las primeras décadas del siglo XIX, los habitantes de los centros urbanos, que comenzaban a usar zapatos, preferían aquellos elaborados por artesanos locales en lugar de los importados semiindustriales, concediendo un mayor valor agregado a los productos artesanales. La competencia extranjera, aún incipiente, tampoco había desplazado a las formas artesanales de producción en la fabricación de zapatos. Lo anterior nos lleva a pensar que, en términos de la vida cotidiana, era más fácil para un ciudadano que compraba un par de zapatos pedirle a un zapatero local que los reparara en caso de desperfecto o mantenimiento, pues no era viable enviarlo al extranjero a reparación. Sin embargo, las ideas de una economía de libre cambio y el consumo de mercancías extranjeras comenzaron a circular en los círculos políticos, que veían como modelo lo sucedido en la Europa de la postrevolución industrial y francesa. Esto llevó a que otro grupo de políticos se preocupara por proteger a los artesanos de la competencia extranjera. Ospina (2017) lo describe de esta manera:

La idea proteccionista se principia a hacer sentir en la prensa. Pero paralelamente va apuntando la idea de que la industria de tipo moderno no tenía porvenir en Colombia, por la dificultad de adquirir y entablar un utilaje apropiado, y/o porque la población era escasa, y que, en cambio, la actividad artesanal y las similares, y sobre todo la agricultura y la minería, estaban mejor indicadas para nosotros y merecían mejor la protección que se les diera.

El autor de las Observaciones sobre el comercio de la Nueva Granada, que no creía en el porvenir industrial del país, en competencia con los que podían emplear las formas de producción de mecanización avanzada, mira con simpatía las cottage industries:

las fábricas de sombreros, loza, cristales, pólvora, zapatos, galápagos, mesas, sillas, aguardientes, etcétera”, que se deben proteger “por medio de derechos los más subidos, pues estos son artículos que se pueden fabricar sin ocurrir a aquella maquinaria que se aplica en otros países más adelantados a la fábrica de algodones, lanas, hilo y seda”, y se debe “estimular a los artesanos... a establecerse aquí, con el objeto de participar sus habilidades a los hijos del país, asociándose los unos con los otros (2017, p. 281).

Ante la imposibilidad de competir con la industria de tipo moderno, se consideró necesario proteger la producción artesanal, lo que llevó a aumentar los impuestos y aranceles a varias mercancías. No obstante, como advierte Ospina, esta actitud proteccionista no se debía a una racionalización económica, sino a una respuesta a la oferta de las mercancías europeas y a las posibles problemáticas sociales que surgirían al dejar a un grupo de artesanos sin sustento, como efectivamente ocurrió en los años posteriores.

Es importante señalar que si bien hubo actividad artesanal durante el periodo colonial y que se conformaron diversos gremios, esta no fue relevante en términos económicos. La corona española concentró su atención en las minas, mientras que los criollos se enfocaron en la hacienda. Aunque hacia finales del siglo XIX y principios del XX la actividad artesanal, y especialmente la zapatería, comenzaron a resurgir como una actividad productiva significativa en algunos poblados, la discusión sobre la protección carecía de un fundamento sólido. Por ejemplo, el uso de zapatos estaba restringido principalmente a los españoles; ni indígenas ni negros usaban zapatos, lo que implicaba que la producción de calzado debía ser mínima y más orientada a la reparación. Hacer zapatos requería, además de técnica y conocimiento, tecnología y herramientas que dependían de insumos escasos; más allá de unas pocas curtimbres que probablemente se utilizaban para otros fines, no fue sino hasta principios del siglo XX que el uso de zapatos se volvió

más común —como será expuesto en el siguiente capítulo—, lo cual permitiría hablar de un preámbulo para un desarrollo industrial. En consecuencia, la protección no condujo a un mejoramiento o aumento significativo de la producción. Ospina (2017) lo resume así:

En realidad, lo que se protegía con los derechos aduaneros era la producción artesanal. Parece que hubiera hecho camino la idea, ya perceptible antes, de que esta forma de producción era particularmente merecedora de protección y adecuada para ella; tal vez también era este un campo en que se podía “hacer proteccionismo” sin grave disminución de la renta de aduanas. No parece que haya habido en la protección dada a la producción artesanal, la intención política que tan notoria fue más tarde.

Las industrias artesanales habían cobrado algún aliento, pero estaban concentradas en Bogotá, y en mucho menor grado en una o dos de las otras ciudades principales —Cartagena y Popayán eran todavía las más importantes después de la capital—.

A Bogotá habían llegado algunos artífices extranjeros que hicieron conocer a los nativos técnicas nuevas, pero la importancia de las actividades artesanales de tipo alto en el conjunto era lastimosamente pequeña. El grueso del consumo de esta clase de artículos seguía alimentado por los chapuceros obreros provincianos, en la misma forma en que siempre lo había sido. Nuestro país no desarrolló durante el periodo colonial la gama de industrias artesanales impregnadas de tradición local que se ha dado en México, por ejemplo; más tarde, cuando en poquísimos lugares estas actividades pasaron del plano de lo rudimentario, fue para imitar o copiar lo extranjero, sin poner nada propio. Solo la región de Pasto, cuyas industrias artesanales tradicionales estaban en un plano relativamente elevado al terminar la Colonia, y se conservaron en él en bastante medida, se sale de esta regla; en las demás, cuando tuvieron algo que mostrar en ese sentido, con la Independencia principió la decadencia, como sucedió con la orfebrería de Mompox (2017, pp. 334, 335 y 336).

Aunque Jaramillo Uribe (2017) presenta una visión más positiva sobre la situación de los artesanos y su capacidad productiva, que merece ser investigada

en mayor profundidad, es indudable que, para la primera mitad del siglo XIX, los artesanos se convirtieron en actores relevantes dentro de la discusión política en torno al desarrollo de la economía:

El artesanado constituía por aquel entonces en la sociedad neogranadina una clase social importante por su número y por su actividad en el campo político y económico, al mismo tiempo que un sector amenazado de muerte por la competencia del comercio de importación y por los ya visibles signos de las tendencias de la economía mundial hacia la producción fabril, es decir, hacia la organización capitalista de la economía. En el lapso comprendido entre la Independencia y el año de 1850, el artesano había logrado algún grado de preeminencia social y un considerable progreso económico, pero a partir de mediados del siglo otros grupos sociales y otras formas de la economía empezaron a vigorizarse, por lo cual el artesanado comenzó a desarrollarse como un grupo social de conciencia paria, aquejado de un profundo sentimiento de ansiedad ante la inevitable decadencia y extinción no solo de sus formas de subsistencia, sino también de algo que psicológicamente tenía para esos estratos sociales una gran significación: la pérdida de su libertad (de la libertad y la independencia que daban el señorío en el taller y la propiedad de los medios de producción) y de las pequeñas posiciones de influencia política que les daban la conciencia de tener alguna valía social (Jaramillo Uribe, 2017, p. 283).

Hacia finales del siglo XVIII y principios del XIX, los artesanos habían alcanzado un nivel de ingreso que les permitía ser una clase social relativamente importante. Sin embargo, después de la mitad del siglo, perderían esa relevancia social y política debido al proyecto capitalista mundial, que el poder político ni el gremio pudieron integrar. Gran parte de la historiografía sobre los artesanos en el siglo XIX ha vinculado a los artesanos con los movimientos políticos liberales, lo que ha llevado a la creencia de que los artesanos eran liberales. Aunque esta idea debe matizarse. Como menciona Acevedo (1991) y muestra Ospina (2017) en su libro sobre el proteccionismo en Colombia, los artesanos se alinearon con los liberales persiguiendo sus propios intereses, que se veían amenazados por el librecomercio, y no necesariamente por una conciencia de clase con ideales liberales.

En un trabajo crítico sobre la historia de los artesanos en el siglo XIX, Acevedo manifiesta:

La mayoría de los trabajos historiográficos del siglo XX, así como los testimonios del siglo XIX que se mueven en la dinámica de la coyuntura política y social de 1848-54, coinciden en que este tipo de agrupaciones se organizan bien en 1846 o 1847. Colmenares, extiende su indagación hasta 1838, cuando el nuncio papal fundó la sociedad católica en Bogotá (a este acontecimiento se refiere también F. Zambrano, pero buscando allí una expresión de la sociabilidad política en el siglo XIX) y luego a 1844-45 cuando los jesuitas, a su retorno al país impulsaron la organización de los artesanos con fines religiosos y políticos, concluyendo que su origen fue religioso. Lo cierto es que las sociedades de artesanos cobran importancia en la vida política y como tema de estudio a partir del momento en que el régimen de Mosquera y su secretario de Hacienda Florentino González, inician el estudio e implementación de políticas librecambistas. Ninguno de los testigos desconoce tal relación como tampoco ninguno de los historiadores modernos. Las alusiones al fenómeno se tornan contradictorias y polémicas en cuanto a la significación y a la interpretación que se da a su existencia y a su papel en la definición de los conflictos y problemas de la época. Así, para los conservadores, estas sociedades fueron creación del liberalismo en su afán por alcanzar el poder, fueron instrumento de agitación política, lo cual significaba el apelamiento al pueblo ignorante. (1991, p. 132)

Sería un error histórico y de análisis político considerar que las sociedades de artesanos fueron una iniciativa exclusivamente liberal. Los artesanos tenían una organización orgánica desde al menos principios del siglo XVII, producto de su oficio, que se había manifestado y fortalecido en la organización de las fiestas religiosas, como señalan Triana y Antorveza (1966) y Castro (2016). Sin embargo, en el siglo XIX, destacaron en otra dirección debido a la coyuntura política y económica de la época, lo que los llevó a organizarse y aliarse con movimientos políticos, primero conservadores —que apoyaban el proteccionismo— y luego liberales, que favorecían el librecambio. Comprender esto es clave para no atribuir

una identidad política fija a los artesanos, como tampoco despojarlos de su rol como sujetos políticos. Su acción, independientemente de su capacidad organizativa, no estuvo determinada por la política partidista, sino por la consolidación de su oficio en medio de los cambios económicos. Por lo tanto, no es posible pensar la realidad de los artesanos, desvinculándola de las realidades políticas y sociales del periodo histórico específico, ni proyectar identidades políticas basadas exclusivamente en fundamentos ideológicos.

Es fundamental entender que, en el siglo XIX, se reveló un proceso o, al menos, un intento de ruptura con el pasado colonial instaurado en la Nueva Granada, en el que los artesanos habían alcanzado, aunque de manera limitada en comparación con los artesanos europeos, un grado de estabilización y reconocimiento social. Las élites políticas querían insertar al país en la economía mundial con la idea de dejar atrás ese legado colonial, lo cual no resultó tan fácil como se pretendía. Esto llevó a contracciones propias de los procesos de cambio y puso a diversos movimientos políticos en posiciones opuestas: unos intentaban impedir esas iniciativas argumentando que era necesario proteger la producción artesanal para mejorar sus prácticas productivas, mientras que otros las promovían como la mejor fórmula para desarrollar una economía industrial y capitalista.

En la primera parte de ese siglo, las propuestas proteccionistas ganaron terreno, lo que condujo a discusiones y aplicaciones sobre los aranceles a las importaciones. Como respuesta, los librecambistas, apoyados por las nacientes juventudes liberales y otros sectores con cierta formación filosófica recibida de la ilustración francesa, promovieron la organización y el involucramiento de los movimientos obreros/artesanales para convencerlos, formarlos y alfabetizarlos (lectura y escritura) en los beneficios del libre comercio como una mejora política y económica para el desarrollo industrial del país, que redundaría en beneficios para los gremios. En plena discusión y disputa por el modelo económico que debía seguir la naciente república, los artesanos quedaron en el medio.

Jaramillo Uribe retrata estas influencias de la siguiente manera:

Los años comprendidos entre 1850 y 1870, que verán surgir en la Nueva Granada una frondosa literatura política de carácter radical, romántico y utópico, están marcados por una ascendente influencia francesa en la cultura nacional. La revolución del 48 tuvo inmediatas repercusiones

políticas y sociales, sobre todo en la juventud universitaria y en la clase artesanal de la capital de la República, y las influencias del pensamiento radical francés afectaron los diferentes matices de la tradicional política neogranadina. «El impulso hacia grandes reformas sociales tomó repentinamente fuerza inesperada —escribe en sus Memorias Salvador Camacho Roldán— con la noticia de la caída de la monarquía de los Orleáns en Francia, el 24 de febrero de 1848». (2017, pp. 278-279)

De estas tensiones no estaban exentos los integrantes de un mismo bando. En el seno del liberalismo surgieron dos facciones: los draconianos y los gólgotas, que también disputaron el apoyo de los zapateros. Lo interesante para el análisis es comprender que el desarrollo del capitalismo y del libre cambio, hoy en día triunfante, aunque con sus propios matices, no fue una imposición política y económica, ni una aceptación pasiva de los actores; esto se puede observar en la actitud tanto de los sectores políticos como de los artesanos.

La discusión económica se convirtió en una cuestión política; como apunta Ospina (2017), era un debate lleno de confusión y contradicción. Una facción liberal era proteccionista (draconianos) y otra, librecambista (gólgotas). Nieto Arteta (2016) sintetiza esa situación con estas palabras:

El librecambio y su imposición suscitaron una pugna política interna en el Partido Liberal. Era la oposición de intereses económicos entre los comerciantes y los manufactureros y los artesanos. Los primeros deseaban la mayor expansión del comercio, y ella estaba condicionada obviamente por la imposición o realización plena de una total política librecambista. Los segundos y los terceros, contrariamente, estimaban necesario restringir el comercio exterior a fin de poder disfrutar de una posición económica más estable y sólida. Obviamente, el mismo desarrollo de las manufacturas también contribuía al del comercio, pero, sin embargo, la amplia libertad de comercio internacional era un hecho más decisivo en la vía hacia la expansión del comercio interno. Esa pugna de comerciantes y manufactureros se expresó en las luchas de gólgotas y draconianos. Los primeros eran una manifestación política de los intereses económicos de los comerciantes, y los segundos expresaban la defensa igualmente política de los intereses económicos de los manufactureros y artesanos. Por eso, los gólgotas eran o fueron los ardientes y líricos definidores del librecambio,

de el señor González —quien, sin embargo, no fue gólgota—, hasta el señor Rafael Núñez. Los draconianos defendieron el proteccionismo. (p. 280-81).

En este contexto, que resume Nieto de manera clara, los artesanos inicialmente se acercaron a los gólgotas en un momento en que habían dejado de gozar de la protección y los beneficios arancelarios (Ospina, 2017) y se comenzaba a virar hacia una política económica más abierta. No obstante, este acercamiento duró poco, pues los artesanos, especialmente los bogotanos, pronto se dieron cuenta de que esa unión no favorecía sus intereses. Los gólgotas, influenciados por políticas económicas de libre cambio, llevaron a que los artesanos se separaran de ellos y se acercaran a los draconianos, quienes tenían posturas proteccionistas.

Es importante señalar el centralismo en esta discusión: gran parte del agite político de los artesanos por las políticas económicas se dio en Bogotá. Aunque Castro (2016) menciona que también se produjo en Cali, lo cierto es que se ha escrito poco al respecto. Castro señala que la vida cotidiana de los ciudadanos en la República transcurría de manera apacible a pesar del fulgurante ambiente político y que, más allá de algunas expresiones políticas de ciertos sectores sociales, la permeabilidad de la política en esos sectores no era trascendental.

Es un poco más difícil establecer hasta dónde permeaba la política en términos de la escala social. De vez en cuando se anotan episodios de clarísima participación popular: movimientos de artesanos, actuaciones en medio de una guerra civil donde se ve que el campesinado de tal distrito, o tal o cual grupo indígena, tuvieron una importancia que por lo menos un observador pensaba que valía la pena destacar. Bastante se ha escrito sobre las agitaciones de medio siglo, en Bogotá y en Cali. Pero estos eventos no fueron tan típicos, no sirven de manera satisfactoria como indicios para medir, si se quiere, la temperatura política normal del pueblo. (Castro Carvajal, 2016, p. 329)

Aunque se reconoce la particularidad de tales sucesos, estos se materializaron en el famoso apoyo de los artesanos al general Melo, que Nieto describe así:

Por eso, los artesanos apoyaron la intentona dictatorial del señor José María Melo, ya que Melo y sus secuaces —los draconianos— les habían ofrecido elevar la tarifa aduanera a fin de proteger sus manufacturas. En 1880 escribe don Miguel Samper, aludiendo a la dictadura o revolución

del general Melo: «El hecho que de esa lamentable revolución debemos recoger es el papel preponderante de la mayoría de los artesanos de Bogotá en el sostenimiento de la dictadura del General Melo». En 1867, el mismo don Miguel Samper explicó la razón de esa actitud política de los artesanos: “En muchos de los obreros de ciertos oficios, principalmente los de sastrería, zapatería y talabartería, predomina una fuerte antipatía contra las clases más acomodadas, a cuyo egoísmo atribuyen la penosa situación en que se encuentran, y un odio reconcentrado contra todo el que se llama gólgota o radical, porque el partido que lleva ese nombre luchó contra la dictadura de Melo en 1854 y se opone a las ideas de protección en favor de los artefactos nacionales”.

En el mismo año de 1867 y en su admirable estudio *La miseria en Bogotá*, don Miguel Samper hace esfuerzos ingentes por atraerse políticamente a los artesanos. Escribe, por ejemplo, este lírico párrafo: «Los artesanos han derramado su sangre en todos los combates y nadie les ha decretado honores, ni grados, ni pensiones, ni ha elevado la tarifa, y ellos, sin embargo, persisten en sus antipatías contra los ricos, en su odio contra los gólgotas y en su adhesión a todo el que quiera especular con su credulidad, ofreciéndoles la protección. ¿No será tiempo de que abran los ojos? ¿Irán a considerar como enemigo a quien les demuestre que andan en pos de una quimera o de una injusticia?». (Nieto, 2016, pp. 283-84)

La dictadura popular impulsada por artesanos, tal como ha quedado registrado en la historia, buscaba la protección de su oficio. Hasta cierto punto, como remarca Ospina (2017) en su estudio sobre el proteccionismo en Colombia, el movimiento de artesanos pudo ejercer cierta influencia en las decisiones económicas y políticas, especialmente a mediados de siglo. Aunque hubo políticos que estaban abiertamente a favor del libre cambio, gran parte de sus medidas fueron proteccionistas, no necesariamente por benevolencia o con el fin de apoyar la acción de los artesanos, sino como una forma de contención para evitar sublevaciones como las ocurridas en Bogotá entre 1850 y 1854. Por ejemplo: “En la tarifa de 1851, hay algunos asomos de proteccionismo, por la diferencia entre el gravamen a la materia prima y al artículo elaborado correspondiente, en renglones como el de ropa hecha, etcétera” (Ospina, 2017, p. 395).

El resultado de esas políticas económicas, según Ospina, no terminó por favorecer al aparato productivo de los artesanos, pues dichas medidas no produjeron un efecto relevante. Gran parte de esto se debía a que no existía un aparato productivo que permitiera una producción a gran escala o que sustituyera las mercancías importadas. No debe olvidarse que el desarrollo de los artesanos se dio más por necesidades ecológicas que por la intención de crear un aparato productivo. Por lo tanto, se puede afirmar que las discusiones políticas y económicas sobre la necesidad de proteger al sector de los artesanos se basaban más en el temor de que este sector pudiera desaparecer debido a la competencia extranjera que en una realidad estadística de productividad. Esto no significa que las preocupaciones y exigencias de los artesanos carecieran de sentido; todo lo contrario, eran las reclamaciones de un sector que buscaba posicionarse en las nuevas realidades económicas y políticas de la república.

Aunque políticos liberales como los draconianos, o militares como Melo, apoyaron las demandas de los artesanos, Ospina (2017) señala que “fueron herramientas en manos de políticos” (p. 395), ya que casi todos los dirigentes políticos estaban a favor del desarrollo de la industrialización y modernización del país, un proceso que comenzó a materializarse a finales del siglo. En este contexto, los artesanos se percibieron como un sector que obstaculizaba la modernización económica del país; lo que no era cierto en todo el territorio, pues solo la zona de Bogotá estaba comprometida con esa iniciativa.

Por el momento no había ni veleidades de aclimatar en el país industrias de alta técnica, fuera de las muy enclenques de la región bogotana. La minería o el comercio, o los nuevos cultivos, embargaban las energías disponibles. En el Cauca ciertos factores: el exceso y la virulencia de la política, el golpe sufrido por la emancipación de los esclavos, llevaron al marasmo. Cali todavía no mostraba pujos de ciudad comercial y de centro industrial. Popayán, cansada del gran esfuerzo rendido en el campo político y militar, y poco apta para adaptarse a nuevas circunstancias, va a entrar en la somnolencia que un siglo después no habría sacudido. (Ospina, 2017, p.437)

Aunque la idea de modernizar e industrializar el país tuvo sus intentos desde el siglo XIX, esta no comenzó a materializarse sino hasta principios del XX. Entre las medidas desarrolladas se encuentran, por un lado, una política de librecambio que permitiría la entrada de tecnología e insumos para la industrialización; por otro lado, se establecieron medidas proteccionistas para sectores tradicionales y

artesanales. Se crearon e implementaron escuelas de artes y oficios para cualificar a artesanos en ciudades como Bogotá y Pasto, como en los departamentos de Antioquia, Boyacá y Santander, regiones que históricamente habían sido artesanales (Mayor, 2014; Ospina Vásquez, 2017). También se proyectaron las primeras líneas férreas, que fueron clave para el cambio de vocación económica del Valle y Cali. Sin embargo, es necesario aclarar que dichas medidas proyectaron la modernización del país en un sentido estricto, sin dar cuenta de la realidad general. Gran parte de la discusión sobre un país moderno e industrial era un problema de la élite política y económica bogotana. Otras ciudades, como Cali, todavía operaban bajo la matriz de una economía colonial, con algunas escaramuzas comerciales que no generaban ni desarrollaban grandes cambios en sus estructuras económicas, políticas y sociales.

Un ejemplo ilustrativo es el caso de Medellín, donde, según Ospina (2017), la aparente industrialización no contaba con una iniciativa y estructura significativas para desarrollarse en esa dirección:

En 1865, apenas sí contaba con una «máquina de moler cacao» y una «nevería», fuera de las usuales velerías, jabonerías, etcétera, caseras, o poco menos. La Casa de Moneda, la Escuela de Artes y Oficios, no alcanzaban todavía a darle un ambiente distinto. La cervecería parece haberse ejercido en forma menos primitiva que en otros sitios —Vicente y Pastor Restrepo, que explotaban una patente inglesa; Nicholls, en La Ceja—. (2017, p.497).

Solo en algunas regiones, y de formas específicas, había algunos desarrollos productivos, que enfrentaban a diversos problemas, como el escaso o nulo consumo de las mercancías. El zapato no era de uso común dentro de las poblaciones a mediados de siglo; su uso estaba casi exclusivamente reservado para los españoles y las élites, no para los sectores populares. Esto impedía que un sector como la zapatería, con una tradición artesanal, pudiera desarrollarse a nivel industrial. Por eso, dentro de las políticas impulsadas, además de las escuelas de artes y oficios, se promulgaron leyes para rebajar los derechos de aduana y así incentivar la producción y, por ende, el consumo. Un ejemplo de esto es la Ley 40 de 1880, que “rebajaba los derechos de aduana, en general, pero establecía un recargo del 25 %

para ciertos artículos cuya producción se quería fomentar: calzado para hombre, ropa hecha, muebles de madera, artefactos de talabartería” (Ospina, 2017, p. 559). Esta ley buscaba proteger la práctica productiva a nivel artesanal, no promovía su industrialización, y al no obtener resultados favorables, rápidamente se comenzó a promover la creación de fábricas en lugar de talleres.

Hasta las primeras décadas del siglo XX hubo un cambio significativo en la realidad de los zapateros y la fabricación de calzado en el país, no por las políticas de industrialización que llevarían a su conversión en un sector industrial, sino por la expansión de un mayor crecimiento poblacional, lo que incrementó el uso de zapatos. Aunque aún no se puede confirmar esta hipótesis, se puede inferir que factores como el crecimiento poblacional y un mayor uso del calzado fueron los detonantes para que comenzaran a fabricarse más zapatos. Ospina (2017) muestra cómo la producción de calzado en Rionegro se debió a que la gente lo utilizó en mayor medida, lo que llevó a aumentar la fabricación de calzado en varias zonas del país, siguiendo la tradición de los siglos anteriores (artesanos-zapateros), con nuevas técnicas y tecnologías (zapatero-fábril).

Según Ospina Vásquez (2017), en Barranquilla (Atlántico) había cuatro fábricas de zapatos (p. 710). En Bogotá había empresas medianas y pequeñas de calzado (p. 711). En la región de Medellín, Itagüí y Envigado, la fabricación comenzó de forma industrial a partir de 1913, y en Rionegro hubo una fábrica semiindustrial (pp. 724-725). En Cartagena también había algunas expresiones productivas alrededor de la fabricación de calzado (p. 731). De las ciudades mencionadas, la que tuvo menor impulso hacia la industrialización fue Cali. Aunque tenía una tradición de artesanos, como la mayoría de las ciudades neogranadinas, estos no habían dado el paso hacia una transformación de su práctica; solo hacia los años 1930 y 1940 se registraron las primeras fábricas de calzado en Cali.

Herencias del oficio: continuidades y transformaciones en el tiempo colonial y republicano

Entender el establecimiento de las prácticas de los artesanos-zapateros en la Colonia y la República, como se ha presentado anteriormente, implica considerar las relaciones sociales, espaciales, culturales y antropológicas que se forjaron históricamente. Desde la perspectiva del pensamiento histórico actual,

ubicar la etapa colonial dentro de una distinción de una sociedad precapitalista, como lo hace Colmenares (1997; 2007), presupone una forma de comportamiento económico distinta del presente capitalista, aunque en correlación y conexión con este.

Si bien la categorización de “precapitalista” conlleva una carga valorativa frente al comportamiento económico y social de las personas que vivieron en estos periodos, a menudo considerada como un tipo de pensamiento irracional o salvaje, Colmenares (2007) reconoce, a partir de los estudios de Wolf y Mintz sobre las plantaciones, que existía un tipo de racionalidad económica en función de las unidades productivas, como la minería y la hacienda, que posibilitaron una serie de relaciones sociales, económicas, políticas y culturales. En ese sentido, asumir y seguir la categoría de análisis “precapitalista” como una forma de vida tanto material como ideológica para entender la vida colonial, aceptando que esta tiene sus propios problemas de comprensión, puede ser más fructífero que asimilarla como parte de un pasado irracional. Se puede decir que Colmenares asume la crítica de Firth (1977) y Roseberry (1988; 2014) a la economía política, tanto desde el enfoque althusseriano como wallersteiniano, por intentar imponer análisis, aunque críticos, de manera mecánica. Así, Colmenares –en tanto historiador y con intereses distintos a los de la antropología– hace bien al advertir que, para llevar a cabo un análisis histórico de la economía colonial, sería un error utilizar categorías como: “mercado de tierras”, “mercado de trabajo”, “renta de capital” o “acumulación de capital”, ya que en el periodo colonial dichas prácticas económicas propiamente capitalistas no existían dentro de la racionalidad colonial.

A partir de lo anterior, se puede inferir que, en la Colonia, como un sistema administrativo de lo económico y social, se desarrolló un cuerpo de artesanos dedicados a la producción de zapatos. Este desarrollo no se dio necesariamente de manera consciente dentro de una lógica capitalista de desarrollo de un sector productivo, sino, en un primer momento, por la necesidad de suplir las demandas de calzado de los participantes de la empresa de conquista y, en un segundo momento, por la reproducción del saber artesanal en cada uno de los poblados fundados, producto de las condiciones geográficas y demográficas que imposibilitaron un intercambio y circulación de mercancías.

Las características ecológicas del Nuevo Mundo llevaron a que los poblados y centros urbanos fundados —siguiendo los poblados indígenas— fueran

reducidos y distantes entre sí, lo que dificultó una sobreproducción agrícola y de mercancías para un intercambio que, aunque existía, no era de grandes proporciones. Esto condujo a una producción orientada al autoabastecimiento, lo que redundó en una mano de obra reducida y especializada, propia, que garantizó los medios de subsistencia.

Es importante tener presente que la fuerza de trabajo no se ofrecía de manera libre, sino que estaba sujeta a disposiciones demarcadas dentro de la estructura colonial. Por ejemplo, las empresas coloniales, como las minas y las haciendas, empleaban mano de obra esclava e indígena. Las manufacturas o prácticas artesanales estaban mediadas por un sistema de castas, en el que las labores eran realizadas por españoles pobres, mulatos, indígenas y negros libres, lo cual reflejaba características tanto raciales como sociales. Esta división del trabajo correspondía a disposiciones que, aunque más benévolas para los artesanos en comparación con los indígenas y negros, se fueron consolidando como producto de una determinación política y económica. En primer lugar, los encomenderos privilegiaron la recolección de tributos en una economía tributaria, como señala Wolf (2005) para las Américas. En segundo lugar, los hacendados y la extracción minera permitieron que un grupo de artesanos-zapateros se consolidara en las ciudades coloniales. No obstante, como señala Colmenares, no se puede asumir que estas disposiciones respondían únicamente a un control racional por parte de la corona española, sino a un sinnúmero de relaciones dentro de la estructura colonial, en la que encomenderos, españoles pobres, indígenas, negros libres, mulatos y criollos se fueron configurando como un grupo productivo: los artesanos-zapateros.

La historiografía evidencia que, para el siglo XIX, los artesanos-zapateros, aunque constituían un sector minoritario debido al bajo consumo de calzado, ejercían una actividad que gozaba de un reconocimiento social y productivo, aunque no necesariamente positivo. Los zapateros tenían connotaciones negativas, pues se les consideraba personas que ejercían una actividad de baja condición, por no ser limpios ni ordenados, lo que hacía que el oficio fuera apropiado para los chicos de hospicio. Sin embargo, el oficio también tenía un valor productivo, debido a la tradición de mano de obra calificada, lo que llevó a que dirigentes políticos consideraran sus demandas en el desarrollo económico y político a lo largo del siglo. Los zapateros fueron configurando un ethos basado en la autonomía de su oficio, lo que les permitió destacar en las manifestaciones políticas del siglo XIX.

Aunque la intervención política de los zapateros se desvanecerá en el siglo XX, y dejarán de ser trabajadores propios para vender su fuerza de trabajo en las dinámicas fabriles, conservarán las características de trabajadores autónomos construidas históricamente. Estas características se reconfiguran en las dinámicas propias del siglo XX y XXI, manteniendo, en términos materiales e ideológicos, un cierto sentido y valor de la tradición artesanal.

Políticas y transformaciones: la zapatería en el siglo XX

De momento, se ha hablado de manera general de los zapateros, en algunos puntos sin distinguir entre ellos y otros artesanos, y sin mencionar directamente a los zapateros o a la zapatería en Cali. Esto se debe a que existen pocos estudios y es escasa la información sobre este gremio, más allá de los registros que se encuentran en el Archivo Histórico de Cali. Lo reseñado se concentró en mostrar la existencia de zapateros en la Conquista y la Colonia, a través de los registros de la comitiva que acompañó a Sebastián de Belalcázar, las menciones de Gustavo Arboleda en su libro sobre la historia de Cali, y expresiones de protesta del siglo XIX. Aunque la información no es abundante en relación con este problema específico, se presenta de manera general el ambiente social, cultural, económico y político en el que vivieron los artesanos/zapateros durante los períodos de La Conquista, La Colonia y La República, con el fin de evidenciar un ciclo de larga duración que se refleja en la expresión de los zapateros en el siglo XX en Cali, no como un acto espontáneo, sino como una práctica que se anida en una tradición social, cultural y económica de varios siglos.

Así, la configuración de la zapatería en Cali en el siglo XX, concretamente en los barrios Obrero y Sucre, fue producto de esa tradición social, cultural,

económica y política desarrollada en Colombia y en Cali. En este y en el siguiente capítulo, se determinan las políticas económicas desarrolladas en los siglos XX y XXI que afectaron las prácticas productivas y económicas de los zapateros de dichos barrios, de las cuales se identifican dos puntualmente:

- La primera, que tiene sus comienzos a finales del siglo XIX y se extiende hasta los años veinte del siglo XX: *Modernización: transición tardía*.
- La segunda, que abarca hasta los años setenta: *Industrialización: intervencionismo moderno*.

Lo anterior permite comprender cómo ambas políticas afectaron el desarrollo de la actividad de los zapateros. Se entiende política económica en el sentido más comúnmente aceptado dentro de la literatura especializada, es decir, como las acciones y decisiones implementadas por las autoridades políticas en el ámbito de la economía, con la pretensión de controlar y estabilizar el crecimiento económico. Según Silvio Bocchi, citado por Lessa (1979), “la política económica es aquella parte de la ciencia económica que estudia las formas y efectos de la intervención del Estado en la vida económica con el objeto de conseguir determinados fines” (p. 67).

No obstante, no se puede asumir que dicha pretensión de conseguir determinados fines sea neutral o benevolente; más bien, es todo lo contrario, como advierte Jimeno en torno a las acciones políticas del Estado:

La exposición sobre las políticas estatales no debe llevarnos a la imagen del estado como sujeto que traza planes lógicos, hacia un fin preciso, proveniente de una voluntad única. Es preciso recordar que el estado no es otra cosa que la síntesis de una relación de lucha entre clases y fracciones de clase, que se desenvuelve en determinadas circunstancias de la reproducción del capitalismo dependiente. Su política es la resultante de la confrontación permanente entre las diferentes clases. Sin embargo, la política estatal se articula a través de la huella imborrable de los intereses hegemónicos nacionales y extranjeros. Es posible así, descubrir el hilo conductor de las políticas en medio de la maraña de contradicciones, vacíos y desigualdades en su aplicación y ejecución. (1981, p. 24)

Lo anterior nos permite, al menos, sospechar que la movilización de las políticas tiene diferentes intereses y propósitos. Por lo tanto, la aplicación de dichas políticas debe evaluarse dentro del ámbito particular y no general, pues sus afectaciones son dispares entre los diversos actores. Esto nos permite comprender cómo los zapateros de Cali fueron afectados por este grupo de políticas en el desarrollo de su actividad.

Modernización tardía: políticas industriales en la zapatería caleña del siglo XX

A finales del siglo XIX, el desarrollo manufacturero e industrial de Cali y de la región no estaba en su mejor momento, por lo que la ciudad aún no tenía fábricas o iniciativas para producir calzado, como ya se observaban en otras capitales de Colombia. Aunque en los barrios San Nicolás o El Vallano y San Antonio o El Empedrado había una serie de artesanos-zapateros cuya tradición venía desde la época colonial, y aunque casi todas las actividades productivas comenzaban a aumentar su producción, los zapateros caleños no disponían de maquinaria mecanizada ni de la inversión necesaria para mejorar y ampliar su producción. Además, la demanda regional tampoco lo ameritaba; todo esto impide afirmar que se estuviera desarrollando una industria fabril de la zapatería.

En general, en Cali y en todo el departamento del Valle del Cauca —que en ese entonces no existía como ente territorial, pero tenía una identidad como espacio geográfico entre su población— se comenzó a experimentar, desde finales del siglo XIX, una transición tardía de una economía de hacienda (precapitalista) a una economía industrial (capitalista), transición que se afianzó en las primeras décadas del siglo XX. Esto llevó a que muchas actividades productivas crecieran y se desarrollaran económica y productivamente, incluida la zapatería.

Según Vásquez (2001), medio siglo después, el paisaje vallecaucano aún evocaba la estructura colonial, describiéndola de la siguiente forma:

En este fin de siglo, los pueblecitos vallecaucanos, desde Palmira hasta Cartago y desde Cali hasta Toro, eran bastante humildes y conservaban su aspecto colonial: casitas de bareque o adobe con techos de paja, callejuelas rectas que terminaban en caminos de herradura hacia al Valle, iglesias que se empinaban sobre los techos de las aldeas. Sin embargo, alrededor

de la plaza mayor o de alguna calle contigua, abrían sus puertas algunos almacenes con mercaderías importadas y se levantaban las casonas de los ‘notables’ del pueblo; algunas —como en Cali— de dos pisos, con balcones hacia la calle, con salones, alcobas y corredores en torno al patio interior que se aderezaban con exclusivos lujos importados: platería, vajillas de porcelana, cristalería, lámparas de alcohol o aceite, camas de bronce o de hierro. (p. 38)

Cali, al igual que los otros poblados de la región, aún era una villa pequeña dominada por unas élites familiares que controlaban casi todas las actividades productivas y comerciales. Se auguraban cambios como resultado de las reformas liberales (librecambio) que llevaron a las élites políticas nacionales y regionales a invertir recursos para la construcción del ferrocarril del Pacífico, que conectaría el interior del país con el puerto de Buenaventura, y para el desarrollo del proyecto de navegabilidad por el río Cauca, que conectaría el comercio con el interior del Valle. Aun así, no se preveían grandes transformaciones sociales o económicas. Mientras se concretaban estos proyectos, la vocación económica de la región continuó enfocada en la producción agrícola y ganadera, de carácter manual y con pocos avances técnicos:

Los productos de pan coger, transportados desde las haciendas y fincas hasta los mercados semanales de las aldeas en recuas de caballos por caminitos de herradura, o a lo largo del río Cauca en canoas, balsas de guadua y luego en buques de vapor; las exportaciones de productos agrícolas y ganaderos —tabaco, quina, añil, cueros, café— por difícil y peligrosos caminos al río Magdalena y a Buenaventura; las ventas de productos y ganados de las haciendas a los colonos antioqueños que se extendían hasta el Quindío; la fundación de casas comerciales y de representación en poblados como Cali, Buenaventura, Buga y Palmira, conformaban el panorama de la actividad comercial del Valle del Cauca en la segunda mitad del siglo XIX y específicamente en sus dos últimas décadas. (p. 38)

El escaso desarrollo técnico y de infraestructura en la región hizo que tampoco se presentaran grandes cambios a nivel urbanístico y demográfico, pues

suroriente, como San Nicolás (El Vallano) y El Calvario, concentraban a personas que desarrollaban diversas actividades, especialmente artesanales y agrícolas:

Al oriente, más alejado de la plaza de la Constitución y de las élites del poder local, se encontraba El Vallano o San Nicolás, conformado por casitas de bahareque o adobe, a menudo con techos de paja, habitadas por artesanos, pulperos y peones. Al sur oriente, cerca del cruce de los caminos a Navarro y a Juanchito, se encontraba El Calvario, donde funcionaba La Carnicería. Estaba habitada por gentes consideradas como de inferior condición económica y social, con comportamientos que eran objeto de la censura moral por parte de las ‘gentes de bien’ del resto de la aldea. (Vásquez, 2001, p. 45).

Tránsito a la modernización

Con el cambio de siglo, se realizaron una serie de cambios a nivel institucional que permitieron que el panorama de Cali y de la región tomara un nuevo rumbo, lo que Vásquez denominó el tránsito hacia la modernización (primera política económica). En este proceso, que incluía proyectos iniciados en el siglo anterior, como la navegación por el río Cauca —que produjo un aumento en el flujo comercial y en el transporte de mercancías— y el ferrocarril del Pacífico, que llegó a Cali en 1915 y convirtió a la ciudad en un paso obligatorio para el transporte de carga hacia Buenaventura, también se crearon instituciones que intentaron cambiar el paisaje colonial que todavía perduraba. Una de estas fue la Sociedad de Mejoras Públicas, fundada en 1904, cuya finalidad inicial era preparar la celebración del primer centenario de la independencia, como de renovar los espacios públicos. Pero, fue a partir de 1910 cuando comenzaron las grandes transformaciones.

El 16 de abril de 1910, mediante el Decreto Nacional N.º 340, Cali fue designada como la capital del nuevo departamento del Valle, lo que le permitió desprenderse del orden caucano. El 20 de julio, durante la celebración del centenario de la independencia, se inauguró el tranvía a vapor, que recorría los bordes de los barrios El Calvario y San Nicolás hasta el Puerto de Juanchito, y el 26 de octubre de ese mismo año se encendió la planta N.º 1 de la Compañía de Electricidad de Henry J. Eder, Edward Mason, Ulpiano Lloreda y Benito López, que iluminó las calles de Cali. En 1913, se creó la Compañía de Luz y Fuerza Eléctrica de Cali.

La electricidad y el alumbrado público cumplieron un papel importante en ese proceso de modernización. Aunque en esos primeros años, al no contar con grandes actividades manufactureras —casi inexistentes—, el consumo de energía eléctrica estuvo destinado principalmente al uso doméstico, a algunos almacenes, hoteles y a la tipografía de Carvajal y Compañía. Por lo tanto, hasta 1915 no hubo un aumento significativo en la demanda de energía. Sin embargo, Vásquez señala que, a partir de los años siguientes, con la llegada del ferrocarril, el crecimiento manufacturero, la expansión comercial y la rápida inmigración a Cali, se incrementó la demanda de energía, y para 1918 estaban en auge diversas actividades productivas como trilladoras, cervecerías, panaderías, peluquerías, molindas y madererías.

No obstante, lo que realmente transformó la ciudad e impulsó el resto de las actividades, consolidando la importancia de Cali no solo en la región, sino en el país, fue el ferrocarril. Este permitió que la ciudad se conectara al comercio mundial y se convirtiera en un paso obligado para el transporte de café proveniente del interior, que se exportaba al mundo a través del puerto de Buenaventura:

El desplazamiento de la producción cafetera al occidente y la construcción del ferrocarril del Pacífico con sus ventajas en costos de transporte, rapidez y menores riesgos de movilización frente a los del río Magdalena, incrementaron las exportaciones de café por la vía férrea a Buenaventura; en Cali, como paso obligado del grano de exportación, crecieron las actividades relacionadas con el transporte, el bodegaje, las firmas exportadoras, los almacenes, los bancos, los bares y cafés, los hoteles y las manufacturas que, como generadoras de empleo, continuaron alentando corrientes inmigratorias. (Vásquez, 2001, p. 77).

Así, Cali inició una revolución en términos de desarrollo manufacturero, demográfico, movimiento obrero, desarrollo urbanístico y saneamiento básico, que se afianzó en las siguientes décadas y redundó en la manifestación y masificación de varios sectores productivos, entre ellos la zapatería.

Desarrollo manufacturero y artesanos

Como bien manifiesta Vásquez, para la primera década del siglo XX, el desarrollo manufacturero en Cali era casi inexistente. Existía una pequeña tradición de artesanos que se había venido desarrollando desde los siglos anteriores

en barrios periféricos como San Nicolás, San Antonio y El Calvario. También había algunos comerciantes y hacendados dedicados a actividades agropecuarias que permitían abastecer a la ciudad de mercancías y abarrotes, aunque no contaba con una tradición productiva comparable a la de Medellín, Bogotá o Barranquilla.

Aunque la primera década del siglo no destacó por su desarrollo productivo, debido a dificultades para la importación de maquinaria y baja demanda de consumo, los proyectos de modernización en marcha, la tradición artesanal, y las inversiones de personas con ganancias comerciales y agropecuarias crearon las condiciones para un despegue productivo. Hasta entrados los primeros años del siglo XX —como se verá al analizar el desarrollo de la zapatería—, las actividades productivas seguían ancladas a la fuerza manual, y a las relaciones familiares y de compadrazgo que se desarrollaban en el espacio habitacional, como tradicionalmente se había hecho (ver Castro, 2016). En este sentido, Vásquez (2001) destaca lo siguiente:

En la primera década, gran parte de los talleres manufactureros se montaban en enramadas construidas en los patios de las casas, o en lotes de los propietarios en sitios ubicados en la ciudad o en sus cercanías. La energía humana se empleaba para movilizar los procesos productivos y las mercancías se colocaban en mercados de Cali o en la región suroccidental del país (2001, p. 81).

A partir de 1915, hubo un verdadero crecimiento de las actividades manufactureras, que se extendió hasta 1929 —cuando disminuyó debido a la recesión económica mundial—, y volvió a crecer en la década de 1940, en lo que se denominó el proceso de industrialización. Vásquez hace una reseña de esa primera oleada de actividades manufactureras, incluyendo: Fábrica de Tejidos La Garantía (1915); Compañía Vallecaucana de Tabaco (1917); fábrica Alfresa de quesos y grasas (1920); Cervecería Andes Sociedad Anónima (1924); Laboratorios JGB (1925); Dulces Colombina (1927); y Fábrica de Jabones Varela (1929). Entre otras que se organizaron en ese periodo, también reseña la Fábrica de Calzado El Tigre, fundada en 1920 (ver Vásquez, 2001, pp. 83-85).

Diferenciándolas de las actividades manufactureras, Vásquez refiere actividades artesanales de los años 1920 y 1930, como carpinteros, ebanistas,

herrereros, maestros constructores y alarifes, sastres, artistas, escultores, talabarteros, alfareros, entre otros. También menciona a los zapateros de los barrios populares, como Sergio Rivas, Ricardo Vallejo, Ernesto Aguado, Santiago Velasco, Arcadio Braum, de origen danés, y Alfonso Afanador (ver Vásquez, 2001, pp. 87-88). En el boletín de estadística municipal de 1925, se registraron tres unidades productivas de zapatería con un total de cuarenta y tres (43) trabajadores, aunque solo se menciona la Zapatería y Talabartería de Llano y Díaz, con veintiocho (28) trabajadores, lo que no coincide con la Fábrica El Tigre o con los nombres de los artesanos zapateros mencionados. Por lo tanto, no hay claridad sobre si para esa fecha existían más o menos unidades que atendieran la producción de zapatos.

Es necesario comentar cómo Vásquez diferencia la actividad manufacturera de la actividad artesanal; hace una clara distinción, aunque reconoce que algunas de las primeras provienen de la actividad artesanal o mantenían sus procesos. Separa estas actividades y las registra por separado. Esto sugiere que, en la lógica de destacar el progreso y desarrollo que Cali experimentaba en esas primeras décadas, Vásquez considera que las actividades artesanales no eran parte de esa dinámica, sino que pertenecían al pasado de Cali. Al parecer, la visión de Vásquez sobre los artesanos se quedó en una perspectiva romántica, en el sentido de que los veía más como un sector intelectual que como una clase capaz de transformarse, llevando sus prácticas artesanales a una dinámica industrial:

La gran variedad de artesanos en sus pequeños talleres, que al atardecer o en la noche, se convertían en tertuliaderos populares para hablar de política, problemáticas sociales, literatura y sucesos locales. Allí estaban los zapateros, carpinteros, ebanistas, alarifes, maestros de obra, herreros, hojalateros, sastres, cerrajeros, fotógrafos, peluqueros, talabarteros en San Nicolás, Santa Rosa, algunos en el Empedrado y los alfareros de la loma de la 'Mano del Negro' [Resaltado en el original] (Vásquez, 2001, p. 87.)

En las primeras dos décadas del siglo XX, Cali y el Valle del Cauca comenzaron a experimentar cambios productivos, impulsados principalmente por las élites que crearon las primeras empresas e industrias, sobre todo en el ámbito agroindustrial (ver Arroyo, 2006; Vásquez, 2001), que definieron el futuro industrial, aunque aún incipiente. Esta visión buscaba engrandecer, con motivo del centenario de la independencia, el Libro Azul de Colombia, que presentaba a

Cali como una ciudad pujante, en la que: “abundan los materiales de construcción y los talleres de carpintería, herrería, zapatería, sastrería, talabartería, mecánica, fundición, etc. Oficios estos dirigidos por obreros inteligentes y hábiles que los conducen por una vía de visible desarrollo y perfección” (1918, p. 646). Esta visión solo se materializaría con la expansión territorial que se emprendió a partir de 1919, con la fundación de los barrios Obrero y Sucre, donde se establecieron prácticas productivas y culturales en torno a la carpintería, la sastrería, la talabartería y, especialmente, la zapatería.

Futuros barrios zapateros: Obrero y Sucre

Los barrios Obrero (1919) y Sucre (1922), junto con otros como Benjamín Herrera (1928), El Piloto (1924), El Peñón (1920), Granada (1922) y San Fernando (1927), formaron parte del boom de la construcción y expansión urbana que tuvo lugar entre 1919 y 1931 (ver Figura 2). Durante este período se adecuaron los servicios públicos como acueducto, alcantarillado y energía, además de otras instalaciones como batallones, teatros, parques, clínicas, clubes y edificios.

Figura 2. Cali de principios del siglo XX



Mapa de 1937 hecho por las Empresas Municipales con los barrios Obrero y Sucre. Tomado del libro Atlas histórico de Cali. Siglo XVIII-XXI. (2000, p. 44)

Este boom estuvo precedido por sucesos trascendentales ya comentados: la declaración en 1910 de Cali como la capital del naciente departamento del Valle del Cauca, la llegada del ferrocarril del Pacífico a Cali en 1915 —que la convirtió en paso obligado para el transporte de mercancías y la exportación de café— y el inicio del desarrollo manufacturero. La proyección del Valle del Cauca y Cali como centros importantes para el desarrollo industrial del suroccidente colombiano llevó a la administración pública a implementar nuevas políticas de planificación urbana con el objetivo de adecuar el desarrollo económico de Cali y el Valle para las décadas siguientes, así como la necesidad de brindar soluciones habitacionales para los presentes y futuros trabajadores de una ciudad moderna e industrial.

A diferencia de los barrios obreros de Manchester o Liverpool en Inglaterra, que se conformaron alrededor de las fábricas como centros de la organización urbana, en Cali la conformación de nuevos barrios obreros —al menos en este periodo, ya que en los años 1960 la migración del campo a la ciudad debido a la violencia generó otro tipo de organización urbana por fuera de los anclajes productivos— estuvo encaminada por la administración pública como un proceso de planificación que primero contempló la construcción de los barrios obreros y luego las fábricas.

Ese proceso de planificación comenzó en 1916 con la intención de construir un barrio de uso habitacional para los obreros de los talleres del ferrocarril en los terrenos ejidales de El Cascajero (ubicado hacia el sur de San Nicolás y hacia el oriente de El Calvario), el cual iba a llevar por nombre Sucre. Sin embargo, ese proyecto no se realizó y se retomó en 1919 con el nombre de Obrero. Los investigadores Ruiz y Mera (2018), quienes han estudiado la fundación de diversos barrios de Cali, no han encontrado razones oficiales para el cambio de toponimia, creen que se debió a la idea de ir construyendo una conciencia proletaria, que para la fecha era inexistente en Cali.

Estos autores exponen que otro factor que impulsó la construcción y la creación de nuevos espacios habitacionales en una ciudad que poco había expandido su urbanización más allá de la estructura colonial, fue la presión de la población pobre, compuesta tanto por residentes locales como por algunos inmigrantes campesinos, negros e indígenas de los municipios y departamentos vecinos que se habían establecido en la periferia del oriente, ocupando la hacienda El Cascajero

y los terrenos ejidales del municipio. Esta tesis es complementaria y alternativa al control y planificación por parte de las élites políticas frente al desarrollo social y económico de la ciudad. El acto fundacional del barrio Obrero pudo ser tanto un esfuerzo de planificación moderna desde la administración pública como una respuesta a la presión popular, aunque esto no se ha establecido con certeza. Como señalan Ruiz y Mera (2018), es claro que:

(...) no podemos decir que el Barrio Obrero de Cali sea el fruto de un urbanismo moderno, capaz de articular una única visión en conjunto de la ciudad (y de su futuro); tampoco habría que entender que la respuesta municipal a esa necesidad fue, a plena marcha, el verdadero sin sentido un acto alocado y precipitado. (2018, p. 45).

Lo cierto, en términos históricos, es que la reconfiguración de la ciudad y de los nuevos espacios barriales se determinó por una combinación de planificación y condiciones sociales, culturales y económicas, en las cuales la élite tradicional y la nueva élite comercial se establecieron en las cercanías del centro y la plaza central, en los barrios El Peñón y Granada, mientras que los obreros, artesanos e inmigrantes pobres se asentaron en la periferia, en los barrios Obrero y Sucre.

Fue así como, el 20 de junio de 1919, mediante el Acuerdo N.º 31, se creó el barrio Obrero dentro de los siguientes linderos y especificaciones:

Por el oriente, la prolongación aproximada ‘Avenida Miguel López Muñoz’ hasta donde da con la zona del ferrocarril del sur, de allí siguiendo línea paralela a dicha zona hasta encontrar el callejón que va a Aguablanca; por el sur, una línea recta al puente de ‘puente-piedra’, donde desemboca la carrera 15; por el occidente la calle 16 entre carreras 8ª y 15; y por el norte, la carrera 8ª entre calle 16 y la ‘Avenida Miguel López Muñoz’ (artículo 1). En el plano que debía levantar el ingeniero municipal se debían incluir las calles y carreras que se abrirían, el ancho de las avenidas (30 mts) y de las calles y carreras (15 mts), la demarcación de los terrenos ejidales y el nombre de sus dueños. Cada manzana de los terrenos ejidales se dividiría en 20 lotes, 16 de ellos con 10 mts de ancho por 30 mts de fondo mirando a las carreras, y cuatro lotes con 10 mts de frente mirando a las calles. Los beneficiarios deberían ser padres o madres de familias naturales de Cali, o

casados con hijos o hijas de Cali; además, se obligaban a sembrar árboles frutales, construir dentro del plazo acordado, y las adjudicaciones serían *indivisibles e intransmisibles*. (Vásquez, 2001, pp. 131, 132)

Por su parte, el barrio Sucre se fundó en 1922, y para la construcción de sus casas usó las mismas especificaciones del barrio Obrero, si bien su extensión llegaba hasta los linderos de la calle 15. A diferencia de aquel, Sucre no tuvo un reconocimiento social o cultural positivo en su fundación. Mientras que el primero fue considerado el barrio para los obreros, Sucre, según Ruiz y Mera, se había pensado inicialmente en 1916 —como ya se mencionó— como el nombre para lo que luego sería el barrio Obrero, conmemorando el centenario de la independencia y a Antonio José de Sucre. Sin embargo, en los años veinte, ya con otra mentalidad, su fundación por parte de la administración tuvo la intención de contrarrestar la expansión de la galería del Calvario y del matadero público, que se habían instaurado desde finales del siglo XIX y que habían sufrido, como lo señalan los autores:

(...) una conurbación comercial de gran calado, a lo largo de la carrera 10, más allá del propio parque Colón y la iglesia de Santa Rosa. Aunque no todo se ha acabado en el intercambio de mercancías, víveres, monedas, billetes, saludos, insultos o contravenciones; en realidad, aspectos tan diversos como la convergencia de hoteluchos, pequeñas cantinas, campesinos que llegaban en horarios extremos, el arribo de mujeres que provenían del campo en búsqueda de algún quehacer generó un frenesí de ofertas para los intercambios sexuales, en medio del licor, el juego y la música. (2018, p. 100)

Ruiz y Mera también relacionan la fundación del barrio Sucre con poblamientos previos en un caserío y una bodega llamada Patio Bonito, ubicada en la calle 16 con carrera 9, y señalan que los predios se legalizaron por presión de sus habitantes, aunque, como mencionan, dicha información no está del todo confirmada. Aún queda por investigar si las fundaciones de los barrios Obrero y Sucre fueron producto únicamente de la administración pública o, por el contrario, resultado de la presión popular para el acaparamiento de tierras. Tanto Vásquez

(1990; 2001) como Ruiz y Mera (2018), quienes han contribuido en esa materia, sugieren que fue un proceso en el que intervinieron ambas partes.

Igualmente, el poblamiento de estos barrios tampoco es del todo claro; los estudios históricos indican que la cercanía de los barrios San Nicolás (artesanos, obreros) y El Calvario (campesinos), además de los asentamientos previos en los terrenos ejidales, sugiere que su poblamiento y vocación productiva también estuvieron influenciados. Como señalan Ruiz y Mera (2018):

(...) el proceso de modernización de la ciudad generó un paulatino crecimiento demográfico y, por extensión, una susodicha presión sobre el espacio de los ejidos, terrenos ejidales, muchos de los cuales, como los de El Calvario y El Vallano, ya habían sufrido procesos de poblamiento desde tiempos precedentes, los cuales no quedan en duda, a pesar de que no se haya hecho un estudio detallado de tal cuestión. En ese sentido, la historia del barrio Obrero se enmarca en una larga duración en donde el elemento recurrente es la presión sobre los terrenos ejidales, vía peticiones, la consumación o el simple asentamiento sin mayor miramiento institucional. (p. 64)

Vásquez (2001) también resalta que:

Los primeros habitantes eran trabajadores del ferrocarril y artesanos que provinieron del barrio San Nicolás, de otros departamentos y, en especial, de la Costa Pacífica. El agua era recogida en las pilas de la carrera 9ª con calle 13 y de la calle 21 con carrera 8ª. En la década de los años 30 se instaló el servicio de acueducto metálico y comenzó la construcción del alcantarillado. (p. 132)

Lo anterior permite observar que la fundación y el poblamiento de los barrios Obrero y Sucre (entre otros), en la década de 1920, perfilaron y especializaron las relaciones sociales, productivas, comerciales y de intercambio que se cristalizaron en las décadas de 1930 y 1940, y que se centraron en la zapatería como actividad productiva. La pregunta sería si la especialización productiva fue producto de la tradición social y cultural de los pobladores, o si fue impulsada por la administración pública. Esteban Morena presenta el siguiente argumento:

No siempre resultó fundamental la intención de las políticas públicas de redistribuir las actividades económicas por sectores, sino que, en muchos casos, fue la dinámica económica de la ciudad y de los diferentes sectores económicos lo que determinó la suerte urbana de los diferentes barrios de la ciudad. (Citado por Ruiz y Mera, 2018, p. 83)

Esta disyuntiva sobre los elementos que determinaron la especialización productiva de los barrios Obrero y Sucre, debe contextualizarse en la sociedad de la época. Aunque las élites impulsaban la modernización productiva y económica de la ciudad, la estructura social patriarcal se mantenía, y no se buscaba una secularización de la sociedad. Existía un conflicto en torno al concepto del ciudadano *moderno* caleño que debía construirse. Los procesos educativos y las actividades cotidianas de las décadas de 1920 y 1930 buscaban formar buenos cristianos, lo cual favoreció el desarrollo del trabajo de los artesanos, al considerar que, además de generar un sustento, también alejaba a los hombres de las malas tentaciones y del ocio pernicioso (Vásquez, 2001, p. 166).

Según Vásquez (2001), las élites políticas de Cali dieron importancia a la educación escolar, y por ello, en los empréstitos destinados a adecuar las obras públicas, también se consideró, aunque de manera pequeña e insuficiente, un presupuesto para la educación con la misión de “formar buenos cristianos, amantes de la patria y trabajadores virtuosos” (p. 166). Lo que conllevó a que, durante los primeros años del siglo XX, cuando aún no había comenzado el proceso de industrialización, se diera una primera oleada de fundación de escuelas de artes y oficios, como la de San Vicente de Paúl y José María Cañada, que “formaban muchachos de la ‘pobrería’ en religión y en ebanistería, talabartería, relojería, pintura e imprenta” (2001, p. 167). En una segunda oleada, a partir de 1917, se otorgaron becas y se orientó la construcción de nuevas escuelas, como la registrada en el acuerdo de fundación del barrio Obrero, en el que se destinó un lote de 80 metros para la construcción de una Escuela de Artes y Oficios que “debía ubicarse en la parte central del barrio” (p. 167). También se promulgó el Acuerdo N.º 11 de 1922 para la obligatoriedad de la educación antialcohólica, y el Acuerdo N.º 73 de 1926, que creó tres escuelas nocturnas para obreros y artesanos, donde se dictarían conferencias sobre: “habitaciones para obreros, higiene pública, enfermedades venéreas, antialcoholismo, artes y oficios, ahorro colectivo e individual” (p. 168).

Como se puede observar, las orientaciones de las élites para la formación escolar de las clases pobres de la ciudad hasta 1930 no tenían la intención de formar y cualificar a los ciudadanos en el ámbito académico, técnico o industrial, sino de inculcarles valores cristianos. Vásquez (2001) argumenta que la familia, la iglesia y la escuela eran espacios cotidianos donde se debía inculcar la moral tradicional y:

el respeto irrestricto a la autoridad patriarcal, la abnegación, la sumisión de la mujer; y al varón, la protección, el cuidado, y el respeto a la esposa al punto de no suscitarle desbordamientos amorosos; la reducción de las relaciones sexuales al matrimonio católico; la estricta obediencia de los hijos que no podían pedirle explicaciones y razones sobre las órdenes y mandatos de los padres, el respeto con humildad a los superiores en ‘edad, dignidad y gobierno’, el cubrimiento del cuerpo, especialmente el femenino, mirado como fuente del deseo pecaminoso, el cuidado de incurrir en escándalos que hirieren moralidad de la ‘gente bien’, la observancia en todo lugar y momento y los ‘buenos modales’ y las normas de urbanidad tradicionales, eran los valores de la moral tradicional. (p. 169)

No obstante, todo esto contrastaba con la realidad cotidiana de las calles, para 1918, el pueblo alcanzaba un nivel de analfabetismo alto; el pillaje, los bares, el licor, la prostitución, las querellas por riñas y el sexo público eran cada vez mayores. Por ejemplo, mediante el Acuerdo N.º 1918, se reglamentó la prostitución en Cali, limitándola al espacio de la carrera 12, con especificaciones de higiene de quienes trabajaban como “mujeres públicas”. Pero la cercanía del lugar con la galería y el matadero, donde confluían “campesinos, vendedores, marchantes, delincuentes del ‘bajo mundo’, inmigrantes pobres en busca de oportunidades, y hotelitos de ‘mala muerte’” (Vásquez, 2001, p. 179), deterioraron el lugar. En el Acuerdo N.º 11 de 1931, se declaró una nueva zona de tolerancia entre las carreras 9ª y 16 y las calles 14 y 17 –barrio Sucre– que permaneció hasta 1960, cuando se prohibió.

Todos los elementos sociales, culturales y económicos (políticas de modernización) con los que se conformaron los barrios Obrero y Sucre crearon una identidad barrial. Aunque en la siguiente década la ciudad apostó por una conciencia industrial, los habitantes no se ajustaron a la disciplina fabril, lo que

permitió que una actividad que presentaba cambios propios por los elementos industriales, anclada en la tradición artesanal, se desarrollara en las décadas siguientes.

Industrialización: intervencionismo moderno

A principios de los años cuarenta, proveniente del sur del país, llegó al barrio Sucre el joven Marcos Belalcázar, nacido en San José de Albán, Nariño, en 1927. Cuando tuvo la edad para trabajar —según la época—, emigró con sus padres hacia las fincas cafeteras del norte del Valle. Los coletazos de la crisis económica de 1929 aún se sentían y los precios internacionales del café habían bajado. La experiencia negativa en la recolección de café hizo que la familia Belalcázar emigrase de nuevo, esta vez a una ciudad con tres décadas de transformaciones sociales, culturales y económicas, y que, pese a sufrir los embates de la crisis, despuntaba con un nuevo proceso: la industrialización.

Marcos Belalcázar llegó a un barrio humilde que ofrecía habitaciones económicas para alquilar. En aquellos tiempos, El Calvario era el lugar de llegada de los inmigrantes del campo en busca de nuevas oportunidades laborales. En las calles, donde abundaban los prostíbulos, grilles y bares, conoció a uno de sus grandes amigos: Luis Caicedo. Juntos se dispusieron a buscar trabajo, pero siendo jóvenes para trabajar en las casas de lenocinio, lo encontraron en una de las actividades que comenzaba a destacarse en el barrio: la zapatería. Sin el conocimiento técnico ni los recursos para formarse en una escuela de artes y oficios —pues no provenían de familias zapateras—, comenzaron desde el peldaño más bajo. Marcos se hizo ayudante de soladura⁵, mientras que Luis se hizo ayudante de guarnecida⁶. La figura del artesano zapatero que hacía todo el proceso del zapato estaba desapareciendo, y se estaba estableciendo una división del trabajo especializado por operaciones, aunque todavía mantenía el carácter manual.

Pronto, Marcos Belalcázar y Luis Caicedo empezaron a mostrar otras aspiraciones. A Marcos no le gustó la soladura —pues es un proceso más físico— y, como tenía habilidad para el dibujo, se inclinó por la guarnecida para así diseñar nuevos estilos de calzado. Por su parte, Luis observaba cómo cada vez se requerían más insumos para los talleres. A mediados de la década de los cuarenta, Marcos

5. Proceso de fijar la suela al cuerpo del zapato utilizando adhesivos. Es una de las fases más importantes en la fabricación del calzado artesanal

6. Proceso de coser las piezas cortadas del zapato para formar la parte superior. Es una de las operaciones clave en la fabricación del calzado artesanal

Belalcázar abrió el taller de zapatería Calzado Marbel (1947), y Luis Caicedo abrió el Almacén Washington para insumos de zapatería (1945) (Relato de Héctor Belalcázar, hijo de Marcos Belalcázar, 2019).

La Gran Depresión de 1929, que duró gran parte de los años treinta, y la Segunda Guerra Mundial, golpearon las grandes economías de los países desarrollados, y, como era de esperarse, también afectaron a los países latinoamericanos. Esto provocó que las políticas de modernización e industrialización que se habían iniciado en Colombia a finales del siglo XIX y que se habían profundizado en la década de 1920, se vieran afectadas por la fuerte caída de divisas provenientes de la exportación de café y los cortes de crédito. Aunque la caída del precio del café fue tan abrumadora, al punto de que en 1933 la libra de café llegó a cotizarse en la bolsa de Nueva York a 10,5 centavos de dólar, en comparación con la cotización de 1926 de 28,5 centavos, la caída de la economía colombiana no fue tan grave, sino más bien moderada, porque la exportación del grano no disminuyó; al contrario, subió debido a los ajustes de precio por acuerdos bilaterales internacionales con los Estados Unidos, lo que permitió mantener el ritmo exportador. Esto condujo —coincidiendo con los gobiernos liberales—, según Ocampo (2007), a que la economía colombiana experimentara una transformación profunda expresada en un intervencionismo estatal, el desarrollo de la industria manufacturera y nuevas formas sociales (p. 233).

Este panorama económico, producto de la crisis financiera mundial, llevó a que el gobierno colombiano cambiara su estrategia para la administración de la economía nacional, generando políticas de intervención y protección económica que ayudaron a paliar la crisis, creando un hito en la economía nacional. Ocampo (2007) señala que, no era la primera vez que el Estado intervenía en la economía, —en la historia económica de Colombia se ven ejemplos—. A partir de los años treinta se crearon políticas, algunas perduran hasta hoy, como el control monetario, que convirtieron al Estado en el gran regulador de la actividad económica sin precedentes.

Es importante destacar que en ese período estas políticas tuvieron un gran impacto, porque esa forma de intervencionismo, que se extendió hasta 1945, no fue, según Ocampo, resultado de la aplicación de teorías económicas preconcebidas —como el keynesianismo o la escuela cepalina—, sino que su aplicación correspondió a momentos específicos en un período histórico determinado, a circunstancias objetivas y a acontecimientos concretos. Más allá de las políticas, de los resultados

puntuales, y de la reactivación de la actividad económica producto de la crisis, lo que se instauró fue una nueva forma de pensar la economía que comenzó a incluir, como subraya Ocampo (2007), “los conceptos de ‘intervencionismo’, ‘planeación’, ‘economía nacional’ y ‘responsabilidad social’, entre otros, que penetraron en la discusión económica y política del país” (p. 254).

Estas acciones y el paquete de políticas que Ocampo (2007) denomina “instrumentos de regulación macroeconómica”, fueron la aplicación de políticas monetarias (1929-1931), crediticias (1931-1934), fiscales (1935), comerciales e industriales (1937-1941) y cambiarias (1942-1945) para la reactivación de los sectores económicos, las cuales tuvieron un impacto importante en el caso particular de Cali. A partir de 1933, se reactivará la economía caleña y continuará el proceso de modernización económica y social que se había estado implementando en los últimos quince años. Ese conjunto de políticas lo resume Vásquez (2001) de la siguiente manera

El establecimiento de control de cambios y de la protección aduanera, procuraron recursos externos para el desarrollo de la industria sustitutiva y protegieron a la industria interna. (...) con el restablecimiento de crédito externo y mayor magnitud y fluidez de la cantidad de dinero en circulación se fue solucionando la crisis. (...) el sistema arancelario que le permitió a la producción nacional utilizar el mercado interno y el control de cambios que le facilitó los recursos en moneda extranjera a la inversión industrial, fueron políticas que – al lado de las ventajas de localización de Cali— definieron el desarrollo de la industria sustitutiva y el perfil de la producción manufacturera de la ciudad. (p. 184).

Lo anterior permitió que el sector manufacturero recobrará el dinamismo perdido; esto llevó a que en 1932 el empleo subiera a un 8,82 % y en 1933 se triplicara a un 23,7 %. El nuevo escenario de recuperación y crecimiento económico redundó en el desarrollo de la industrialización en Cali. Este proceso se divide en dos periodos: el primero, que Vásquez (2001) denomina *de recuperación*, va de 1932 a 1944, durante el cual se fundaron diferentes empresas, muchas con capital extranjero, entre las que cabe mencionar: Alotero (1932), Fábrica de Tejidos Punto Sport (1932), Maizena S.A. (1933), Textiles El Cedro (1937), Croydon (1937), Goodyear y Cartón de Colombia (1944). Además, se abrieron algunos talleres de calzado, tales como Solórzano Hermanos, El Pacífico y El Vencedor (1940).

El segundo periodo cubre desde 1944 hasta 1955, al que Vásquez (2001) denomina como *de industrialización*, destacando que en este periodo:

Se produjeron varios fenómenos importantes: cambios en la estructura industrial, cambios tecnológicos intensivos en capital que elevaron la productividad del trabajo, aceleración de la inmigración, nueva localización industrial, cambio en la cultura y la mentalidad de la población, intensificación de la invasión de las tierras para uso residencial y expansión de la ciudad hacia el oriente. Mientras las inmigraciones regulaban los salarios, la tecnología elevaba la productividad del trabajo. Así pues, se amplió la tasa de ganancia y se aceleró el ritmo de acumulación. (p. 191)

Durante este período, se fundaron diversas empresas, muchas de ellas con capital local: Frutera Colombiana-Fruco (1948), Industrias del Valle para producir cementos (1951), Textiles Hispánicos Lida (1952), Empresa de Curtidos del Valle (1953), y Ultratex —en el barrio Sucre— (1954) (Cfr. Vásquez, 2001; Arroyo, 2006).

Con la crisis resuelta y ya de lleno en los inicios de su industrialización, a mediados del siglo XX, Cali había alcanzado su punto más alto de desarrollo y crecimiento industrial. Se había instaurado una diversidad económica y de producción que ofrecía bienes de consumo, intermedios y de capital en muchos sectores: construcción, textiles y confección, alimentos y bebidas, artes gráficas, prensa, cigarros, confección de calzado y jabones. Esto hizo que la ciudad, junto con el municipio de Yumbo, se convirtieran en un nuevo foco de desarrollo industrial en Colombia.

Para visualizar mejor lo anterior, se toman de Vásquez dos tablas (1 y 2) en las que recoge la información del censo industrial de 1945 y el censo de la muestra manufacturera de 1965 y 1974; estos muestran la participación porcentual de los tipos de bienes y el valor agregado y de empleo generado por cada sector. Esto permite observar cómo, para los años 1950, el sector manufacturero en la producción de bienes de consumo era el más destacado entre los bienes. Asimismo, dentro de los sectores productivos había una participación pequeña del calzado, que creció para las décadas de 1960 y 1970.

El establecimiento de Cali como ciudad industrial cambió por completo su cara, dejando atrás esa ciudad colonial que aún se mostraba a comienzos del siglo XX. Todos los vestigios patriarcales con los cuales se impulsaron los primeros intentos de modernización comenzaron a cambiar, para darle paso a nuevos

modelos que se implementaron en diversos sectores de la sociedad. Tres ejemplos de estas transformaciones fueron: el cambio educativo, el cambio poblacional, y el cambio espacial que impactó el desarrollo de la zapatería en Cali.

Tabla 1. Participación del valor agregado
Estructura industrial Cali-Jumbo. 1945-1965-1974.
Participantes del valor agregado (%)

| Tipo de bienes | Valor agregado (%) | | | Personal ocupado (%) | | |
|--------------------|--------------------|------|------|----------------------|------|------|
| | 1945 | 1965 | 1974 | 1945 | 1965 | 1974 |
| Bienes de consumo | 65.2 | 38.3 | 29.5 | 71 | 48.4 | 48 |
| Bienes intermedios | 24.5 | 50.2 | 58.7 | 18.5 | 35.5 | 35.5 |
| Bienes de capital | 10.3 | 11.5 | 11.8 | 10.5 | 16.3 | 16.5 |

Participación del valor agregado en la estructura industrial 1945-1964-1974.

Tomado del Dane, Censo Industrial 1945. Dane, Muestras manufactureras 1964 y 1975.

Cuadro y cálculos realizados por Vásquez (2001, p. 192)

Tabla 2. Cuadro del valor agregado y empleo
de la estructura industrial 1945, 1964, 1974

Estructura industrial Cali-Yumbo. Valor agregado (VA) y empleo (E)
Cali-Yumbo (1945-1965-1974)

| Sectores | 1945 (1) | | 1965 | | 1974 | |
|--|----------|-------|-------|------|-------|------|
| | % E | % VA | % E | % VA | % E | % VA |
| Alimentos | 12.53 | 0.82 | 8.64 | 8.44 | 10.54 | 5.12 |
| Bebidas | 5.39 | 9.34 | 3.49 | 4.92 | 2.28 | 7.62 |
| Tabaco | 2.86 | 2.95 | 0.84 | 3.09 | 0.59 | 0.48 |
| Textiles (2) | 19.89 | 17.92 | 9.58 | 6.73 | 10.9 | 6.76 |
| Vestuario | 8.94 | 6.26 | 12.54 | 4.55 | 10.05 | 2.17 |
| Madera y muebles | 5.54 | 4.45 | 3.4 | 0.58 | 1.74 | 0.35 |
| Imprenta, editoriales | 5.74 | 7.02 | 6.92 | 5.37 | 7.66 | 5.07 |
| Instrumentos de impresión y metales precio-sos | 1.62 | 1.67 | - | - | - | - |

| | | | | | | |
|------------------------------------|---------------|---------------|---------------|---------------|---------------|---------------|
| Papel y sus productos | 1.96 | 1.84 | 7.58 | 11.38 | 7.98 | 19.8 |
| Cuero (3) | 7.5 | 6.24 | 1.29 | 0.67 | 1.71 | 0.26 |
| Producto caucho | 3.44 | 8.35 | 6.8 | 8.15 | 4.46 | 12.98 |
| Productos químicos | 4.46 | 4.72 | 12.61 | 26.17 | 13.44 | 20.84 |
| Minerales no metálicos | 8.55 | 9.83 | 6.12 | 2.91 | 5.18 | 2.45 |
| Metálica básica | - | - | 0.93 | 0.91 | 2.65 | 2.43 |
| Productos de metal | 10.5 | 10.22 | 5.96 | 4.14 | 6.58 | 2.57 |
| Maquinaria no eléctrica | - | - | 1.33 | 0.47 | 2.71 | 0.51 |
| Maquinaria y artefactos eléctricos | - | - | 3.44 | 5.12 | 4 | 7.29 |
| Material de transporte | 1.12 | 0.99 | 2.93 | 1.68 | 4.36 | 1.89 |
| Total | 100.00 | 100.00 | 100.00 | 100.00 | 100.00 | 100.00 |

Cuadro del Valor Agregado y Empleo de la estructura industrial 1945-1964-1974, Dane, Censo industrial 1945. Dane, Muestras manufacturas 1964 y 1975. Tomado de Cuadro y cálculos hecho por Vásquez (2001, p. 193).

(1) No existe valor agregado de Cali en el censo de 1945. Se optó por estimarlo separándolo del valor agregado del Valle en proporción al empleo de Cali y del departamento. (2) En 1945 incluye desmontadoras (3) En 1945 incluye calzado. En 1965 y 1974 se desagrega de cuero y se incluye en vestuario.

Educación

Aunque todavía era manejada por el clero y no se había extendido a todos los sectores de la sociedad, la educación empezaba a experimentar cambios. Ya no se enfocaba en formar buenos cristianos —aunque persistía la cátedra cívica— o en que los niños aprendieran algún oficio para no caer en el ocio pernicioso. La educación comenzó a orientarse hacia la formación de nuevos obreros para las fábricas, y las escuelas de artes y oficios fueron reemplazadas por escuelas técnicas.

En la década de 1930, surgieron dos iniciativas educativas en el ámbito de la formación técnica que, hasta la actualidad, se mantienen. La primera fue la Escuela de Artes y Oficios Municipal —pronto renombrada como Escuela de Formación

Técnica Antonio José Camacho—, creada mediante el Acuerdo Municipal N.º 25 de 1933. Esta escuela promovía la formación técnico-práctica en áreas como mecánica, cerrajería, albañilería y construcción, carpintería y ebanistería, herrería y fundición, electromecánica, cerámica y decoración industrial, respondiendo a la necesidad de crecimiento industrial y urbano (Cano, 2008; Mayor Mora, 2014; Vásquez, 2001). Aunque no se encontraron registros sobre una oferta académica específica para la enseñanza de la zapatería en esta escuela, Cano (2008) menciona lo siguiente, en su libro sobre la historia del Instituto Técnico Antonio José Camacho (1933-2008):

(...) se le solicitó al doctor Héctor Fabio Varela, director de Educación Departamental, que se dicten las medidas necesarias para la organización y funcionamiento de la Escuela Taller de Zapatería: 'El Zapato Escolar'. Esta funcionó hasta 1950, año en el que se solicitó a la Dirección de Educación que entregara el local, ya que a partir del 8 de enero se abriría la especialidad de Electricidad. (Cano, 2008, p. 60)

Don Armando Sánchez, un vecino de setenta y cuatro años, criado en el barrio Sucre, cuyo padre fue dueño de los bares ubicados en la zona de tolerancia, mencionaba en sus relatos la existencia de la formación en zapatería en la Escuela Camacho. Según él, unos zapateros ecuatorianos habían llegado a Cali impulsados por la migración y se habían instalado a un costado de la escuela, donde posteriormente se fundaría el barrio Guayaquil. Aunque no puede asegurarse la veracidad del relato, desde los años 60 hasta el 2000, en los barrios Sucre y Obrero hubo una notable presencia de zapateros y talleres de zapatería de ecuatorianos, conocidos dentro del gremio como Los Ecuatorianos.

La otra iniciativa, privada, fue la Escuela Salesiana de Artes y Oficios San Juan Bosco, luego renombrada como Instituto Técnico Industrial San Juan Bosco. Su construcción inició el 24 de abril de 1934. Los cursos ofrecidos eran variados y conservaban los oficios artesanales con una proyección industrial, combinando habilidades manuales con el uso de maquinaria. Según el registro de Mayor-Mora (2014), a finales de los años treinta, estos eran los matriculados:

(...) 71 alumnos (...) distribuidos en seis talleres, así: mecánica, 13; tipografía, 16; sastrería, 12; encuadernación, 7, y zapatería, 5. El personal de la casa fue: maestros salesianos de mecánica, carpintería, sastrería y

encuadernación, respectivamente Constantino Ochoa, Vicente Castañeda, Leónidas Melo y Bernando Escobar. Maestros externos (exalumnos): de tipografía, Eduardo Ramírez; y de zapatería, José Nicolás Muriel (exalumno de la casa salesiana de Ibagué y de oratoria de Bogotá), que llegó desde el 1 de octubre, llamado por el padre, para ocuparlo por vía de ensayo en la apertura y dirección del taller de zapatería. (p. 316)

Figura 3. Zapateros a principios del siglo XX.



Taller de zapatería en 1936 en EAO León XIII, Bogotá.

Tomada del texto *Las escuelas de artes y oficios en Colombia 1860-1960: el poder de la regeneración*.

Los registros muestran que hubo estudiantes matriculados en zapatería, pero no hay certeza de cuántos se graduaron, ni de cuánto tiempo duró el programa. Los documentos de graduados entre 1947 y 1960 no mencionan a ningún graduado en zapatería (Mayor-Mora, 2014, p. 320).

De esta experiencia educativa, existe el relato de un exalumno que en 1947 estuvo hospitalizado con síntomas de demencia. Aunque esto no permite

establecer ninguna conexión directa, se puede sospechar que de ese suceso surgió un dicho popular entre los zapateros que aún persiste: “La zapatería, al que no lo vuelve loco, lo desfigura”.

Como no se tienen registros históricos suficientes para determinar por qué estos procesos formativos no prosperaron, se ha optado por seguir los elementos etnográficos de la época y, a partir de ellos, proponer tres razones, basadas en la historia de los zapateros como sujetos antropológicos:

- La primera razón es que la zapatería, desde la época de la Nueva Granada, no contó con un prestigio social, ya que se le consideraba un oficio de bajo rango; por lo tanto, es probable que los padres no matricularan a sus hijos en ese programa.
- La segunda fue el auge de la industrialización, que llevó a los estudiantes a optar por nuevos oficios, como la mecánica o la tipografía. Esto se refleja en la Escuela Salesiana, donde la zapatería es la opción con el menor número de matriculados.
- La tercera tiene que ver con la propia metodología de aprendizaje del oficio, que conservaba elementos de la producción artesanal (ver Figura 3). Lógicamente, el aprendizaje requería un componente práctico y contacto directo con el trabajo, de manera escalonada, lo que preservaba la figura del aprendiz o ayudante del zapatero en el taller.

Aunque estas razones pueden ser objeto de estudio, lo cierto es que la formación en zapatería en estas escuelas no prosperó, si bien muestra que había una necesidad de formar obreros en este y otros sectores debido al crecimiento de la industrialización.

Población

Desde principios del siglo XX, Cali comenzó a experimentar un crecimiento económico que alcanzó su punto máximo a mediados del siglo. Esta dinámica en el Valle del Cauca se refleja en la fundación de 101 establecimientos industriales para 1944, donde Cali participó como un agente primordial, generando el 60 % del empleo y el 62 % del valor agregado de la región. Hacia 1944, la industria caleña,

como confirman Vásquez (1990; 2001) y Arroyo (2006), se destacaba por su alta capacidad para proporcionar bienes de consumo, incluyendo alimentos, bebidas, productos de madera, caucho, textiles y sus derivados, tabaco, y productos de cuero, en particular zapatos, carteras y remontadoras (ver Tabla 2). Gran parte de su éxito económico se debió a las políticas implementadas en los años 1930. Sin embargo, este crecimiento económico no habría sido posible sin los miles de personas que participaron como obreros de esas industrias, enriqueciendo las líneas productivas. Por lo tanto, es fundamental valorar cómo el crecimiento económico fue paralelo al crecimiento demográfico.

Hasta 1912, Cali tenía una población de 37,610 habitantes, por debajo de otras ciudades importantes como Bogotá, que contaba con 143,994 habitantes, Medellín con 79,146, y Barranquilla con 64,543. Tanto el desarrollo industrial como el crecimiento poblacional fueron tardíos; solo hasta la década de 1940 se registró un crecimiento significativo que permitió a Cali superar a Barranquilla en 1951 y acercarse a Bogotá y Medellín, como se verifica en los estudios de Vásquez (1990) y Urrea (2012).

El crecimiento demográfico en Cali comenzó en la segunda década del siglo, experimentando la mayor tasa de crecimiento de su historia y del país entre 1933 y 1955 con un 8.21 %; notablemente, el 50 % de este crecimiento se debió a la migración (Urrea Giraldo, 2012). Durante el periodo de industrialización, la tasa de crecimiento migratorio superó a la tasa de crecimiento vegetativa (ver Tabla 3). Esto transformó por completo la composición social y cultural de Cali, al confluir diversas tradiciones culturales de todo el país. Este aumento demográfico se explica por el crecimiento industrial que hizo de Cali una ciudad atractiva para vivir y trabajar. La demanda de trabajo, la mejora en los salarios y un mejor posicionamiento de desarrollo en comparación con sus vecinos del sur occidente impulsaron la migración. No obstante, es importante mencionar que la violencia bipartidista de los años 1940 también fue un factor que contribuyó a estos flujos migratorios.

Tabla 3. Población de Cali, 1912-2015

| CALI | 1912* | 1928 | 1933 | 1945 | 1958 | 1970 | 1991 | 2005* | 2015* |
|---------------------|--------|--------|--------|---------|---------|---------|-----------|-----------|-----------|
| Población municipal | 37.610 | 75.670 | 87.498 | 190.015 | 470.076 | 858.929 | 1.746.500 | 2.075.380 | 2.398.956 |

| | | | | | | | | | |
|--------------------------------|------|------|------|------|------|------|------|-------|------|
| Tasa de crecimiento del año | 2.24 | 6.03 | 3.37 | 7.99 | 6.13 | 3.83 | 2.53 | 0.97 | 1.22 |
| Tasa de crecimiento vegetativa | 1.42 | 2.13 | 2.29 | 2.54 | 2.77 | 2.34 | 1.36 | 0.98 | 0.98 |
| Tasa migratoria | 1.02 | 3.90 | 1.08 | 5.45 | 3.36 | 1.49 | 1.17 | 0.085 | 0.22 |

Población Cali 1912-2015. (Urrea Giraldo, 2012; Vásquez, 2001)

La oleada migratoria provino de diferentes regiones del país y en distintos momentos. La primera migración fue la antioqueña y del viejo Caldas, que perduró hasta los años sesenta; en su mayoría, se trataba de personas blancas, mestizas y mulatas. Una segunda migración estuvo compuesta por personas mestizas e indígenas de la región andina nariñense y caucana, entre 1920 y 1970. Una tercera migración comenzó después de los años cincuenta, formada por personas de los departamentos de Tolima, Huila y Caquetá, principalmente mestizas y mestizo-indígenas. En ese mismo periodo, la violencia también atrajo a personas del norte y del centro del Valle. Dada su relevancia, se ha dejado para el final el tema de la migración negra, que ocurrió a lo largo del siglo XX en varios momentos: una primera oleada procedente del norte del Cauca y sur del Valle en las primeras décadas del siglo; una segunda oleada del Pacífico nariñense (Barbacoas y Guapi); una tercera oleada de personas llegadas desde el Chocó y Buenaventura entre 1940 y 1970, y finalmente, una última oleada desde el Pacífico sur nariñense y caucano, especialmente de Tumaco, después de los años 1980.

Como se mencionó, el crecimiento poblacional en Cali fue un factor clave para su desarrollo económico; en este contexto, personas de diversas condiciones sociales, económicas y culturales llegaron al territorio y se integraron a sus procesos productivos, ya fuera como obreros, trabajadores autónomos o agentes de capital (ver: Vásquez, 2001; Urrea, 2012). Uno de los sectores que absorbió la mano de obra procedente de la migración fue la zapatería, tanto a nivel productivo como de consumo. Aunque no es posible establecer el impacto de la migración en la zapatería desde los registros estadísticos —que permitan determinar cuántos se integraron a este oficio, ya que estos estudios se realizan a partir de los años 80—, a partir del registro etnográfico se puede inferir que una parte significativa

de los migrantes sí lo hizo, ya fuera de manera directa como primera generación o como descendientes de segunda generación nacidos en Cali. Un ejemplo de esto se observa entre 1940 y 1950 en los casos de Marcos Belalcázar, proveniente de Nariño, o Pedro Turichina, proveniente de Ecuador, cuyos hijos, pertenecientes a la siguiente generación ya nacida en Cali, continuaron con el oficio. Ni Urrea ni Vásquez mencionan una oleada ecuatoriana establecida en Cali desde las primeras décadas del siglo XX, sin embargo, un registro de su presencia es el busto donado para el parque Obrero en 1937, en honor del dirigente liberal ecuatoriano Eloy Alfaro. Dentro del gremio de la zapatería de los barrios Obrero y Sucre, existe un reconocimiento social hacia los ecuatorianos que establecieron talleres y servicios de zapatería.

El otro impacto de la migración en la zapatería fue el incremento de la demanda de zapatos para diversas ocasiones. El aumento de ingresos per cápita y las ofertas recreativas, como fuentes de soda, cines, teatros y bares, entre otros, hicieron que las personas incrementaran el número de zapatos que utilizaban, lo que aumentó la demanda de calzado. Esta relación entre el crecimiento poblacional y el aumento de la producción de zapatos se explorará más adelante.

Espacio

El crecimiento y desarrollo económico de la nueva ciudad impuso una nueva organización espacial, por lo que se especializó el uso del suelo. Las nuevas configuraciones ya no seguían la traza colonial de la plaza central. Las máquinas modernas, como el tranvía y su corredor férreo, se convirtieron en el eje estructurador alrededor del cual se ubicaron las zonas industriales. El crecimiento del sector terciario desplazó el poder político del centro, debido a la demanda de suelo para uso comercial, bancario, profesional e institucional.

Para la década de los 50, se habían instaurado cuatro zonas industriales y otra comercial y de servicios. Gran parte de estas se crearon por el incremento del precio del suelo, lo que provocó que las industrias que no estaban vinculadas a las demandas finales de sus productos se trasladaran a la periferia siguiendo las líneas férreas, mientras los nuevos locales comerciales, servicios financieros e instituciones públicas se asentaron en el centro. De acuerdo con esto, las zonas industriales fueron estructuradas así:

- Zona Industrial de la carrera 8ª.
- Zona Industrial de San Nicolás.
- Zona Industrial de la carrera 1ª.
- Zona Industrial de la Avenida Sexta.
- Zona comercial y de servicios: zona centro.

La zona comercial fue impulsada por diversos sectores sociales. Uno de ellos fue el de los migrantes provenientes del Medio Oriente, especialmente sirio-libaneses —que venían migrando desde el siglo XIX—, así como ingleses, alemanes, italianos, españoles —producto de la Segunda Guerra Mundial y la Guerra Civil Española— y los paisas —caldenses y antioqueños—, quienes desarrollaron el comercio caleño, especializando el centro de la ciudad con ofertas comerciales. Sobre la calle 12, desde el río Cali hasta la plaza de mercado de la calle 10, se desplegaron diversos almacenes de venta de ropa, textiles y calzado, en los cuales se comercializaban tanto mercancías importadas como productos colombianos, gracias al proceso de sustitución de importaciones (Vásquez, 2001, p. 241).

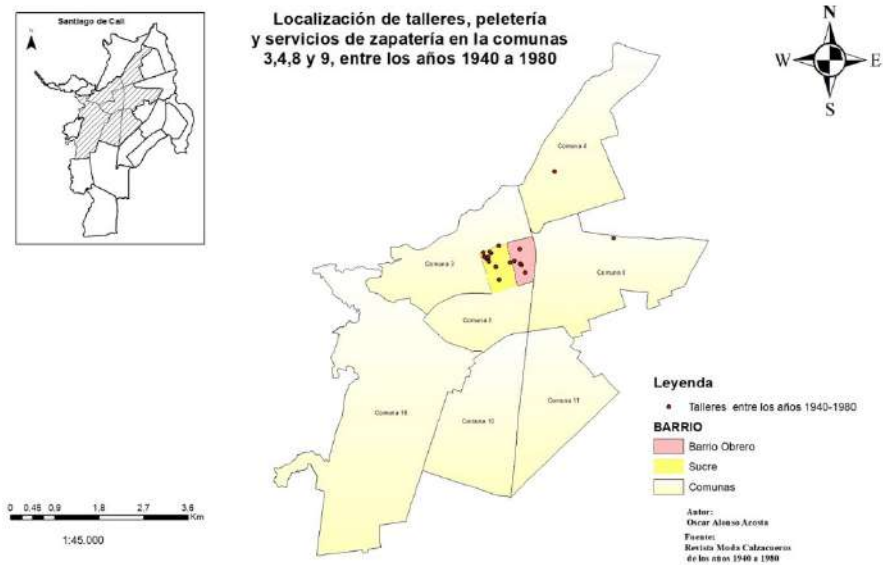
Consolidación de la zapatería en Cali

El establecimiento de la zapatería como manufactura en Cali no se debió exclusivamente a las políticas de sustitución de importaciones. Cabe señalar que la única empresa tecnificada que fabricaba calzado era la compañía Croydon, especializada en suelas de caucho, su materia prima principal. Este proceso productivo fue más bien impulsado por las iniciativas previas de talleres de calzado como El Tigre, Solórzano Hermanos, El Pacífico y El Vencedor, entre otros, que no han sido registrados por la historiografía.

En los barrios Obrero y Sucre se gestaron y organizaron talleres de zapatería que utilizaban métodos de producción artesanal. Las técnicas probablemente se aprendieron de la tradición de los zapateros de San Nicolás y otros provenientes de diferentes zonas del país, por los procesos migratorios. Además, incorporaron nuevas técnicas de producción fabril que combinaban tecnologías y materiales modernos. Gracias al crecimiento de la industria zapatera, las peleterías ubicadas en la zona comercial de la carrera novena del barrio Sucre, donde se vendían las materias primas necesarias, también experimentaron un auge.

En la siguiente figura, se muestra la ubicación de zapaterías y peleterías durante el período de 1940 a 1980.

Figura 4. Talleres de Zapatería entre 1940 a 1980



Ubicación espacial de los Talleres de zapatería entre 1940 a 1980.

Tomado y adaptado de la Revista Calzacueros 1982-2019.

Se destacan los siguientes talleres: Calzado Marbel (1947), Calzado Samor (1950), Creaciones Yenyn (1950), Calzado Fiory (1961), American Shoes (1964), Calzado Carlo (1966), Creaciones Marinel (1966), Calzado Kamargo (1968), Creaciones Leyton (1967), Calzado López (1968) y Calzado Orlan (1971). Las peleterías más destacadas fueron: Liscano Hnos. S.A. (1921), Grupo Canguro (1944), Almacenes Washington (1945), Peletería El Baratón (1946), Eterna S.A. (1953), Gu-Si (1964), Almacén Henry Arango (1965), Tacones y Plataformas Ayala (1968), Tacones y Plataformas Bolaños (1972). La mayoría de estos establecimientos se ubicaron en el barrio Sucre y en el barrio Obrero, creando una zona especializada en la fabricación de calzado.

La revista de calzado *Calzacueros*, de la que se extrajeron estos registros, comenzó a circular en 1982. En ella, tanto los talleres como las peleterías publicaban anuncios en los que ocasionalmente se mencionaba su año de fundación. Es probable que, antes de 1980, existiera un número mayor de talleres y peleterías, como se puede observar en listados de esa época, aunque no se contaba con registros suficientes para consignar toda la información. En los anexos se encuentran datos como direcciones y nombres de algunos propietarios de los establecimientos.

Como se ha señalado, desde los años treinta, el Estado colombiano comenzó a intervenir en el desarrollo económico y a impulsar la industrialización del país. Si bien, como anota Ocampo, no se puede deducir que la industrialización o la intervención del Estado fue resultado de la política de sustitución de importaciones desarrollada en gran parte de Latinoamérica. En este proceso, diversos factores y las actuaciones de los gobiernos de turno, así como las coyunturas del mercado local y global, jugaron un papel importante. Por ello, para comprender el papel del Estado en el desarrollo industrial entre 1940 y 1980, Ocampo (2007) considera más apropiado hablar de una “industrialización dirigida por el Estado”. Esto no implica que la industrialización fuera gestionada solo por el Estado como una planificación centralizada, sino que se refiere a las políticas desarrolladas por los gobiernos de turno. Esta perspectiva permite ampliar el análisis a otras acciones más allá de la simple sustitución de productos extranjeros por nacionales y examinar cómo se desarrolló un sector como la zapatería.

Según Ocampo (2007), la política de sustitución de importaciones en Colombia se dividió en tres etapas: la sustitución temprana, que incluía alimentos, bebidas, tabaco, vestuario, calzado, madera, muebles, imprentas y artículos de cuero; la sustitución intermedia, que abarcaba textiles, caucho y minerales no metálicos, y la sustitución tardía, que comprendía bienes como papel, productos metálicos y químicos, metales básicos, derivados del petróleo, maquinaria eléctrica y no eléctrica, materiales de transporte y diversas manufacturas (p. 300).

No obstante, limitar la industrialización en Colombia a las políticas de sustitución de importaciones sería desconocer la tradición productiva/artesanal que existía antes de los años cuarenta. Vásquez (2001) muestra cómo en Cali, muchas de las industrias y manufacturas de los años treinta y cuarenta, fueron desarrolladas antes de la implementación de la política de sustitución. Por ejemplo, el desarrollo de las industrias y manufacturas de la llamada “sustitución temprana” no fue producto de dicha política; muchas de ellas se desarrollaron durante décadas,

por lo que no se puede relacionar su crecimiento directamente con la sustitución, ya que eran producidas localmente. Desde el período colonial había un colectivo de zapateros que satisfacía la demanda de calzado, pero que no alcanzaba niveles elevados de producción característicos de la industrialización por la baja demanda y el escaso uso de zapatos, focalizado en sectores urbanos de un país que, hasta el siglo XX, era rural.

Dado el limitado control que tenía el Estado sobre el territorio, era casi imposible pensar en el desarrollo de un proceso de planificación central. Como muestra Ocampo, el papel del Estado en el desarrollo industrial estuvo orientado, de acuerdo con los periodos (en los que las coyunturas cambiaban las políticas), hacia un rol regulador e interventor en sectores clave, como los hidrocarburos o sectores intermedios. En este sentido, la intervención del Estado durante este periodo, en el ámbito económico e industrial —política económica—, más que en desarrollar manufacturas, controlar o decidir niveles de producción, buscó regular e impulsar la actividad económica. Ocampo (2007) lo resume de la siguiente manera:

En la evolución de la política económica de estos años conviene distinguir dos elementos. Al primero lo podemos denominar ‘estrategia de desarrollo’, y refleja la forma cómo la política económica trató de modificar los patrones de desarrollo del país. En lo que tiene que ver con el desarrollo económico, su elemento distintivo fue la regulación indirecta de la actividad económica a través de tres pilares fundamentales: la intervención en el sector externo, la activa intervención en la regulación de la moneda y el crédito, y la política de fomento agropecuario (...) Al segundo elemento lo podemos llamar ‘política coyuntural’, y se refiere a la respuesta de la política económica frente a la cambiante coyuntura externa (p. 283).

La política de sustitución y la política industrial estuvieron dirigidas a unos objetivos puntuales, como la producción industrial para el mercado interno de bienes industriales y materias primas de origen agropecuario —especialmente—. A partir de los años sesenta, con el agotamiento del modelo, esta política se combinó con la promoción de exportaciones, desarrollando un modelo mixto de sustitución y exportación que señaló el camino hacia el modelo de economía abierta adoptado

después de los años ochenta. Según Ocampo (2007), hasta 1967 se puede hablar de un modelo económico que explica lo sucedido en Colombia. Después de esa fecha, hubo una serie de cambios coyunturales más dependientes del mercado internacional. Contrario a lo que se cree —según el autor—, no se cambió directamente a un modelo neoliberal. Los gobiernos implementaron cambios graduales hacia el libre comercio, con controles sobre la política financiera (p. 295).

Durante el período 1940 y 1980, el producto interno bruto creció, aunque con altibajos, un 5,1% anual, y la población un 2,7% anual. Esto significa que la economía se multiplicó por seis y la población por más del doble, lo que permitió y generó cambios en diversos sectores. A modo de ejemplo, se implementó un plan de carreteras, se adecuaron los servicios públicos y se construyeron escuelas. Sin embargo, algunos sectores económicos que no habían sido impulsados por la política de sustitución se beneficiaron de las externalidades tanto económicas como demográficas para desarrollarse a nivel fabril.

Hacia los años cincuenta, en Cali y en otras ciudades de Colombia, la zapatería tenía un gran número de unidades de producción. Durante el segundo mandato de Alberto Lleras Camargo (1958-1962), previo al primer plan de desarrollo implementado por un gobierno colombiano, comenzó oficialmente este tipo de planificación en el país, lo que permitió analizar el desarrollo industrial colombiano en la década de 1950-1959, incluyendo los sectores de vestuario y calzado, que se medían como partes de un todo, lo que solo cambió en 1970 cuando comenzaron a medirse por separado, concluyendo que no participaban significativamente en el proceso de sustitución de importaciones, pese a ser un sector económico y productivo importante para el país.

Ya que los productos importados originarios de estas industrias habían sido sustituidos con mucha anterioridad y las importaciones que quedaban eran de escasa significación (...). El rápido crecimiento del sector fabril de esta industria, 7.5 % acumulativo anual entre 1950 y 1959 (Cuatro III-4) no se debe, pues, a su participación en el proceso de sustitución, y apenas lo puede justificar el crecimiento de la demanda. Se explica, más bien, porque esta agrupación fabril ha venido absorbiendo o reemplazando actividades artesanales que eran muy importantes al comienzo del periodo analizado (Cuadro I-8) (p. 67).

Desde los años cincuenta, los talleres y fábricas comenzaron a absorber la experiencia artesanal de la zapatería para integrarla al servicio de la producción

fabril. Gran parte de esa experiencia aún la mantenía la producción artesanal, que representaba un 60 % (con el 50 % de la artesanía dedicada a la producción de vestuario y calzado), aunque fue decayendo a medida que la producción fabril ofreció mejores condiciones al consumidor, principalmente en mayor variedad. No obstante, es importante señalar que, en la etapa industrial, al menos en Colombia, la zapatería no se desarrolló de manera plenamente tecnificada. Por el contrario, se mantuvo una combinación de formas de producción modernas con otras tradicionales. Esto llevó a que gran parte de la zapatería, o de la producción de calzado, se desarrollara en dos tipos de establecimientos: la industria fabril, que empleaba a cinco o más personas, y la industria pequeña o artesanal, en la que había menos empleados o artesanos independientes.

Como se observa en la tabla 4, la producción artesanal, con un 47.2 %, era significativamente mayor que la fabril, que solo representaba un 5.7 %. Esto demuestra que apenas se estaba haciendo la transición hacia otras formas de producción que se ajustaran a las nuevas condiciones económicas, sociales y demográficas que experimentaba el país. En el Plan de Desarrollo de Lleras, esto se caracteriza de la siguiente manera:

Dentro de la pequeña industria urbana hay numerosos establecimientos que utilizan técnicas modernas de producción basadas en el uso de energía mecánica y que difieren de las empresas fabriles solo en la escala de sus operaciones. Por otra parte, también subsisten talleres de tipo tradicional, con organización primitiva y métodos antiguos de producción. Ese tipo de empresas, aún muy difundido en Colombia, contribuye con su bajo rendimiento a disminuir la productividad en el sector en su conjunto. (Lleras, 1961, p. 25)

Aunque se hizo un análisis del sector, no hubo un plan específico para el desarrollo industrial del calzado en el plan de desarrollo de Lleras Camargo ni en los gobiernos posteriores de Lleras Restrepo (1966-1970), Pastrana (1970-1974), López (1978), Turbay (1982-1986) y Barco (1986-1990). Por el contrario, después de los años ochenta, la política de industrialización se desvaneció, dejando el sector a merced del mercado. En las décadas siguientes, la zapatería siguió experimentando crecimiento, no solo por las externalidades mencionadas del progreso económico y poblacional, sino porque la transición de talleres artesanales —en la que el

artesano/zapatero era el único trabajador junto a un aprendiz—, hacia talleres más fabriles y con mayor mano de obra contratada y especializada en operaciones, permitió aumentar la productividad.

Tabla 4. Producción nacional 1950

| Cuadro I-8 Colombia: Estructura de la producción industrial (por cientos en términos de producto en bruto) | | | | |
|---|------------|--------|---------------|------------------|
| Agrupaciones industriales | 1950 | | 1959 | |
| | Fabril (b) | Fabril | Artisanal (b) | Total industrial |
| Alimenticias | 17.2 | 14.5 | 6.5 | 12.9 |
| Bebidas | 19.4 | 15.5 | 0.9 | 12.5 |
| Tabaco | 11.9 | 8.2 | 2.0 | 7.0 |
| Textiles | 15.3 | 14.8 | 3.5 | 12.4 |
| Calzado y vestuario | 5.6 | 5.7 | 4.7 | 14.2 |
| Madera y muebles de madera | 1.8 | 2.0 | 15.2 | 4.7 |
| Papel y pulpa | 0.9 | 1.5 | - | 1.2 |
| Imprenta, editoriales, etc. | 3.5 | 4.0 | 2.3 | 3.6 |
| Cuero | 2.0 | 1.4 | 2.2 | 1.5 |
| Caucho | 1.3 | 1.8 | - | 1.4 |
| Química y farmacéuticas | 7.0 | 8.8 | 1.7 | 7.0 |
| Derivados del petróleo y carbón | 3.3 | 5.5 | - | 4.6 |
| Productos de minerales no metálicos | 5.5 | 5.5 | 4.6 | 5.8 |
| Metálicas básicas | 0.4 | 1.9 | - | 1.5 |
| Mecánicas y metal y diversos | 4.8 | 9.1 | 13.9 | 10.2 |
| Total | 100.0 | 100.0 | 100.0 | 100.0 |

(a) Estimación provisional

(b) Considerado el producto bruto a precio de 1959

Fuente: Investigación del grupo asesor CEPAL-SOAT-FAO, con colaboración del Banco de la República y el Instituto de Fomento industrial.

Estructura de la producción nacional en la década 1950.

Tomado del Plan de desarrollo 1968.

La tradición productiva que se había desarrollado durante las décadas anteriores permitió absorber la demanda sin necesidad de que el Estado interviniera para impulsar el sector. Esto añade un factor adicional al análisis económico y

político: la agencia de los actores, en este caso, la de los zapateros, en el desarrollo productivo de la zapatería en Cali. No obstante, los cambios en la política económica hacia una mayor apertura al comercio exterior afectaron significativamente estas agencias, ya que los zapateros no pudieron competir en igualdad de condiciones. Esto llevó a que, en las décadas siguientes, la práctica productiva enfrentará nuevos retos, como se verá a continuación.

¿De zapateros-artesanos a zapateros-fabriles?

Aunque desde finales del siglo XIX el país estaba organizando las instituciones para el proceso de industrialización del aparato productivo en concordancia con la economía mundial, muchas de esas iniciativas no se adecuaron porque gran parte del territorio aún funcionaba bajo la matriz colonial. En ese último cuarto de siglo, se generaron políticas modernizadoras para facilitar la transición hacia una economía industrial. Parte de estos procesos económico-políticos tardaron en instaurarse en Cali y el Valle del Cauca, pues solo hasta 1910 este se constituyó como ente territorial y Cali como su capital. La reorganización político-territorial fue una de las primeras gestiones de modernización, que rápidamente redundó en el desarrollo del proyecto de movilización férrea, así como en la adecuación de servicios públicos y la planificación urbana.

Como retrata Vásquez (2001), al inicio del siglo XX, el Valle del Cauca y Cali aún conservaban una dinámica colonial, por lo que muchas actividades productivas eran incipientes. Sin embargo, con los aires de cambio que se estaban presentando, parte de la élite que tenía cierto capital aprovechó para instaurar pequeñas industrias. Aunque, inicialmente, la zapatería no estaba incluida dentro de esas actividades productivas—habría que esperar a la industrialización—, estas políticas posibilitaron mejores condiciones para su desarrollo futuro.

Con la modernización se dieron las condiciones para que los zapateros establecieran de manera orgánica unidades de producción que combinaban nuevas técnicas de mecanización laboral con el saber, la categorización y las prácticas artesanales. Esta mezcla de lo fabril con lo artesanal permitió que las unidades de producción se formaran principalmente en sectores populares como los barrios Obrero y Sucre, ya que la tradición de aprendizaje y empleo siguió circulando bajo las lógicas organizativas artesanales que provenían de los zapateros-artesanos de barrios vecinos como El Vallano, aunque incorporando nuevas técnicas y tecnologías propias de la mecanización moderna.

En este contexto, se crearon las condiciones para generar un nuevo tipo de zapatero. Las políticas de industrialización pretendían formarlos; pero, como se ha visto, esto no fue posible porque las prácticas productivas en la fabricación de calzado en Cali no se construyeron desde los principios de la técnica industrial. En cambio, la técnica artesanal se apropió de las técnicas fabriles. Con esta característica técnica, los zapateros pudieron responder a la creciente demanda de calzado que los ciudadanos, y comenzaron a consumir gracias al excedente de capital generado por actividades comerciales y productivas, lo que les permitió tener más recursos para comprar más de un par de zapatos. Además, en la nueva vida social y cultural, el uso de zapatos se convirtió en una necesidad. El crecimiento poblacional debido al flujo migratorio proveniente del suroccidente, el eje cafetero (Quindío y Caldas), Tolima y Huila en busca de oportunidades laborales, así como el desplazamiento forzado por la violencia política, también impulsó esta demanda.

Desde este punto de vista, se ve cómo aquellas iniciativas políticas afectaron a este grupo social de los zapateros. Es innegable que la estructura económico-política puede generar transformaciones y cambios, que no son posibles si los agentes (en este caso, los zapateros) no tienen capacidad de cambio o adaptación. Se concluye que los zapateros se adaptaron a las transformaciones exigidas por las nuevas políticas de modernización e industrialización, gracias al conocimiento acumulado a partir de la tradición construida durante los siglos anteriores. Como se verá en el siguiente capítulo, estas relaciones entre la estructura y la agencia no siempre son favorables, ya que la primera puede limitar la agencia, y esto muchas veces no resulta suficiente.

Libre comercio e importación

El impacto de las políticas neoliberales

El modelo de libre comercio, o modelo de economía abierta en Colombia, comenzó en los años setenta con la promoción de las exportaciones para equilibrar el modelo interno de sustitución por importaciones, que ya mostraba signos de agotamiento. Estos primeros intentos de liberalización económica no lograron los impactos esperados, debido a una dinámica que aún se centraba en la intervención estatal. Solo el sector financiero obtuvo buenos resultados de esta primera liberalización, ya que comenzó a diversificar el mercado financiero para que la banca privada pudiera financiar el desarrollo. A continuación, se exponen dos planes importantes de esa época:

El Plan Vallejo (1961) fue un régimen que permitía a personas naturales o jurídicas —con carácter de empresarios productores, exportadores, comercializadores, o entidades sin ánimo de lucro— importar temporalmente al territorio aduanero colombiano, con exención total o parcial de derechos de aduana e impuestos, insumos, materias primas, bienes intermedios o bienes de capital y repuestos que se emplearían en la producción de bienes de exportación, o que se destinarían a la prestación de servicios directamente vinculados a la

producción o exportación de estos bienes. Por su parte, el Pacto Andino (1971) fue el primer acuerdo comercial entre los países andinos para fomentar la colaboración comercial. Ambos planes apuntaban a abrir la economía, aunque no fueron suficientes debido a las restricciones y limitaciones del modelo imperante. Además, ante la desaceleración económica mundial de los ochenta y la crisis latinoamericana de la deuda, en los noventa se cambió el modelo económico intervencionista por uno de libre mercado más profundo.

Este nuevo modelo, según Ocampo (2007), utilizó tres estrategias principales: el desmonte (matizado) del control de cambio, la eliminación de las normas que limitaban la inversión extranjera directa, y la apertura comercial (p. 354), lo cual afectó considerablemente sectores productivos de la economía, como el manufacturero, que había tenido buenos rendimientos económicos, sociales y culturales. Si bien estas estrategias se concretaron durante el gobierno de Gaviria (1990-1994), ya desde el gobierno de Barco (1986-1990) se había iniciado su desarrollo con el desmonte gradual de los controles directos a las importaciones. La necesidad de acelerar el libre mercado a través del gradualismo incrementó esta dinámica, haciendo que el arancel promedio pasara del 43.7% en 1989 al 11.7% en 1991. Desde entonces, estos aranceles no han tenido mayores modificaciones en las importaciones, salvo en casos específicos como el del calzado, que se incrementaron para reducir las importaciones que debilitaban la industria nacional. Sin embargo, los acuerdos comerciales con la Organización Mundial del Comercio (OMC) y los tratados de libre comercio con varios países impidieron mantener estos incrementos, forzando a dejarlos con las tarifas iniciales (Ocampo, 2007, p. 356).

En esta nueva coyuntura, la industria de la zapatería, que en el período anterior se había consolidado como un sector productivo importante dentro de la economía del país, comenzó a enfrentar dificultades para su desarrollo. La política de libre comercio, y particularmente mediante la importación de mercancías, estaba provocando que ciertas manufacturas nacionales fueran desplazadas por productos importados, principalmente provenientes del sudeste asiático.

La zapatería después de los ochenta

En 1982, Héctor Belalcázar escribía lo siguiente en la primera edición de la revista *Calzacueros*:

¿Cuántas veces sectores de la industria y del comercio se han visto abocados a unificar criterios y conceptos acerca de las posibles soluciones para sus problemas en cada una de sus actividades?

La verdad es que varias asociaciones, gremios y federaciones se han creado a raíz de los diferentes inconvenientes y angustias que padecen a diario en el proceso de fabricación o comercialización de diferentes productos o artículos.

En esta ocasión tan importante como la primera Feria Nacional del Calzado, Cueros y sus derivados, es conveniente expresar que estos sectores están huérfanos, pero al mismo tiempo ávidos de una organización que los dirija y los proyecte hacia mejores alternativas de progreso y desarrollo social.

Los problemas y necesidades de los comerciantes y fabricantes del calzado, cueros y sus derivados son los mismos que sufren otros sectores de la industria y el comercio en Colombia, pero con gran conciencia y sentido de organización se han unificado para hacerle frente a las problemáticas y conseguir los objetivos para lo cual fueron creados.

Calzacueros invita a reflexionar seriamente sobre lo expuesto anteriormente y sugiere que por este medio se reflejen todos los pensamientos, las políticas y alternativas que los agremiados quieran darle a su actividad comercial o industrial.

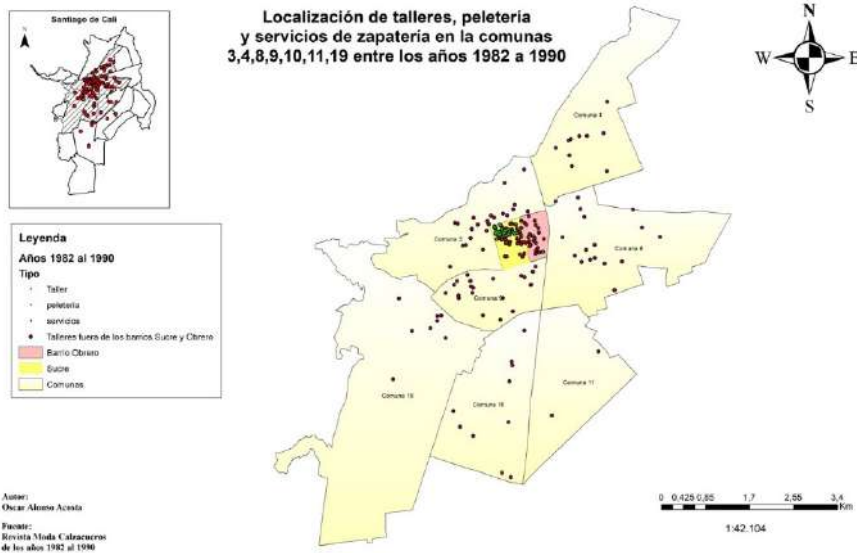
Por lo cual es fácil de entender que esta revista además de ser un medio de publicidad, es un llamado de atención y alerta para todos los fabricantes y comerciantes del calzado, cueros y sus derivados, para que aúnen esfuerzos y aporten ideas en torno a una asociación o agremiación que los defiendan y apoye en cada momento de su encomiable labor. (Calzacueros, 1982, p. 1).

Ese año se celebró la Primera Feria Nacional de Calzado en la ciudad de Cali, organizada por Expovalle. Aprovechando la ocasión, Héctor Belalcázar, hijo de don Marcos, publicó una revista en la que los talleres de calzado y peleterías pudieran promocionarse y, al mismo tiempo, señalar las problemáticas que vivía el gremio. Eran los años en los que la zapatería se había establecido como un sector productivo y económico importante y en crecimiento.

Solo en Cali había más de trescientos establecimientos dedicados a la producción de calzado, entre talleres, peleterías y servicios relacionados; la mayoría ubicados en los barrios Obrero y Sucre (ver Figura 5). Es posible que en ese periodo y en los siguientes hubiera más establecimientos, pero la poca información estadística y la informalidad con que se establecieron muchos, no permitió un registro más completo. Los establecimientos se ubicaron con la información suministrada en la revista *Calzacueros*, que se publica desde 1982 hasta la actualidad.

De hecho, en su primera edición, la Corporación Nacional de Industriales del Calzado (Cornical) exponía la necesidad de hacer un censo nacional de zapateros, pues se desconocía el número de establecimientos dedicados a la producción del calzado.

Figura 5. Talleres de zapatería entre 1982 y 1990



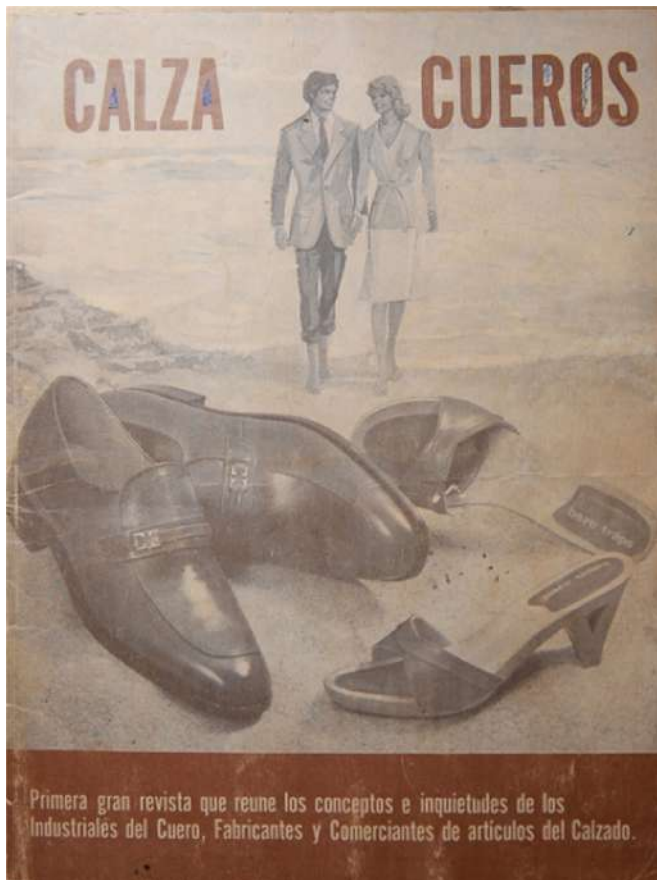
Ubicación espacial de los talleres de zapatería entre 1982 y 1990.

Tomado y adaptado de la Revista *Calzacueros* 1982-1990.

El llamado de Héctor Belalcázar para que la industria del calzado, en un sentido amplio que incluía a los pequeños productores, se agremiara, respondía a un momento en el que el sector vivía su mayor esplendor, y a la necesidad de

organizarse mejor para afrontar situaciones colectivamente. Desde las décadas anteriores se habían constituido asociaciones regionales como Cornical, de carácter nacional; la Asociación de Industriales de Calzado de Santander (Asicas), y la Asociación Norte Santandereana de Industriales del Cuero (Ansicur). En el Valle, y particularmente en Cali, no había una asociación que pudiera juntar las demandas de los fabricantes de calzado. Fue así como, en 1984, se organizó la Unión Vallecaucana de Fabricantes del Calzado (Univac).

Figura 6. Revista Calzacueros



Portada de la primera edición de la revista Calzacueros.

Tomado de la Revista Calzacueros 1982

No obstante, en la edición de 1990 de *Calzacueros*, se menciona que en los años sesenta funcionó una asociación llamada Coopeinca, ubicada en la calle 18 entre carrera 9 Bis y 10 (barrio Sucre). Entre sus fundadores figuraban Guillermo López, Rafael Sánchez, Manuel García, José Bayona, Aldemar Lasprilla, Mario Quintana, Fabio Castaño, Alberto Bolaños y Marco Belalcázar. Al parecer, esta asociación no tuvo mayor éxito y desapareció rápidamente, por lo cual no hay un registro detallado de ella.

Univac, la asociación que aún está vigente tenía como objetivos promover muestras empresariales, brindar asistencia técnica a los talleres y fábricas asociadas, informar sobre los clientes morosos y mantener una bolsa de empleo (*Calzacueros*, 1989). Durante las décadas de los ochenta y noventa, Univac tuvo un éxito relativo impulsando varias ferias que impactaron positivamente al gremio, logrando contar con más de cien afiliados.

Sin embargo, después del año 2000, cuando la crisis de la zapatería se intensificó, la relevancia de Univac disminuyó hasta que fue revitalizada durante la segunda década del siglo XXI, cuando se vinculó con instituciones gubernamentales y no gubernamentales. Uno de los legados más importantes de las diversas asociaciones en estos años ha sido organizar ferias durante cuatro décadas. Cada ciudad desarrolla eventos periódicos, siendo las ferias más importantes la de Bogotá y la de Bucaramanga. Por su parte, Cali organizaba eventos similares, pero no alcanzó el mismo éxito que aquellas ciudades, por lo que sus productores deben exponer en ferias externas.

El 18 de marzo de 1999, las asociaciones más importantes a nivel nacional, como la Asociación Colombiana de Industriales del Cuero (Asocueros) y la Corporación Nacional de Calzado (Cornical), se fusionaron para formar la Asociación Colombiana de Industriales del Calzado, el Cuero y sus Manufacturas (Acicam). Esta nueva entidad gremial, permanente y sin ánimo de lucro, se creó para fortalecer la representación del sector en el país y fomentar su integración en la cadena productiva. Acicam tiene presencia nacional a través de seccionales regionales en Bogotá-Cundinamarca, Santander, Norte de Santander, Antioquia, y Valle del Cauca. Estas asociaciones se encargaron de señalar las afectaciones negativas al sector, derivadas de las políticas económicas, pero no evaluaron el impacto de estas en la industria zapatera, debido también a la compleja dinámica interna del oficio, que dificulta las negociaciones colectivas, tanto en cuanto al patrón como del obrero.

En *La Historia del Sindicalismo en Colombia*, Miguel Urrutia (2016) observó cómo las protestas realizadas en 1919 por algunos artesanos, incluidos los zapateros, eran similares a las protestas del siglo XIX. Al ser trabajadores independientes, los artesanos no tenían intenciones de contratación colectiva o de negociación salarial; sus demandas se enfocaban en defender las manufacturas nacionales frente a la competencia extranjera (p. 57). La relación laboral entre patrones (dueños de talleres o fábricas) y obreros (trabajadores, zapateros) es diferente de la que se estableció en la fábrica. La negociación salarial era individual y mediada por la producción, lo que imposibilitó la formación de sindicatos en este ramo durante el siglo XX. Los zapateros fueron trabajadores independientes que no contrataban mano de obra. Después de aprender el oficio, sus ayudantes o aprendices se convertían en zapateros independientes. En este sentido, la idea de gremio y solidaridad no se extendió a la actividad zapatera. No se formaron sindicatos de zapateros, ya que tampoco había grandes manufacturas, por lo que, durante el período comprendido entre las décadas de los cincuenta y los ochenta, proliferaron en Cali pequeñas manufacturas de baja productividad.

Figura 7. Taller de zapatería



En las gráficas aparece Emiro López, de calzado El Gran Emir, supervisando el trabajo de sus obreros, lo mismo que uno de sus obreros concentrado en su labor. Como este taller hay muchos en Cali que hacen grande la industria de calzado en Colombia.

Taller de zapatería en los años ochenta del barrio Obrero.

Tomado de la Revista Calzacueros 1983.

A lo anterior, se suma la tradición de campesinos y personas del Pacífico que migraron a Cali en busca de nuevas oportunidades, y que no tenían una ética ni una disciplina de trabajo fabril, sino de otras formas de relacionamiento en las que se valoraba la autonomía. Esto hizo que los talleres de zapatería funcionaran como pequeños archipiélagos que lidiaban con sus propios problemas. Según Vásquez (2001), entre 1976 y 1979, Cali tenía el 30.9 % de personas que trabajaban por cuenta propia en actividades informales, una tasa superior a la de otras ciudades de Colombia, que era del 20.9 %. En esas actividades informales estaba la zapatería, ya que muchos de estos talleres tenían pocos trabajadores y operaban en casas destinadas al uso habitacional (ver Figura 7), por lo que no se registraban en el trabajo formal.

Primeros impases comerciales en la internacionalización del calzado

Desde los años setenta, Colombia venía combinando la promoción de exportaciones en sectores claves con la protección de sectores productivos derivados de la política de sustitución de importaciones. Contrario a lo que se suele pensar, la apertura económica no comenzó en la década de los noventa, ya que desde antes se exportaban e importaban productos. La política de sustitución no detuvo las importaciones; el país continuó importando bienes intermedios que no se fabricaban localmente. Lo que realmente cambió con la política de libre comercio fue la importación de bienes que sí se producían en Colombia, como los zapatos. Para los años ochenta, algunas fábricas de calzado ya estaban exportando sus productos. Empresas caleñas como Grupo Moda Lida, Corvacal Lida y Calzado Oriso Lida, en 1987, ya exportaban sus productos a Estados Unidos, Venezuela y varios países de Centroamérica. Este hecho llevó a que gran parte del sector viera con buenos ojos la política de apertura económica que se promovía con mayor intensidad al inicio de la década de los noventa.

En una nota periodística de *El País*, previa a la Feria de la Semana del Calzado de 1990, titulada “Industria del calzado pide apertura”, Cornical manifestaba lo siguiente:

La industria de calzado se mostró partidaria de la apertura económica iniciada por el gobierno nacional, pero reclamó programas de asistencia técnica, mayores recursos financieros, una política arancelaria adecuada,

para enfrentar los nuevos retos que en el sector depara ese giro dado a la economía. Las necesidades: tras recordar que en 1989 se vendieron al exterior 4.470.604 pares de zapatos, superando en un 30 % los resultados del año 88, Cornical precisó que la industria del cuero, calzado y derivados requiere solución a las siguientes peticiones: A. Rebaja de gravámenes para la importación de materias primas y bienes de capital para la industria. B. Elevación de la productividad mediante formación en centros de desarrollo tecnológico, capacitaciones de ingenieros de producción, supervisores y operarios. C. Renovación tecnológica mediante cupos de financiación sin riesgo de cambio. D. Programa integral de producción de exportaciones. E. Desarrollo de la industria de componentes. F. Especialización de funciones y de productos. G. Elevación de nivel de calificación de los operarios y de los mandos medios. I. Fomento de subcontratación y formación de talleres satélites. J. Mantenimiento de políticas económicas consistentes a largo plazo. K. Estatuto Antidumping. L. Mejora sustancial de la infraestructura de servicios públicos, carreteras y replanteamiento de la reserva de carga. M. Mantenimiento de una tasa real de cambio. N. Modernización de la administración pública, simplificación de los trámites, especialmente de la importación y exportación. Ñ. Revisión de la legislación laboral. Salario integral y trabajo al destajo y flexibilidad de contratación. (1990, 17 de abril).

Aunque se mencionaban algunas preocupaciones, como la falta de adecuación del sector para competir con otros países que tenían mejores ventajas comparativas, los dirigentes que llevaban algunos años exportando veían cómo sus ventas aumentaban. Por ello, miraban con optimismo la estrategia de orientar su producción hacia el mercado internacional, compitiendo junto a países de la región como Brasil y México. Por ejemplo, Arturo Roa, presidente de Univac durante los años ochenta y noventa y gerente del Grupo Moda Lida, consideraba que el calzado colombiano tenía una capacidad instalada que se había gestionado en los últimos cuarenta años y que iba desde los hatos de ganado, que proporcionaban la materia prima a las curtiembres que producían el cuero, hasta la mano de obra que los transformaba en zapatos. Sin embargo, reconocía que faltaba capital para poder competir en mejores condiciones.

A finales de los años ochenta, la producción de cuero para el calzado y otras manufacturas comenzó a enfrentar serias dificultades. Por un lado, los ganaderos abandonaban sus fincas debido a la violencia política, lo que causaba desabastecimiento. Por otro lado, la calidad del cuero crudo o “azul” (el cuero sin procesar) era insuficiente para obtener buenos acabados, debido a la tecnología desactualizada de las curtiembres. Esto obligó a la industria a empezar a importar cueros de Argentina y Brasil, afectando negativamente a la industria curtimbre local. Sin embargo, el auge de la exportación de calzado se desplomó rápidamente a comienzos de la década de los noventa. La política de libre mercado amplió la entrada de mercancías extranjeras, generando una competencia feroz en el mercado interno entre los sectores productivos. La importación de calzado, tanto legal como ilegal, provocó una crisis en el sector, ya que los productores locales no podían competir en precios ni en tecnología.

En la revista *Calzacueros* de 1996, Alberto Gómez González, del sector del calzado de Bucaramanga, describió la situación de la siguiente manera:

La industria del calzado de Bucaramanga, como la de todo el país, y todo el sector industrial pasa por su peor momento en muchas décadas. No hay que profundizar demasiado para encontrar las causas, simplemente hay que enumerarlas y como tiene su principio hay que comenzar por la apertura económica del gobierno de Gaviria que se hizo sin la más mínima discusión con los industriales, que seguramente hubiéramos solicitado un paréntesis de tiempo con el fin de prepararnos para evitar una situación tan terrible como la que estamos pasando. A lo anterior hay que agregarle la miopía en las políticas económicas de los dos gobiernos; hoy día con el peso revaluado le ha dado el puntillazo final para las exportaciones de calzado y por el contrario, sale por sector comercial importador de zapatos; súmele a esto el contrabando y encontrará al sector en su nivel más bajo, casi listo a desaparecer ¿Cuál debe ser la respuesta de los industriales? Las hemos ensayado todas. Aumento en la productividad, modernización (hasta donde se puede) de nuestros sistemas de producción permanente en la moda, pero nada funciona. Es la economía general del país que anda mal; no hay capacidad de compra en nuestros consumidores, por lo tanto, hay recesión económica. Pareciera que no hay solución para nuestro sector,

menos aún cuando no hay un organismo del gobierno donde acudir. La solución está en cada uno de nosotros, en abrir un debate amplio a través de Cornical. No hay más alternativas. (p. 12)

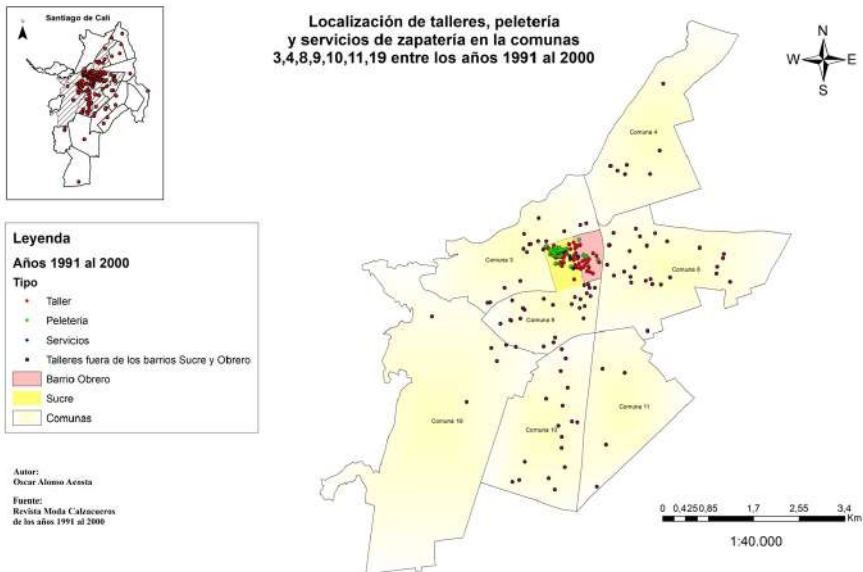
En un diagnóstico sobre la situación, Héctor Belalcázar expresó lo siguiente:

La industria calzadista y del cuero colombiano desde 1994 viene disminuyendo su capacidad de producción hasta el punto de tener que verse abocada al cierre temporal o definitivo de algunas empresas que no han podido abrirse paso en medio del contrabando y la subfacturación de importaciones. Hace unos meses entraron en concordato importantes empresas del sector cuero como: DELTA LEATHER, CURTIEMBRES TITAN, INMABOL LTDA Y ANDINA DE CURTIDOS; que no pudieron sobreponerse al desbarajuste económico que sufre actualmente el país. Lo mismo puede acontecer con empresas de calzado como: CALZADO FISHER, INDUSTRIAS POL, INTERCAL, MULTIPLÁS, PANAM y unas 19 medianas empresas de calzado ubicadas en ciudades como: Bucaramanga, Cali, Medellín, Bogotá y Cúcuta. Haciendo un balance general, los indicadores de la industria calzadista nos muestran cifras elocuentes, por ejemplo, en 1995 la producción de calzado cayó en un 16%, las exportaciones lo hicieron en un 13% y lo más significativo de la crisis, es lo referente al empleo que se redujo en un 20%. Teniendo en cuenta este desolador panorama; el director de la DIAN Horacio Ayala confirmó que desde el sudeste asiático estaba ingresando al país calzado a 24 centavos de dólar el par (\$240 pesos); de inmediato decidió tomar medidas e imponer precios de referencia para calzado, botines y artículos deportivos. Esta medida solicitada por CORNICAL entró en vigencia en el primer trimestre de este año, y obliga a los importadores de calzado a justificar ante las autoridades aduaneras el valor de las mercancías que llegan con precios inferiores a los de la lista de referencia. Las estadísticas nos enseñan que en 1995, los colombianos compraron 90 millones de pares de zapatos de los cuales 60 fueron producidos por la industria nacional, 25 llegaron de contrabando y 5 millones se importaron legalmente. El año

pasado las ventas de la industria colombiana alcanzaron los 90 millones de dólares (a un precio promedio de \$10.000 el par). (p. 12).

Como menciona Héctor Belalcázar, los gobiernos respondieron a estos desafíos imponiendo restricciones a la entrada de mercancías cuyos precios estaban por debajo del costo de fabricación. Los gremios, como Cornical, acogieron con satisfacción las medidas de algunas salvaguardas en las posiciones arancelarias para las mercancías extranjeras. Además de estas medidas, se solicitó mayor protección frente a otros países cuyas industrias estaban protegidas y subsidiadas. En 1996, se implementó una lista de precios de referencia para 27 posiciones arancelarias que incluían todas las variedades de calzado. Esta medida proporcionó un alivio temporal, permitiendo cierto dinamismo en la producción y una leve recuperación de las pérdidas acumuladas en los años anteriores. No obstante, este respiro fue efímero, ya que las importaciones volvieron a incrementarse una vez que se constató que la lista de precios era transitoria y no una medida permanente.

Figura 8. Talleres de zapatería entre 1991 a 2000



Ubicación espacial de los talleres de zapatería entre 1991 a 2000.

Tomado de la Revista Calzacueros 1991-2000.

A finales de la década de los noventa, las exportaciones de calzado habían disminuido significativamente, lo que representó grandes pérdidas para las empresas que se habían especializado en el mercado exterior. Como resultado, varias de ellas cerraron sus operaciones. Las empresas medianas y los talleres pequeños, que estaban orientados al mercado local y mantenían relaciones directas con las cadenas de almacenes, lograron sobrevivir. Sin embargo, empezaron a experimentar dificultades debido al aumento de la competencia del calzado importado.

Importación de mercancías chinas

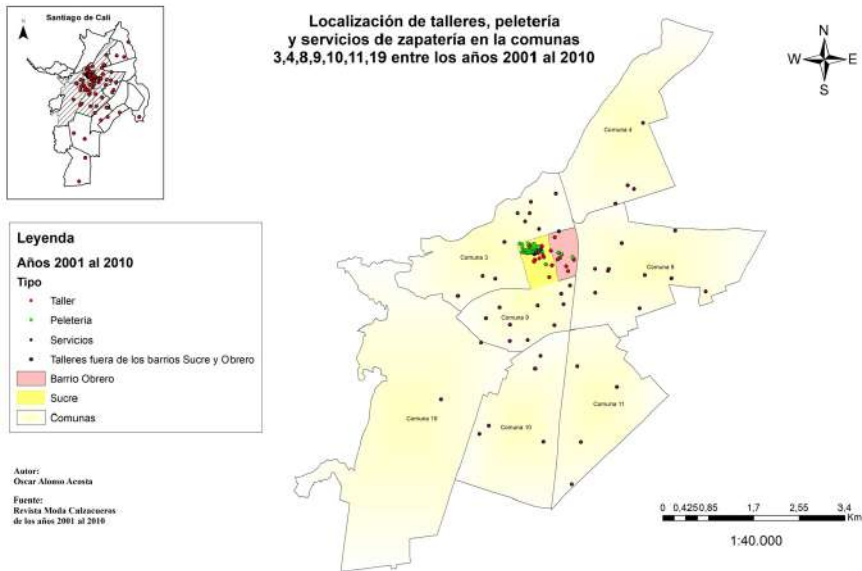
Para el siglo XXI, el problema de la importación se profundizó, aunque con matices particulares dependiendo de cada empresa de calzado. En 2005, Luis Gustavo Flórez, presidente de Acicam, llevó a cabo una evaluación del comienzo de la década, señalando que, aunque hubo una recuperación de las exportaciones en 2001, persistían tres grandes problemas: la informalidad, la competencia del mercado chino y el contrabando. En cuanto a la informalidad, Flórez destacó que había pequeños establecimientos informales que competían con ventajas frente a quienes operaban formalmente y que, pese a las campañas emprendidas para formalizarse, estas no tuvieron éxito. Los problemas de la competencia del mercado chino y el contrabando están interrelacionados con la profundización de las importaciones: por un lado, las mercancías que ingresaban de manera legal a precios bajos, y, por otro lado, aquellas que entraban ilegalmente.

La realidad productiva y económica de los productores de calzado en esta década dependía de su capacidad productiva y del capital disponible para abarcar tanto el mercado nacional como el extranjero. Las grandes empresas lograron recuperar el ritmo exportador debido a que los mercados de Venezuela y Ecuador se convirtieron en grandes consumidores, y las preferencias arancelarias del ATPDEA permitieron que se exportaran mayores volúmenes a los Estados Unidos. Este contexto favoreció un aumento del 48% en la exportación de calzado entre 2001 y 2004. Los medianos y pequeños productores tuvieron que competir con las mercancías extranjeras, generando un balance desproporcionado. Mientras que las empresas con capacidad para exportar aprovecharon el aumento de las

exportaciones, muchos talleres de tradición artesanal quebraron o redujeron su producción.

El mapa de los talleres de zapatería en Cali muestra una disminución en el número de establecimientos productivos entre 2001 y 2010 (Figura 9), en comparación con los mapas de los períodos de 1982 a 1990 (Figura 5) y 1991 a 2000 (Figura 8). Los talleres en los barrios Obrero y Sucre, que eran pequeños y medianos de tradición artesanal, fueron los más afectados por la competencia de las mercancías extranjeras.

Figura 9. Talleres de zapatería entre 2001 a 2010



Ubicación espacial de los talleres de zapatería entre 2001 a 2010.

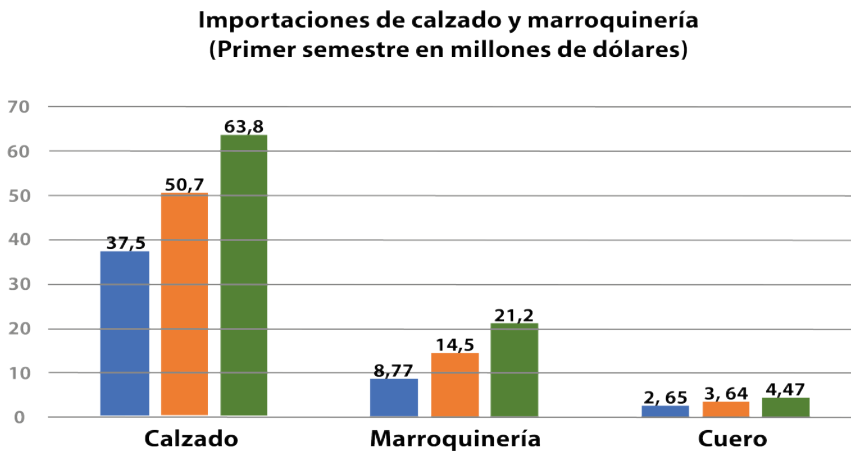
Tomado y adaptado de la Revista Calzaceeros 2001-2010

Entre 2004 y 2006, la importación de calzado se duplicó (ver Figura 10), haciendo que la segunda mitad de la década se convirtiera en el período más complicado en toda la historia de la zapatería en Colombia. A este panorama se sumó la crisis política con Venezuela y Ecuador, que provocó una caída sustancial

en las exportaciones hacia estos países, lo que obligó a las empresas caleñas a reducir su producción y despedir empleados.

En respuesta, el gobierno nacional de la época (Uribe) decidió implementar un etiquetado especial para identificar y diferenciar el calzado importado del nacional, con el objetivo de mejorar el control del mercado. Sin embargo, esta medida resultó insuficiente, ya que no todos los productores de calzado nacional cumplieron con la normativa, especialmente los pequeños. Los importadores comenzaron a reetiquetar el calzado importado para hacerlo pasar como producto nacional. También se impusieron restricciones a la mercancía procedente de China, pero la Organización Mundial del Comercio (OMC) intervino, solicitando a Colombia que respetara los acuerdos comerciales pactados y no impusiera restricciones, lo que dio como resultado la suspensión de dichas medidas, repitiendo el patrón observado en la década anterior.

Figura 10 Importaciones de calzado y marroquinería



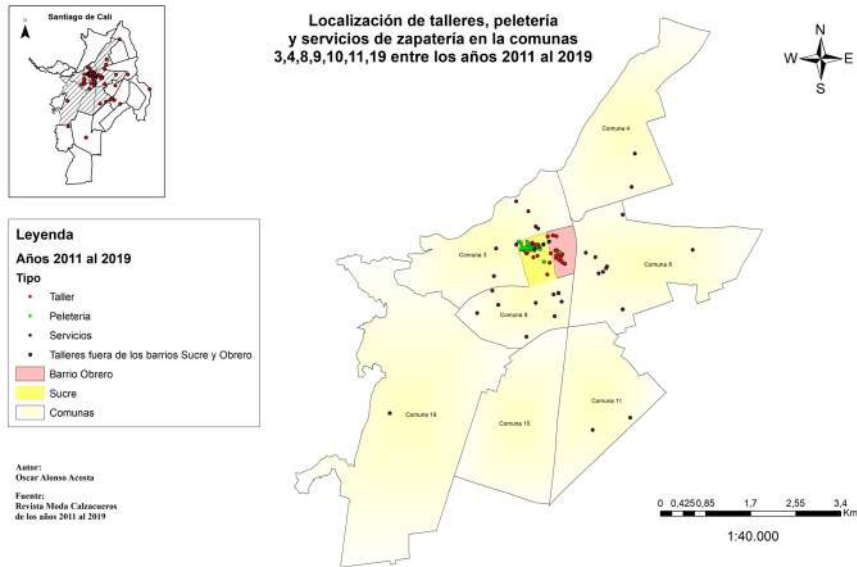
Importaciones de calzado y marroquinería entre los años 2004 al 2006.

Tomado y adaptado del Periódico El País, 2 de septiembre de 2006.

Hacia el final de la primera década del siglo XXI, la situación de los zapateros se volvió cada vez más complicada. Aunque, estos actores no fueron

pasivos frente a la realidad social. Los gremios y las empresas más destacadas comenzaron a impulsar nuevas estrategias, como la creación de clústeres para especializar la producción según las necesidades del mercado interno y externo. Por su parte, los talleres medianos y pequeños encontraron una forma de reintegrarse al mercado mediante la producción de réplicas de marcas reconocidas (Nike, Adidas, Puma, entre otras).

Figura 11. Talleres de zapatería entre 2011 a 2019



Ubicación espacial de los talleres de zapatería entre 2011 y 2019.

Tomado y adaptado de Revista Calzacruceros 2011-2019.

En un reporte, el periódico *El País* evidencia que gran parte de las mercancías que parecían importadas eran, en realidad, fabricadas en los barrios de Cali. Aunque no se mencionan específicamente los barrios Obrero y Sucre, es sabido que también participaron en esta estrategia.

Gran cantidad de las camisas, camisetas, pantalones y zapatos que se venden en la ciudad con los logos y distintivos de las grandes marcas, son 'importados' directamente de barrios como Antonio Nariño, Marroquín, Mojica

y San Nicolás [Obrero y Sucre], e incluso desde bodegas que funcionan selladas encima de algunos locales comerciales del centro (...) Javier Jaramillo un curtido comerciante, dijo al País que la proliferación de estos negocios es una consecuencia más del contrabando, que ha llevado a la quiebra a muchas empresas locales. (diciembre 13 del 2009)

Durante la segunda década del siglo XXI, la importación de calzado de contrabando continuó siendo el principal problema para la industria local, alcanzando más de sesenta millones de pares importados, lo que representaba el 55 % del consumo nacional. Estas cifras históricas de importación se deben a varios factores, entre ellos, la revaluación del peso, que incrementó la importación no solo de calzado, sino también de muchas otras mercancías. Además, puede que se haya utilizado el comercio de calzado para blanquear activos. Esta situación llevó a que, en 2013, gremios de zapateros y sectores afines organizaran movilizaciones y protestas en distintas partes del país, exigiendo al gobierno de Juan Manuel Santos que tomara medidas para frenar la importación, regulara los procesos aduaneros, y evitara la subfacturación, el dumping, y el contrabando.

En Cali, más de mil personas se movilizaron en una marcha que comenzó en el parque Obrero, un lugar emblemático para la producción de calzado. Los manifestantes exigían regulación de las importaciones, la imposición de aranceles y medidas de protección para la industria local. El día de la movilización, Wilder Palomino expresó su postura al periódico *El País*, declarando:

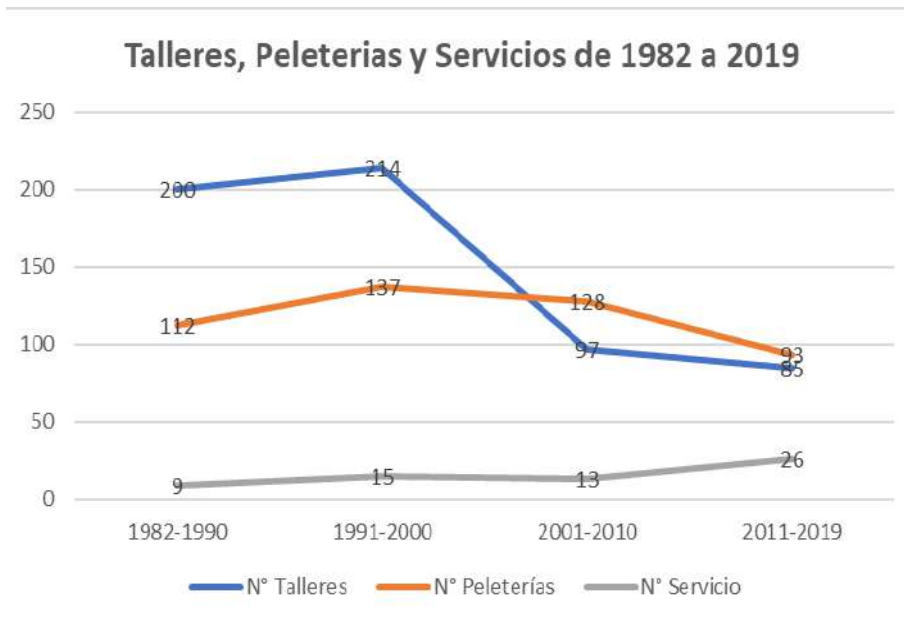
No estamos en contra del TLC ni de las importaciones. Pero sí exigimos que el Gobierno nos blinde y nos proteja, porque la situación es muy grave. Debido al cierre de empresas del calzado en Cali, unas 3500 personas se han quedado sin empleo (...) Mientras un par de zapatos a nosotros nos sale por unos \$35.000, en China, contrabandeado, sale a unos \$7.500. (13 de junio de 2013).

En respuesta a las manifestaciones de los zapateros, el gobierno impuso nuevas restricciones al calzado importado procedente de China a través del Decreto 456 de 2013. Este decreto, como parte de un ciclo repetitivo de medidas, logró reducir temporalmente las importaciones. Sin embargo, los contrabandistas e importadores encontraron formas alternativas de aprovechar los acuerdos comerciales con México, Ecuador, y Estados Unidos para ingresar calzado

fabricado en China, facturándolo como si proviniera de estos países con los que Colombia tenía acuerdos comerciales.

En 2016, la Organización Mundial del Comercio (OMC) llamó nuevamente la atención a Colombia por imponer aranceles superiores al 40%, lo que llevó a la derogación del decreto. Posteriormente, en 2017, se emitió el Decreto 1786, ajustando los aranceles a los márgenes permitidos por la OMC, con un arancel del 35% para el calzado. Esta medida trajo como resultado una disminución de las importaciones, también influenciada por la devaluación del peso, lo cual encareció las mercancías importadas.

Figura 12 Talleres, peletería y servicios de 1982 a 2019



Cuadro del número de Talleres, Peletería y Servicios de 1982 a 2019, adaptado de la información recopilada de los establecimientos publicitados en la Revista Calzacueros de 1982 a 2019.

Desde esta perspectiva, aunque la industria zapatera en Cali ha sido una de las más afectadas por la proximidad del puerto de Buenaventura, los zapateros

han logrado reacomodarse y adaptarse a los ciclos de ajustes y reajustes en las políticas arancelarias y cambiarias. Estos cambios los han llevado a diversificar su producción, incluyendo nuevas líneas de calzado, la elaboración de réplicas, y la reducción de los niveles de producción a una escala más pequeña. Este proceso de adaptación no necesariamente se traduce en una mejora de las condiciones materiales, pero sí en la continuidad de su actividad productiva. Esto se evidencia en la Figura 13, que muestra el número de establecimientos dedicados a la producción de calzado, incluyendo peleterías, servicios y talleres, desde 1982 hasta 2019. Mientras que en el período 2001-2010 el número de talleres de zapatería disminuyó más de la mitad respecto a décadas anteriores, entre 2011 y 2019 se observó una reducción más moderada y casi inexistente, permitiendo evitar su desaparición.

La solución es copiar

El cambio en la política económica del país impactó profundamente el sector manufacturero, especialmente el del calzado, que había alcanzado sus mejores resultados económicos antes del cambio de siglo. Este desempeño se debió, en parte, a la transición gradual de las políticas económicas durante una década, junto con el impulso económico de años anteriores, lo cual permitió mantener el nivel de producción para satisfacer la demanda del mercado local. Este contexto permitió que los zapateros se organizaran en agremiaciones regionales y nacionales para defender sus intereses, como en el siglo XIX, al oponerse a las políticas librecambistas. Sin embargo, con el debilitamiento de la actividad productiva, las acciones emprendidas por estos gremios no fueron suficientes para contrarrestar, resistir ni renegociar los cambios en la política económica, que los dejaron en desventaja frente al capital transnacional.

El modelo de economía abierta, como estrategia de reordenamiento económico y político a nivel global, hizo que muchos zapateros que continuaban con técnicas artesanales quedaran en desventaja, especialmente en términos de tecnología, apoyo estatal y capital. Esto provocó que muchas unidades productivas establecidas durante la etapa de industrialización se vieran afectadas y disminuyeran significativamente. A diferencia de las políticas anteriores, en las que los zapateros pudieron aprovechar su conocimiento artesanal para establecerse, en esta ocasión, durante el período de mayor importación de calzado, no contaron con los medios necesarios para responder a esta situación. En este contexto, la estructura económica predominó sobre la agencia de los zapateros.

Vale anotar, cómo en los últimos años se ha observado una recuperación de la actividad zapatera, la cual se basa en el conocimiento, la invención y la creatividad a partir de las prácticas artesanales. Como diría Sennett, “el artesano es un inventor de sí mismo”, ya que la tecnologización del oficio nunca se consolidó —los zapateros siguen utilizando los mismos medios de producción de hace cincuenta años— y han optado por copiar diseños de zapatos *originales* para venderlos a un segmento de la población que no puede pagar los originales. Además, se han centrado en la producción de calzado que no se importa. Esta estrategia ha permitido una adaptación y reorganización frente a las realidades de la economía y política global, aunque, como se discutirá en los capítulos siguientes, esta reorganización muestra que los zapateros están poco preparados y carecen de las capacidades necesarias para competir de manera efectiva.

El espacio socio-productivo de la zapatería: pasado y presente del taller artesanal

Tras este recorrido en el que se estableció el tipo de relaciones históricas, sociales, culturales, económicas y políticas que han construido a los zapateros como sujetos antropológicos en Colombia, desde el siglo XVI hasta el XIX, y tras determinar las afectaciones de las políticas económicas del siglo XX y XXI sobre la actividad productiva y económica de la zapatería en Cali, es necesario hablar de la realidad social, cultural y productiva de los barrios Obrero y Sucre.

En los siguientes capítulos, se retoman las representaciones⁷ de los zapateros, construidas social, cultural y políticamente desde la realidad económica que han enfrentado en las últimas décadas, para identificar y caracterizar las dinámicas e historias de los zapateros de los barrios Obrero y Sucre como mecanismos de adaptación y recomodación. Lo anterior es producto del trabajo de campo etnográfico realizado durante el año 2019 en dichos barrios, los conversatorios con Héctor Belalcázar y Armando Sánchez, y especialmente la etnografía del taller de zapatería Holzar.

7. Se entiende por representación social el sentido dado por Stuart Hall “Representation is the process by which members of a culture use language (broadly defined as any system which deploys signs, any signifying system) to produce meaning” (1997, p. 61) (Un proceso por el cual los miembros de una cultura usan el lenguaje (ampliamente definido como un sistema que utiliza signos, cualquier sistema de signos) para producir sentido).

En este capítulo, escrito en un tono etnográfico en primera persona, describo el espacio social y productivo como aquel donde se reproduce la vida y la tradición de los zapateros. El espacio se entiende en el sentido de Bourdieu como “principios de diferenciación o distribución constituidos por el conjunto de propiedades que actúan en el universo social en cuestión, es decir, las propiedades capaces de conferir fuerza y poder en ese universo” (1990, pp. 281-282); un espacio que es construido por los sujetos (zapateros) a partir de un mundo que los antecede y que, por lo tanto, se les presenta como un mundo objetivo. Este mundo (espacio) no es estático, sino todo lo contrario.

Como hemos visto en los capítulos anteriores, la economía y la política cambian y transforman las relaciones de los sujetos con dicho espacio. Sin embargo, tales dinámicas no están subordinadas únicamente a las estructuras dominantes; hay otros tipos de relaciones que intervienen en la configuración del espacio, como los capitales en el sentido de Bourdieu: simbólicos, sociales y culturales, que ponen en tensión ese espacio y que, en el caso de los zapateros de los barrios Obrero y Sucre, se convierte en un lugar donde se reproduce y se resignifica la práctica de hacer zapatos.

Los barrios Obrero y Sucre: más que barrios de zapateros

Años atrás, Nancy Yenny, amiga universitaria, me compartió una crónica sobre el barrio Obrero que ganó el premio de periodismo Alfonso Bonilla Aragón en el año 2011, en la modalidad de periodismo universitario. Ella la compartió porque le causaba mucha gracia la metáfora utilizada por la persona entrevistada: “el barrio es tranquilo, pero a veces se vuelve pesado por tanto comercio; donde uno se descuide lo venden por chatarra”. Nancy, que conoció el barrio durante una invitación, advirtió lo que para el autor ya se había convertido en paisaje.

La crónica retrataba al barrio Obrero, que también corresponde espacialmente al barrio Sucre, como el lugar donde comenzó la rumba en Cali. Por sus calles se escuchaban las canciones cubanas de Celia Cruz, Benny Moré, Daniel Santos, Trío Matamoros, los tangos argentinos de Oscar La Roca y Alfredo D’Angelis, y la salsa de La Fania, Héctor Lavoe, la Sonora Ponceña y otros, que marcaron la identidad musical de Cali hasta perfilarla hoy como la ciudad salsera por excelencia, siendo un referente dentro de la industria cultural⁸. Asimismo,

8. Para ver sobre el tema: *La Salsa en Cali* (1986) de Alejandro Ulloa.

señalaba que hacia 1950, entre la carrera 14 y la calle 18, se ubicaban los sitios de las mujeres públicas o la zona de tolerancia y prostitución, así como también los grilles y sitios de rumba y moda, tales como El Avispero, La Matraca, Rayo X, Mickey Mouse, Merejo, La Terraza y Danubio. También rememoraba la pasión por el fútbol y los torneos en La Loncha⁹, donde jugaban los mejores jugadores del barrio, algunos de los cuales destacaron en el profesionalismo, como Alex Escobar, El Pibe del barrio Obrero. No obstante, la magia del barrio bohemio y apasionado por el fútbol que describían los cronistas se ha perdido, dejando paso a “un olor a laca, jóvenes vestidos de overol, manos llenas de grasa, llantas y recicladores, que es lo que predomina hoy en día en el barrio Obrero”.

Aunque en su momento no compartí la crónica porque estaba llena de imprecisiones geográficas e históricas y que dejaba por fuera actividades productivas importantes en la historia del barrio como la zapatería, la cerrajería, la ebanistería o la sastrería, y también reproducía un imaginario del barrio bohemio que consideraba era más una preocupación e iniciativa de ciertos intelectuales y universitarios que de los mismos habitantes del sector, esto no quiere decir que el barrio no tenga una tradición rumbera y predilección por la salsa los bares, discotecas o grilles, a excepción de la Matraca (que es de tango, milonga y bolero), El Chorrillo Antillano, el Museo de la Salsa y La NellyTK que tienen un reconocimiento en la ciudad, son lugares que se podrían considerar de mala muerte, donde la prostitución y el consumo de drogas cobra un interés primordial para quienes acuden a estos bares. Con la tranquilidad y la capacidad de alejarme un poco de la experiencia, volví a releerla y pude advertir algo que al principio no visibilicé: el barrio tiene otras actividades asociadas, más allá de la zapatería.

Previo al trabajo de campo, en la fase de preparación, busqué a Apolinar Ruiz y a Hansel Mera, dos jóvenes académicos de la Universidad del Valle que venían realizando una serie de estudios históricos sobre los barrios de Cali y que hacia el 2018, habían publicado su libro: *Historia del barrio Obrero de Cali. Orígenes y conformación como espacio urbano 1916-1940*. Esta obra me permitió un primer acercamiento en la tarea de conocer la conformación histórica del barrio y reconocer otros discursos que no tenía documentados.

9. La toponimia real es *Long Champ* al antiguo hipódromo conjunto hacia el oriente del barrio Obrero que al dejar de funcionar fue sitio para la práctica de fútbol para los habitantes del sector que dieron por nombre la cancha de *La Loncha*.

Como resultado de esa búsqueda, sin darme cuenta y gracias a esas agradables coincidencias del ejercicio etnográfico, terminé vinculado a las actividades para la conmemoración en el 2019 del centenario del barrio Obrero. Durante este evento se conformó una mesa cultural, en la que se invitó a habitantes del barrio para elaborar un documento escrito y animado en formato fanzine sobre la historia oral del barrio: *Memorias del barrio Obrero en su centenario 1919-2019*. En el documento se compartieron experiencias barriales sobre la influencia de la música, el fútbol y la zapatería. Junto con don Héctor Belalcázar escribimos la experiencia de la zapatería vivida en las últimas décadas en un texto, denominado «Oficio milenario en un barrio centenario».

Con don Héctor ocurrió algo bastante agradable porque previamente me lo había referido don Armando Sánchez. En varias oportunidades habíamos acordado encontrarnos, pero diversas situaciones lo habían impedido, hasta ese tiempo en que, finalmente, coincidimos como invitados en las reuniones de la mesa cultural. Allí, pudimos trabajar juntos, tanto para el documento del fanzine como para el desarrollo del trabajo de esta etnografía. Como resultado ha quedado una bonita amistad, pues don Héctor conocía a mi papá porque había publicitado en la revista *Calzacueros*.

En el acercamiento con Polo¹⁰ también conocí a José Uriel, un líder sindical universitario, quien me invitó a participar en un conversatorio para celebrar la vida y obra de Ignacio Torres Giraldo¹¹. El evento se llevó a cabo en el Museo de la Salsa, un establecimiento del barrio Obrero que guarda la memoria de esta música y busca que los visitantes conozcan este ritmo al son de las congas y con una cerveza fría en la mano.

Durante el conversatorio, se discutieron las prácticas laborales en los barrios populares de Cali, brindándome la oportunidad de compartir lo que entonces eran solo algunas vagas ideas resultantes de la etnografía realizada. Entre los participantes del evento había gente del propio barrio, tales como Armando Sánchez, quien reflexionaba y se preguntaba sobre los orígenes de la zapatería en los barrios Obrero y Sucre, señalando que hubo una oleada de ecuatorianos que

10. Polo (Apolinar Ruiz), estaba vinculado al trabajo que ha venido desarrollado la Secretaria de la Cultura de Cali para el salvamento del patrimonio inmaterial y dentro del cual se disponía a hacer unas actividades en las que se pretendía rescatar las voces de los habitantes del sector en el marco de la celebración del centenario.

11. Ignacio Torres Giraldo fue un líder político y sindicalista de izquierda que contribuyó a las luchas obreras durante toda la mitad del siglo XX, y que en su paso por los años veinte en Cali tuvo como sitio de vivienda el barrio Obrero. Una de sus obras destacadas fue *Los inconformes*, trabajo histórico sobre las luchas populares en Colombia.

trabajaron en la zapatería en los años cercanos a 1960. Más tarde, pude conversar en varias oportunidades con don Armando sobre su experiencia de vida en el barrio, aunque con los años él dejó de dedicarse a este oficio.

No alcanzaba a imaginarme que en aquel primer momento, estas conexiones me permitirían conocer a don Héctor Belalcázar y a don Armando Sánchez, quienes se convirtieron en una parte fundamental de la ruta etnográfica trazada. En el diseño inicial del trabajo de campo, solo se había contemplado realizar la etnografía dentro del espacio del taller de zapatería, aunque era evidente la necesidad de cruzar las fronteras del espacio productivo para adentrarse en el espacio barrial. No sabía cómo etnografiar los barrios, y por extensión la zapatería, sin que al mismo tiempo se sintiera la sensación de ser un extraño al estudiar un lugar que ya se conocía. Ese «estar allí y estar aquí» de Geertz (1989) se entrelaza entre lo conocido y lo desconocido. Pero fueron las experiencias de vida de estas personas las que facilitaron y enriquecieron el ejercicio etnográfico de una manera sencilla y gratificante.

Aunque, como ya se ha expuesto, la zapatería en Cali tiene una historia que se remonta al periodo colonial y que se reprodujo en los barrios populares artesanales del siglo XIX, tales como El Vallano y El Empedrado, fue solo hasta casi la mitad del siglo XX, y como resultado de las políticas de modernización e industrialización, cuando se desarrolló su expresión fabril en los barrios Sucre y Obrero. Esta evolución fue posible gracias al desarrollo particular de estos barrios, y permitió que la zapatería se convirtiera en una actividad preponderante para sus habitantes.

Es importante recordar que, dentro de la lógica moderna de la planificación, estos barrios debían suplir las necesidades de vivienda para los futuros obreros de las fábricas. Sin embargo, al estar ubicados en terrenos ejidales, ya existía una presencia de personas sin vivienda antes de la configuración de los barrios. Además, la influencia campesina del suroccidente, de las personas que frecuentaban la galería del Calvario, y de los artesanos, pulperos y otros trabajadores de San Nicolás, confluían en un colectivo que se fue conformando gradualmente con los nuevos habitantes de estos barrios.

Mientras el barrio San Nicolás se transformó en una zona industrial producto de las políticas de industrialización, el eje Calvario-Sucre-Obrero,

conectado por el tranvía con el oriente (sur del Valle y norte del Cauca), se convirtió en una zona de encuentro e intercambio popular que experimentó un desarrollo económico fuera del ámbito institucional, surgiendo así unas prácticas productivas, como la zapatería y la sastrería, que se alimentaban del excedente generado por la galería e impulsadas por el crecimiento económico de la ciudad. Esto llevó a que ambos barrios se convirtieran en epicentros de recepción para aquellos que migraban del campo a la ciudad en busca de medios de subsistencia, como fue el caso de don Marcos Belalcázar, padre de Héctor Belalcázar, quien, tras una experiencia desafortunada en las zonas cafeteras, llegó al barrio Sucre y se convirtió en zapatero a principios del siglo XX. Este también fue el caso de mis abuelos, provenientes del Tolima y Huila, quienes llegaron al barrio El Calvario y trabajaron inicialmente en su galería y posteriormente, mi padre, como parte de la segunda generación, se convirtió en zapatero.

Don Armando Sánchez recordaba que, para los años cincuenta, en los barrios Obrero y Sucre, ya había un número considerable de puestos de zapaterías que ofrecían servicios de reparación de calzado, así como numerosos almacenes que vendían zapatos, abastecidos por pequeñas unidades productivas que comenzaron a fabricar calzado para la venta al por mayor, tales como los talleres Marvel de Marco Belalcázar, Calzado Liseth de Humberto Arias y Calzado Samor de Santiago Moreno. Para mediados del siglo XX, inicialmente en el barrio Sucre, ya se había formado una primera generación de zapateros que combinaban formas de producción artesanal con técnicas fabriles. Ellos comenzaron a expandir su comercio más allá de sus límites inmediatos: “Yo acompañaba a mi papá a llevar mercancía a Palmira, Buga y Tuluá. Recuerdo que llevaba una maletica redonda de cuero en la que cargaba nuevas muestras para vender a los clientes y recibir nuevos pedidos” (Conversatorio, Héctor Belalcázar, 2019).

Estas pequeñas unidades productivas pudieron abastecerse de materiales, debido a la apertura de peleterías como el Almacén Washington de Luis Caicedo y otras tiendas que vendían insumos para el calzado. Aunque el término *peletería* también es usado para señalar la preparación de pieles para abrigos, en este contexto se utiliza para referirse a la comercialización de materiales e insumos para la fabricación de calzado y marroquinería. Es importante hacer esta distinción, ya que, aunque las peleterías están relacionadas con la fabricación de zapatos, no son zapaterías; su función es la de comercializar los materiales necesarios para la producción de calzado. Esta aclaración es pertinente porque las personas dedicadas

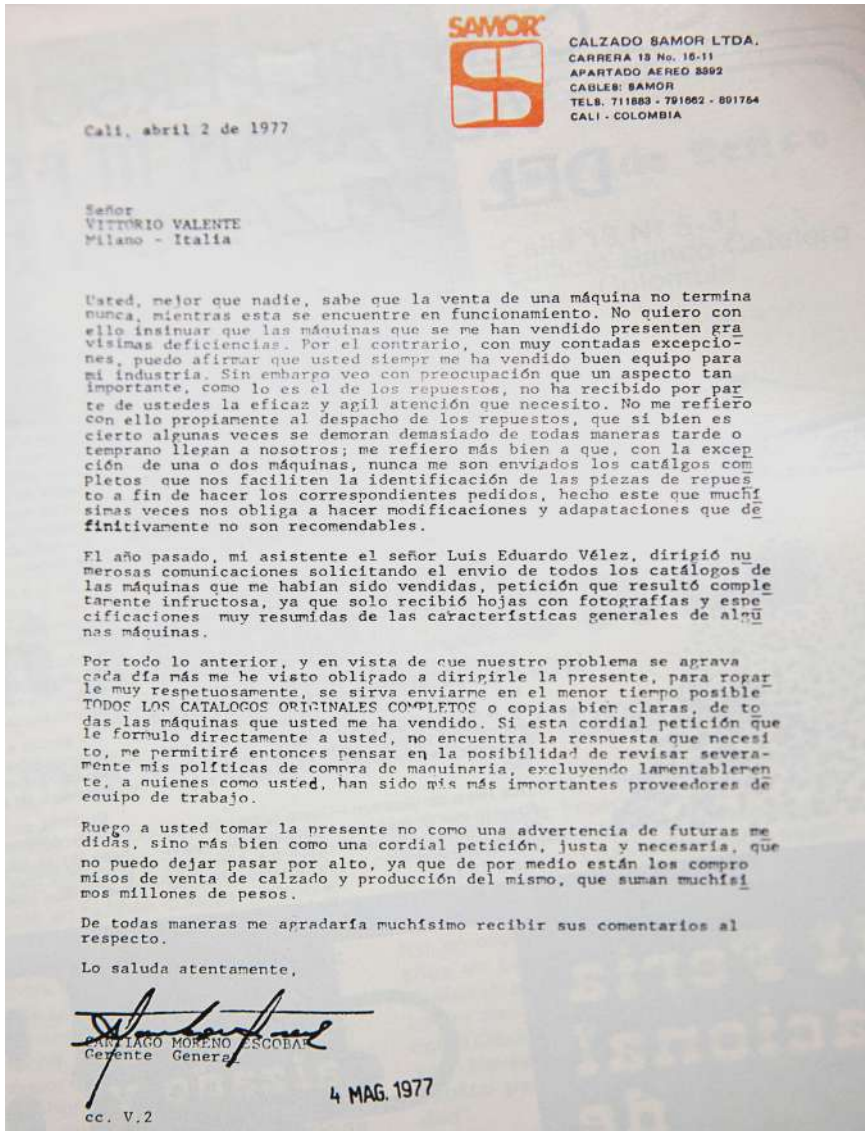
a la venta de insumos de calzado no necesariamente poseen conocimientos técnicos sobre su fabricación. Y aunque las peleterías pueden asociarse con la zapatería, no son talleres de zapatería.

A diferencia de los zapateros de antaño, los zapateros fabriles no tenían que transformar la materia prima desde su origen, ya que se introdujeron diversas tecnologías mecánicas, como la máquina para coser la suela y formar la capellada del calzado, la parte superior del zapato que cubre desde los dedos hasta la parte posterior del talón, unida a la suela por el ribete. Dependiendo del estilo del zapato, esta parte puede cortarse o moldearse como una o varias piezas cosidas entre sí. Al respecto, recuerda don Armando:

Mi papá una vez nos llevó a que le pegaran suela de llanta a los zapatos y después lo llevó a la Mackey para que cosieran toda la suela y así no despegarse. Estaba cansado de comprarnos zapatos que dañábamos de tanto jugar fútbol. (Conversatorio, Armando Sánchez, 2019)

En este contexto de mediados del siglo XX, se formaron zapateros como Santiago Moreno, quien fue uno de los más destacados en contribuir al desarrollo de la zapatería. Al ser pionero y participar en ferias internacionales donde se exhibían nuevos materiales y tecnologías, comenzó a importarlos y a innovar en el diseño del calzado. En 1977, escribió una carta que se convirtió en un hito dentro del gremio, publicada en la revista *Calzacueros* de 1984 (ver Figura 15), donde solicitaba a la empresa italiana que le suministraba la maquinaria, que le enviara los catálogos de repuestos para la respectiva reparación y mantenimiento. Aunque el taller de Santiago Moreno logró dar un salto cualitativo en la transformación productiva al incorporar tecnología, la zapatería de estos barrios se basaba fundamentalmente en lo artesanal, que se comenzaba a aprender como ayudante bajo la tutela de un maestro que le enseñaba el oficio, ya que la formación académica casi nunca funcionó en este sector.

Figura 13 Carta de Santiago Moreno



Carta de Santiago de Moreno a Vittorio Valente, pidiendo catálogo de repuestos de maquinaria.

Tomado de la Revista Calzacueros 1984.

Aunque recibió respuesta con los catálogos, esta no fue publicada en los números siguientes de la revista.

Muchas de las personas que aprendieron el oficio de la zapatería en estos barrios buscaban generar ingresos para la economía familiar, como fue el caso de mi padre. Cuando era joven, se hizo ayudante en el taller de Absalón Vega, ubicado en la esquina de su casa. Mientras estudiaba, lograba obtener ingresos adicionales, pues lo que su madre ganaba en la galería no era suficiente para subsistir. Una vez aprendido completamente el oficio, o al menos una parte del proceso —en este caso, la soladura—, emprendió un taller junto con su hermano. Mientras él se encargaba de la soladura, el hermano realizaba la guarnecida. A medida que crecían como microempresa, fueron contratando mano de obra adicional. La mayoría de los talleres de zapatería de aquella época comenzaron de esa manera, con apenas conocimiento de cómo hacer zapatos. No era necesario tener un capital significativo para iniciar su producción o fabricación, ya que los almacenes les pagaban por adelantado o al entregar el calzado, lo que les permitía poder circular para comprar materiales y pagar a sus ayudantes.

De esa manera se fue creando una cultura zapatera en estos barrios que fue atravesada por el gusto por el fútbol, la música, el acontecer social y político. Temas que se convertían en los predilectos de conversación matutina en el taller de zapatería. En cada casa se mezclaba el sonido de la radio, el del martillo y la puntada de la máquina de coser. El olor a pegante se respiraba por todas partes. Las discusiones iniciadas en el taller se prolongaban en los cafetines que en las horas de descanso durante las mañanas o las tardes, se llenaban de zapateros. Todas las conversas estaban mediadas por la música y el fútbol que eran las pasiones de los trabajadores, como narra Alejandro Ulloa (1986) en su historia de la salsa en Cali. Tanto don Armando como don Héctor coinciden, aunque en conversaciones distintas, que en aquellos tiempos los zapateros, tanto obreros como patrones, disfrutaban de su oficio.

Se volvió tradición que cada sábado —día de pago siguiendo la tradición inglesa— se trabajara solo hasta el mediodía, ya que la tarde se dedicaba al torneo de fútbol entre los talleres de los diferentes barrios, principalmente Sucre y Obrero. Los clásicos entre talleres, que se disputaban en *La Loncha* o en *La 25*, eran el tema de conversación y preparación durante la semana (ver Figura 16). Los dueños de los talleres patrocinaban uniformes, inscripciones y demás. A menudo, un obrero era

contratado porque era buen jugador, aunque no necesariamente un gran zapatero. La jornada futbolera terminaba con la cerveza en la mano y comentado las jugadas como preparación para la fiesta de la noche en los grilles y discotecas de la zona de tolerancia.

Figura 14 Equipo de futbol de zapateros



Equipo de futbol del taller Acosta Sport. Tomado de archivo fotográfico familiar.

Don Armando recordaba que, mientras él ponía la música en los bares y grilles que eran propiedad de su padre, ubicados en la zona de tolerancia del barrio Sucre, podía observar cómo muchos zapateros pasaban del taller al grill. La fiesta se prolongaba todo el fin de semana y, el lunes, la jornada laboral o no se trabajaba, o se trabajaba a media marcha, como un día de relajación y para recuperarse de la resaca. El “lunes del zapatero” o “San Lunes” era una práctica habitual de los zapateros caleños, una tradición que hoy en día se ha perdido. Cabe recordar que el “San Lunes” era un día emblemático que tiene sus orígenes con los trabajadores

ingleses, quienes se emborrachaban el domingo, por lo que era casi obligatorio un descanso al día siguiente para recuperarse de la resaca.

Cada vez que me encontraba con don Armando o don Héctor, hacía un recorrido por los barrios para reconocer el contexto —aunque toda la vida haya recorrido esas calles por haber vivido en estos barrios—, intentando evocar las anécdotas de mi padre y de los otros zapateros. Aunque era el paisaje de siempre, lo que encontré fue aquel paisaje, pero visto de diferente forma. A excepción de la carrera novena, la calle de las peleterías existe, la realidad se ha transformado. Los bares y grilles famosos, los almacenes de calzado por la carrera 10, los zapateros en las panaderías y cafeterías durante las mañanas y las tardes, la peregrinación de los equipos de fútbol los sábados... Todo eso ha quedado en el pasado.

La configuración de los barrios ha cambiado, enfocándose hoy, en otras actividades que se han sectorizado. Para ilustrarlo, sobre el cordón sur, que delimita los barrios a lo largo de la carrera 15, los andenes están oscurecidos por el aceite acumulado de los carros y las motos que allí se reparan. Los trabajadores no tienen pegamento, sino overoles ennegrecidos. Las puertas se abren y cierran con un ruido característico, dando vida a la actividad mecánica. Los almacenes de autopartes contrastan con los talleres mecánicos, pues son atendidos por personas con uniformes impecables que complementan la actividad automotriz al intercambiar anillos, pistones, tornillos y otras piezas mecánicas. En el lado oeste, a lo largo de las calles 15, 16 y 17, el paisaje se compone de escritorios, sillas, sanitarios, tuberías de PVC, sacos de cemento, baldosas, y herramientas, tanto nuevas como de segunda mano que se apoderan de las aceras. Se exhiben sobre los andenes, esperando nuevos dueños, en un intercambio que recuerda a un mercado persa, en el que se negocian y se regatean precios, en un entorno distinto al mundo organizado y ordenado de un centro comercial.

Por sus calles, hombres y mujeres llevan, sobre sus hombros o en costales, carretas, carros y camiones, cargas de papel, cartón, vidrio, chatarra, aluminio, cobre y muchos otros materiales para reciclarse y reutilizarse y que son acopiados en bodegas y casas de vivienda acondicionadas para ello. En estos depósitos de reciclaje, después de pesar los materiales en básculas, se paga a quienes los han recolectado. Como estas bodegas y casas están ubicadas en *la olla*, el expendio y consumo de drogas es omnipresente; muchos recicladores gastan lo que han ganado, en drogas que consumen en las calles, evocando una imagen similar a la que Bourgois (2010) describe en su etnografía sobre los habitantes de Harlem,

inyectándose y fumando bazuco (crac), creando un espacio bastante desalentador. Aunque es difícil establecer la fecha exacta en que comenzó el consumo y expendio de drogas en el barrio Sucre, podría coincidir con el momento en que don Héctor se fue del barrio al final de los años 1980, ya que, según él, el ambiente se estaba volviendo pesado. Esto concuerda con otros relatos, como el de mi padre quien decía: “era un barrio sano. No faltaba quien consumiera droga en los inicios de la época marimbera hacia 1970, pero lo hacía a escondidas. Lo único que había para hacer era jugar fútbol, ir al cine, al estadio, a los grilles y trabajar”.

La carrera 10, que anteriormente, y según los relatos, estuvo dominada por los almacenes de calzado, hoy es una avenida frenética, un baipás entre la entrada al centro y la salida hacia el oriente, donde se forman trancones de carros particulares, buses de transporte público y motos. Al ser un lugar con tantos puestos de trabajo y una zona comercial variada, además de las muchas personas que van y vienen, se pueden ver floristerías, talleres de metalmecánica, almacenes de pinturas, compraventas, tiendas, restaurantes, panaderías, estancos, bares, ferreterías y venta de químicos.

Este movimiento frenético del día se apacigua cuando cae la noche, pues las personas que trabajan en esos lugares no viven en el barrio. Se está perdiendo su vocación residencial y están quedando despoblados. Esto concuerda con el escaso número de estudiantes al inicio o finalización de la jornada escolar. En el barrio Obrero está la Institución Educativa República de Argentina, que ofrece bachillerato de sexto a once y formación técnica, y la Institución Educativa Policarpa Salavarrieta, que enseña de primero a quinto de primaria. En el barrio Sucre, por su parte, está la Institución Educativa Sebastián de Belalcázar, que ofrece grados de primaria, y la Institución Educativa José María Córdoba que ofrece la primaria y la educación para la primera infancia en el Centro de Desarrollo Infantil recién construido. Sin embargo, por el poco número de estudiantes estas instituciones han tenido problemas para alcanzar los cupos mínimos, pero no las cierran por considerarse que prestan un servicio en un sector vulnerable.

Este despoblamiento se siente aún más cuando los negocios se cierran y solo quedan los pocos que viven en el sector, los habitantes de calle en *la olla* y uno que otro bar en la carrera 10, abierto hasta la hora permitida para atender a sus clientes. Del bullicio del día se pasa a la serenidad de la noche. Solo algunos gritos de alegría de niños y niñas en los juegos infantiles o la euforia de los jóvenes que juegan fútbol en el parque Jesús Obrero rompen el silencio. Solo quedan

estas escenas que conservan un poco de aquella vida barrial en el parque y sus alrededores. En las que se pueden observar personas sentadas en las puertas de sus casas, vecinos reunidos jugando parques en la calle o escuchando canciones antillanas, y la panadería de Mickey sirviendo café a los veteranos, muchos de ellos antiguos zapateros.

Figura 15 Panadería Mickey



Popular panadería del barrio Obrero en donde se reúnen, tanto habitantes del sector como viejos zapateros. Foto tomada por Apolinar Ruiz.

Los talleres de zapatería

Ya habían pasado varias semanas desde que comencé el trabajo de campo en el taller de Richard y Claudia, conocido como Calzado Holzar. Recuerdo que me seguía resultando extraño acudir a un taller de zapatería en calidad de investigador; siempre había estado allí como amigo, comprador de zapatos o como zapatero. Mi madre, Silvia Elena Barrientos, tuvo un almacén de calzado en Quibdó, Chocó, entre los años 2005 y 2014. Ella solía comprar calzado de moda a Claudia y Richard, especialmente baletas, que eran su especialidad. Por esta razón, estuve yendo donde ellos en los últimos diez años para recibir la mercancía

y enviársela a mi madre, aunque también ellos lo hacían. La relación comercial forjó una amistad. Por eso ahora cuando me acerqué nuevamente al taller desde un rol distinto, me parecía extraño. Cuando llegué por primera vez en calidad de investigador, Claudia me saludó afectuosamente, como siempre lo hacía.

- ¿Aún estás fabricando?
- No —respondí—, pero pienso volver. Así como lo añoramos todos aquellos que aprendimos el oficio, y que tenemos la esperanza de volver. Y a usted, ¿cómo le está yendo?
- Hemos logrado una clientela que nos garantiza la producción de todo el año, pero igual no es lo mismo. Está difícil.

Figura 16. Fachada de casa del barrio Obrero



Las casas tradicionales de estos barrios comparten esta estructura de fachada en la que tiene un ventanal grande. Foto tomada por Apolinar Ruiz.

Al no ver a Richard, pregunté por él y Claudia me explicó que había salido a comprar algunos materiales en *La Novena*. Los zapateros se refieren así al área comprendida entre las carreras 8 y 10 y las calles 15 y 19 del barrio Sucre, donde comenzó y aún persiste la venta de cueros, pegantes, suelas y otros insumos para zapatería. También un lugar de encuentro para conversar y compartir vivencias alrededor del calzado.

El taller de Calzado Holzar está ubicado en una típica casa de los barrios Obrero y Sucre, con un pasillo de tres o cuatro metros que conduce a un salón que, en una casa convencional, sería la sala. Este espacio cuenta con un amplio tragaluz, similar a los solares de las casas coloniales, y en él había dos motos estacionadas, una máquina para pintar tacones y varias cajas con zapatos empacados, que seguramente serían despachados pronto. Las habitaciones del frente estaban dispuestas como una típica vivienda: camas, sofás, armarios, televisores y otros enseres. No me sorprendió, ya que es común que en los talleres de zapatería vivan personas, pero no eran ocupadas por Claudia ni a su familia. Más tarde, comentó que las tenían alquiladas a una pareja que vivía allí con sus dos hijas pequeñas.

Muchas casas conservan su arquitectura y disposiciones originales desde 1919, con techos altos para mitigar el calor, y dimensiones que varían entre veinte y treinta metros de fondo por siete u ocho metros de ancho. Las casas suelen contar con habitaciones principales de casi veinte metros cuadrados, ventanales hacia la calle, habitaciones de doce metros, una amplia sala de dimensiones similares, un comedor, una cocina, un patio y un baño. No obstante, en las últimas décadas, estos barrios han experimentado cambios significativos a nivel arquitectónico. Muchas casas se han demolido para construir bodegas dedicadas a actividades económicas de vocación comercial, automotriz o industrial o se han remodelado, pasando del bareque al ladrillo, añadiendo pisos nuevos o derrumbándolas para levantar nuevas edificaciones. Esto refleja una combinación en el uso del suelo, que antes era exclusivo para vivienda.

En la habitación contigua a la de los inquilinos, había una mesa cubierta de zapatos. Marcela, la novia de Ricardo —el hijo de Claudia y Richard quien también trabaja en el taller— es la encargada de limpiarlos y colocarlos en estanterías llenas de otros zapatos ya empacados, además de organizar los materiales necesarios para la labor. No la saludé para no incomodarla, ya que estaba de espaldas y parecía concentrada en su trabajo. La última de las cuatro habitaciones de la casa había

sido convertida en una especie de oficina, con un escritorio y un computador, con estanterías llenas de materiales, con zapatos por el suelo, y un exhibidor repleto de zapatos que cubría toda una pared, permitiendo a los clientes observar los diferentes estilos que se fabricaban allí.

Figura 17 Casa taller



Pasillo de típica casa de los barrios Obrero y Sucre, convertido en unidad productiva para producir calzado, y que se usa para vivienda. Foto tomada por Nelson Hernández.

En lo que sería el comedor, había una sección de trabajo con cuatro máquinas de guarnecer, cada una operada por una persona con su respectivo ayudante: dos hombres y dos mujeres. Vale mencionar que el guarnecedor es quien forma el corte del calzado uniendo o cosiendo las piezas del material, ya sea cuero, sintético, tela, etc. Saludé a todos y reconocí a un viejo amigo, don Víctor, quien

anteriormente había trabajado en el taller de mi familia. En una conversación rápida le pregunté por su vida, por su familia y si todavía vivía en el Jarillón, un asentamiento suburbano de la ciudad. Me respondió: “Todo bien, Óscar, lo mismo, allá en la piecita, con mi negra”. Luego, preguntó por la vida, la familia, y si aún trabajaba en zapatería. Le respondí lo mismo que a Claudia. Finalmente, sin ninguna pregunta previa, dijo: “Trabajé muy bien con ustedes; fueron buenos patrones; estaba a gusto, pero tocó buscar otro taller y estuve hasta donde más pude, viejo Oscar”. Don Víctor, un señor de 75 años, todavía pisa el pedal de la máquina para coser los cortes de calzado. Según contó en alguna ocasión, comenzó a trabajar en zapatería desde que tenía 20 años, y a lo largo de su vida ha alternado entre otras operaciones, como la cortada. En algún momento, abrió un taller junto con su hermano, pero no les dio los resultados esperados, y prefirió seguir como obrero.

Este tipo de situaciones, en las que los obreros se sienten cómodos en su lugar de trabajo, son comunes. Por ejemplo, Héctor, un solador que trabajó con mi papá durante una temporada de fin de año —época cuando la producción aumenta—, solo trabajaba después de las seis de la tarde porque durante el día se ocupaba en el taller de Nemesio, con quien llevaba muchos años. Aunque en los últimos años el trabajo había disminuido y ganaba poco, en varias ocasiones mi papá le ofreció trabajar todo el día, pero Héctor siempre prefería quedarse con Nemesio en señal de agradecimiento; aunque ganaba poco, Nemesio le garantizaba trabajo durante todo el año. Además, dejarlo en plena temporada lo perjudicaría. En el gremio, este tipo de solidaridades y reciprocidades son más comunes de lo que uno piensa, especialmente en un mundo tan agreste y proclive al beneficio individual. Esta manera de ser se manifiesta también en el jefe o el dueño del taller (patrón), como es el caso de Robert Lasso, dueño del taller Calzado Boslan, quien en las temporadas de baja producción sustentaba a sus trabajadores mediante préstamos, que les descontaba poco a poco cuando comenzaban a trabajar en los meses más productivos.

Al lado del comedor, se encontraba la cocina, equipada con ollas, platos y demás enseres utilizados por todos. Allí cerca, en un espacio amplio, había una estación para emplantillar, que es el último proceso de fabricación, llamado también finizaje o terminado, en el que se limpian los excesos de pegamento u

otros materiales antes de empacar y despachar el calzado. Usualmente, son las mujeres quienes realizan este proceso.

Una casa de esta zona llegaría, normalmente, hasta la cocina, pero esta casa en particular era más grande y tenía una puerta que parecía conducir a otra casa. Crucé la puerta y encontré un salón de unos 50 metros cuadrados, sin divisiones internas, que podría describirse como una bodega. A la derecha había una máquina terminadora, un equipo que hoy se utiliza poco y solo para cierto tipo de zapatos de baja demanda. Esta máquina se emplea para pulir el cuero, dándole brillo y un acabado superior, permitiendo pasar el zapato por varios rodillos con fundas duras, suaves, y lijas de diferentes grosores. Al lado de la máquina, había un organizador de hormas, esenciales para dar forma y estructura al zapato. Se utilizan diferentes hormas dependiendo del tipo de calzado que se esté fabricando, variando en anchura y altura, según sea para hombre o mujer.

En el rincón izquierdo, cerca de la entrada, había un baño (el único en toda la casa) equipado con sanitario, lavamanos y ducha, destinado al uso de todos: trabajadores, patrones e inquilinos. Junto al baño, una escalera que llevaba a un mezanine que se extendía hasta el fondo del espacio, utilizado como despensa para materiales, máquinas sin uso y otros objetos. Debajo del mezanine, había tres estanterías que ocupaban la mitad del espacio; dos estaban contra las paredes laterales y una en el centro. Estas estanterías tenían varios usos: servían para colocar los zapatos terminados por los soladores, que luego serían emplantillados o para organizar materiales que se iban a utilizar. Más adelante, había un área de trabajo para los cortadores y los soladores. En el centro del espacio había cuatro mesas de cortar, dispuestas en parejas, una frente a la otra, formando dos filas. Contra la pared izquierda, cinco burros de zapatería estaban dispuestos en forma de L, mientras que una mesa al lado derecho se utilizaba para realizar varios oficios. El *burro* es la estación de trabajo del solador, hecha de madera o metal.

Saludé a todos: cinco soladores, dos cortadores y una mujer encargada de emplantillar. Ricardo, uno de los cortadores, es un joven que está cursando su carrera de Derecho en la jornada nocturna, para poder trabajar durante el día en la zapatería de sus padres, Richard y Claudia. Además de ayudarlos en diversas tareas de producción, utiliza el taller para desarrollar su propia línea de calzado infantil, que vende al por mayor. Para entenderlo mejor, en el taller de Claudia y Richard, donde se fabrican diversas líneas de calzado, existe otro taller dentro del mismo espacio: el de Ricardo, que produce un tipo distinto de calzado. Esto puede parecer

extraño, pero es común. En muchos lugares de trabajo, ya sean casas, bodegas o locales, se encuentran dos o incluso tres talleres que comparten maquinaria, materiales y trabajadores. En el caso particular de Ricardo y sus padres, me sorprendió que dividieran los talleres en lugar de hacer a Ricardo socio del taller principal. Esta situación me hizo reflexionar, ya que es una práctica común que los hijos, en lugar de integrarse completamente en el taller de sus padres, opten por abrir el suyo propio. Es una forma de cada uno establecer su propio camino, un ejercicio de supervivencia y sostenibilidad en el oficio.

Mientras observaba la disposición de todos, Ricardo, estaba cortando una *tarea* de baletas. Una *tarea* es simplemente la cantidad de unidades (pares de zapatos) que se producen en cada ciclo de producción. Las tareas pueden constar de seis (6), doce (12), o hasta veinte (20) pares de zapatos. Esta cantidad depende del número de hormas disponibles para el proceso de soladura y del pedido del cliente. El otro cortador era don Edgar, el padre de Claudia y suegro de Richard, un zapatero veterano que tuvo un gran taller de zapatería entre 1980 y 2000. Actualmente, se encuentra retirado, como él mismo dice, aunque aún ayuda en el taller para mantenerse ocupado.

En la mesa estaba Marcela, quien parecía haber terminado de emplantillar un calzado para niña. En los burros de zapatería estaban los soladores, todos hombres, la mayoría con edades que oscilaban entre los cuarenta y sesenta años, salvo un joven que tendría algo más de veinte. Sería interesante explorar el tema del traspaso de saberes, ya que, en conversaciones con algunos de los señores, se concluye que ya no se encuentran muchos zapateros experimentados. Los que hay son considerados *peperos*, término que utilizan para referirse a zapateros que no son finos ni delicados en su trabajo, o que son demasiado novatos en el arte. Esta observación se dirige, casi siempre, a los más jóvenes, quienes solo dominan trabajos más sencillos, como la elaboración de sandalias.

La mayoría de los talleres de zapatería operan en casas destinadas originalmente al uso habitacional. Funcionan como casa-talleres, donde el uso de la vivienda se adapta para el desarrollo de unidades productivas, mientras se conserva la vida familiar. A menudo, esta combinación se extiende más allá del núcleo familiar. Como menciona Sennett (2009), el taller posee una dimensión social, siendo un espacio de:

“cohesión social mediante rituales de trabajo, sea el de compartir una taza de té, sea el del desfile de la ciudad; mediante la tutoría, sea la formal paternidad subrogada del medievo, sea el asesoramiento informal en el lugar de trabajo; o mediante el hecho de compartir cara a cara la información.” (p. 96)

Por esta razón, no es sorprendente que las personas que trabajan en el taller también vivan en la misma casa. Esta situación hizo que la actividad productiva fuera familiar, integrándose a la vida cotidiana del barrio que, si una persona recorriera el barrio por primera vez sin conocer su historia, probablemente no se percataría de la existencia de centenares de talleres de zapatería.

Esta situación no la advertí de inmediato; solo fue cuando Polo Ruiz me pidió hacer un recorrido por algunos talleres de zapatería para tomar fotografías que necesitaba para la conmemoración del centenario del barrio. Este recorrido me hizo notar que, si no se tiene conocimiento de la tradición productiva del barrio, esta puede pasar desapercibida. Más allá de la zona de las peleterías y algunos almacenes, el sector no indica la presencia de unidades productivas de zapatos, ya que, como señala Castro (2016), desde la época colonial, estas se desarrollan dentro del espacio de la vivienda.

En las casas de los barrios Obrero y Sucre, hay centenares de talleres de zapatería. A diferencia de los talleres de mecánica o de los centros de reciclaje, los de zapatería no son visibles porque la actividad se realiza de puertas para adentro. Dichos talleres son como el de Claudia y Richard, es decir, son espacios en los que se aprovechan las habitaciones, los corredores, las salas, los comedores y las cocinas para instalar las estaciones de trabajo: corte, guarnecido, soladura y emplantillaje/finizaje. En estos talleres, viven y conviven personas, ya sea como dueños de la propiedad o como inquilinos, creando una dinámica donde, con frecuencia, los padres son los propietarios del taller, y los hijos les ayudan y aprenden el oficio —como es el caso de Ricardo o el mío cuando asistía a mi papá—. Además, los abuelos, tías, yernos y otros parientes cercanos ven en el negocio familiar una oportunidad de empleo. Por todas estas relaciones y motivaciones, el taller, como lo describiría Sennett, es «el hogar del artesano» (2009, p. 72).

Figura 18 Cuarto de bodega



Habitación adaptada como bodega de materiales y mercancía.

Foto tomada por Apolinar Ruiz.

Vida laboral, el *parche* y el imaginario

La vida en los talleres es relativamente monótona. La jornada laboral empieza alrededor de las ocho de la mañana y suele extenderse hasta las seis de la tarde. Sin embargo, no hay horarios estrictamente definidos; a veces, se puede comenzar o terminar más temprano, dependiendo de la demanda de trabajo. La relación laboral no está marcada por las estrictas exigencias de la disciplina fabril, sino que respeta la autonomía del obrero. Cada trabajador sabe que su salario depende de la cantidad de unidades que pueda producir, lo cual fomenta una concentración dedicada en la tarea asignada, sin perder el ambiente artesanal que permite trabajar con música de fondo y participar en tertulias en la que todos tienen algo que aportar.

En este contexto, las formas de conseguir trabajo y de contratación no siguen las normas convencionales, como puede ser el presentar una hoja de vida que será evaluada por un departamento de Talento Humano. Generalmente, un obrero llega a un taller por recomendación de otro zapatero, o porque vio un anuncio o un letrero en las peleterías de La Novena con la información del taller y el tipo de operación que se necesita (ver Figura 21). Al llegar al taller, el zapatero —sea recomendado o no— es evaluado en su habilidad para manejar la

operación, demostrando su destreza con la fabricación de una muestra de zapato. Si la muestra es del agrado del patrón, este lo contrata, con el entendimiento mutuo de que la forma de contratación —si es que se puede usar ese término— es por trabajo realizado, y el pago es *a destajo*.

El pago *a destajo* se refiere a la práctica de remunerar a los trabajadores por cada unidad (par de zapatos) producida, en lugar de remunerarlos por el tiempo que emplean en desempeñar su trabajo. El precio por unidad producida varía según el tipo de calzado; por ejemplo, las sandalias y las baletas se pagan a una tarifa, mientras que las zapatillas o plataformas tienen otra; también influyen los materiales utilizados, sean estos, cuero natural o sintético. Así, el salario, que se paga semanalmente, es el resultado de la cantidad de unidades producidas. En algunos talleres, se acuerda una liquidación al final del año del 10% de lo trabajado, mientras que en otros se *paga derecho*, lo que significa que se añade un 10% al precio por unidad producida y no se realiza una liquidación a fin de año.

Figura 19 Peletería



Peletería en donde venden materiales para la zapatería.
Foto tomada por Nelson Hernández.

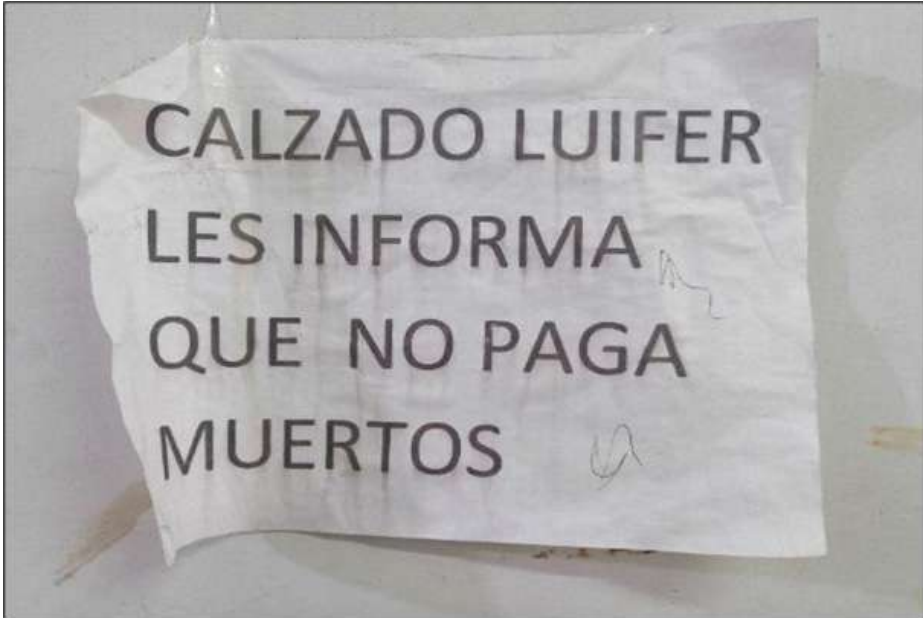
Por lo general, no hay una alta rotación de trabajadores. Los talleres suelen mantener un personal fijo para cada operación de trabajo, incrementando el personal solo en las temporadas de mayor demanda, y volviendo a reducirlo a la base cuando esta disminuye. En los últimos años, se ha vuelto común detener la producción en épocas de baja demanda, para reabrir durante fechas especiales como el Día de la Madre o el Día del Padre. Aunque el trabajo suele ser constante, los salarios pueden ser bajos.

Los ingresos de un zapatero varían según dos factores: primero, su capacidad individual para producir más o menos unidades, ya que hay zapateros más habilidosos que otros; segundo, las temporadas de mayor producción, como el fin de año o fechas especiales, cuando los ingresos pueden duplicarse debido a jornadas laborales más largas e incluso la contratación de ayudantes, quienes pueden ser pagados por el obrero o el patrón. En contraste, en las temporadas de menor producción, los ingresos suelen estar cerca o por debajo del salario mínimo, ya que no se alcanzan los niveles de producción necesarios.

La temporada de diciembre, que se prepara desde octubre o noviembre, es la mejor del año. Durante este tiempo, la producción se incrementa y el trabajo se extiende hasta altas horas de la noche. En una ocasión, le pregunté a Claudia si tenían pensado trasnochar, y respondió: “No vale la pena; lo que se produce de más se va en las cenas de los trabajadores”. Antes, en la temporada decembrina, los talleres pedían a sus trabajadores que se quedaran hasta tarde, y muchos optaban por quedarse para no tener que desplazarse a sus casas y empezar temprano al día siguiente. Los patrones, a cambio, aseguraban la cena para quienes decidían quedarse a trabajar hasta tarde. Actualmente, incluso en la temporada decembrina, la mayoría de los obreros terminan su jornada alrededor de las seis de la tarde.

En la mitad de la semana, los miércoles, es común que los obreros se acerquen a los patrones para pedir un adelanto o préstamo de su pago del sábado. Esta práctica, conocida como *parche*, solía ser una tradición entre los zapateros más antiguos. Hoy en día, los obreros la utilizan menos, pues los patrones manejan menos circulación de capital, y prestar dinero compromete la capacidad de comprar los materiales necesarios. No obstante, en el pasado, era una práctica obligada, y todos los obreros pedían *parche* los miércoles. Walter, un solador que trabajaba con mi padre, siempre exigía el *parche* los miércoles porque trabajaba fiado, y necesitaba un adelanto a mitad de semana.

Figura 20 Letrero de Calzado Luifer



Letrero en el que se advierte a los obreros que no se pagan muertos.

Otra de las prácticas tradicionales en los talleres de zapatería era el pago de *muertos* e *imaginarios*. Los *muertos* hace referencia a una tarea que se comenzó, pero no se terminó el sábado, y el obrero espera que se le pague por el trabajo ya iniciado, comprometiéndose a terminarla al iniciar la siguiente semana. Los *imaginarios* son tareas que aún no se han comenzado y el obrero solicita un adelanto del pago futuro. Le pregunté a Richard si él pagaba *muertos* o *imaginarios* y respondió con firmeza: “Ni muertos, ni mucho menos imaginarios; aquí se paga solo por obra terminada”. Anuar Pérez, más conocido como Chupo, contaba que solía pedir el pago de *imaginarios* cuando planeaba salir de fiesta. A menudo llegaba a deber hasta una semana completa de trabajo, pero como él mismo decía: “eran otros tiempos, y los patrones tenían plata”.

Por estas prácticas laborales, muchos obreros de la zapatería prefieren trabajar en talleres y no en fábricas, ya que no se adaptan a sus disciplinas estrictas de horarios de entradas y salidas, ni les gusta recibir el pago mensual, aunque

las fábricas ofrezcan beneficios como seguridad social. Como decía Ricardo, el zapatero —que conserva estas tradiciones artesanales— siempre está *angustiado*, lo que significa que se mantiene en una actitud constante de trabajo. Frecuentemente, pide que le entreguen rápidamente la tarea para poder completarla y comenzar otra, consciente de que su salario depende del número de unidades producidas, no del tiempo que pasa sentado. Esta *angustia* puede deberse a deudas, haber gastado dinero el fin de semana, o simplemente, como decía Walter: “Yo vengo a trabajar, no a verle la cara a los demás”. Esta actitud se convierte en motivo de bromas entre los compañeros, quienes lo tachan de estar siempre *angustiado*.

La familia como reproductor del espacio

A diferencia de otras labores productivas y comerciales que se realizan en la actualidad en los barrios Obrero y Sucre y que son visibles para el público —como se describió en la primera parte de este capítulo—, la zapatería se realiza de puertas para adentro. Esto ha permitido que otras actividades más recientes comenzaran a ganar protagonismo en la configuración del espacio, mientras que la presencia de talleres y zapateros en los barrios se reducía. Esto no significa que el oficio de zapatero haya desaparecido; en el siglo XXI, su actividad se ha reconfigurado con relación al entorno físico. La zapatería se ha expandido a otros barrios, lo que ha provocado que la actividad ya no se concentre en un solo lugar, aunque su concentración todavía es alta. La mayoría de los zapateros ya no viven exclusivamente en estos barrios, y esto ha provocado que las actividades extralaborales del pasado —como jugar fútbol o charlar en los cafetines— hayan dejado de realizarse con la misma frecuencia.

A pesar de estos cambios en el entorno físico, la práctica productiva de la zapatería continúa en dichos barrios, conservando una tradición basada en las relaciones familiares y de parentesco. Tal estructura sigue configurándose según las relaciones establecidas con la tradición; así, aunque han pasado más de cuatro siglos desde que se establecieron los primeros zapateros en el Nuevo Mundo, la casa y la familia siguen siendo el núcleo donde se reproduce esta práctica. Sigue siendo común ver cómo el padre o la madre enseñan a sus hijos el oficio de zapatero, no de manera aislada, sino conectada y reproducida en el entorno del taller-casa, donde también participan otros familiares: hermanos, primos, tíos, ahijados y demás.

Esto es posible gracias a la persistencia de una práctica que reproduce el espacio social y productivo de la zapatería. En los barrios Obrero y Sucre —y

también en otras localidades— se mantienen una serie de prácticas simbólicas y materiales (capital) ya descritas a lo largo del capítulo. En esta unidad productiva, llamada taller, no solo se fabrican zapatos de manera artesanal y fabril, sino que también se reproduce el sentir de ser zapatero.

El arte de hacer zapatos

El taller de zapatería es, esencialmente, el espacio donde se fabrican los zapatos, aunque su estructura y funcionamiento han cambiado a lo largo de los siglos. La zapatería contemporánea se basa en la actividad artesanal característica del siglo XIX, su organización productiva ha adoptado un modelo fabril, con unidades de producción claramente definidas por operaciones específicas.

Operaciones de Producción: maestría y técnica en el taller artesano

Un taller de zapatería es una unidad productiva que, según Narotzky (2004), representa “el espacio donde se organiza una relación de producción, resultando en un producto (output) deseado” (p. 56). Esta relación productiva se lleva a cabo principalmente en casas de uso habitacional, involucrando a miembros de la familia, y, dependiendo de la capacidad técnica y económica del taller, que eventualmente puede contratar mano de obra adicional. Esta estructura permite clasificar los talleres en pequeños, medianos y grandes, excluyendo la categoría de fábricas, que en los barrios Obrero y Sucre no existen. Esta tipología es común en el gremio zapatero, no solo en Colombia (Bogotá, Medellín, Barranquilla, Bucaramanga, Cúcuta) sino también en otras ciudades de América Latina, como León, Guanajuato, en México. Calleja (1985) describe esta diferenciación de la siguiente manera:

Para diferenciar a los distintos tipos de unidades productivas, se utilizan los términos de fábrica, taller, pica y talleres de maquila. Esta clasificación, además de hacer referencia a criterios cuantitativos (volumen de producción, número de trabajadores, tipo de maquinaria, local de trabajo), enfatiza criterios de tipo cualitativo, como son la situación legal de las empresas y las relaciones sociales que se establecen dentro de ellos (p. 63).

En términos generales, un taller grande o mediano puede considerarse una microempresa o una empresa pequeña. Los talleres grandes están organizados, con un grado de mecanización, y suelen estar legalmente constituidos. Los talleres medianos son unidades productivas más pequeñas, que pueden o no estar registradas legalmente. Los talleres pequeños generalmente operan en un entorno familiar, aunque, según la temporada, pueden contratar a uno o dos obreros externos.

A diferencia de las fábricas, que emplean tecnología avanzada, los talleres se distinguen principalmente por su capacidad de producción y uso de tecnología, aunque sus operaciones de producción son comparables. Los procesos en estos talleres incluyen cinco operaciones principales: modelado, cortado, guarnecida, soladura, y emplantillada. Como señalan Sánchez, Nieto y Urteaga (1980), desde los años treinta del siglo XX, tanto en Cali como en México y otros países latinoamericanos, el trabajo zapatero se dividió y especializó debido a la modernización de los procesos técnicos y administrativos. El artesano/zapatero tradicional, que solía realizar todo el proceso de producción por sí mismo, fue reemplazado por zapateros especializados en cada etapa del proceso productivo, creando nuevos roles dentro de la zapatería: modelista, cortador, guarnecedor, solador, y emplantillador. En este contexto, los ayudantes no se consideran como una operación en sí misma, ya que su función es complementaria al proceso principal. Generalmente, el aprendizaje comienza como ayudante, permitiendo que cada trabajador especializado tenga un aprendiz a su cargo.

La racionalización del proceso de producción en los talleres de zapatería llevó a una mayor especialización y al desarrollo tecnológico, cambiando el enfoque de un taller meramente artesanal a un modelo más fabril. Este cambio mantuvo muchas de las manifestaciones materiales y simbólicas del mundo artesanal, especialmente en la configuración de la casa-taller. El proceso de fabricación del zapato, en un contexto industrial, está organizado en una serie de operaciones especializadas que se interrelacionan en un flujo de producción, resultando en

la elaboración de un zapato (ver Figura 23). Estas operaciones pueden llevarse a cabo dentro del taller o ser tercerizadas, dependiendo de la capacidad técnica y los recursos disponibles. Sigaut (1994) define las operaciones como acciones específicas realizadas para transformar algo de manera material: “En primer lugar, son acciones; esto es obvio, pero hay que tenerlo en cuenta. En segundo lugar, son acciones materiales, en el sentido de que todas ellas producen un cambio material en algo. Por último, son intencionadas, y lo son en varios niveles (p. 424)”.

Figura 21 Diagrama de operaciones

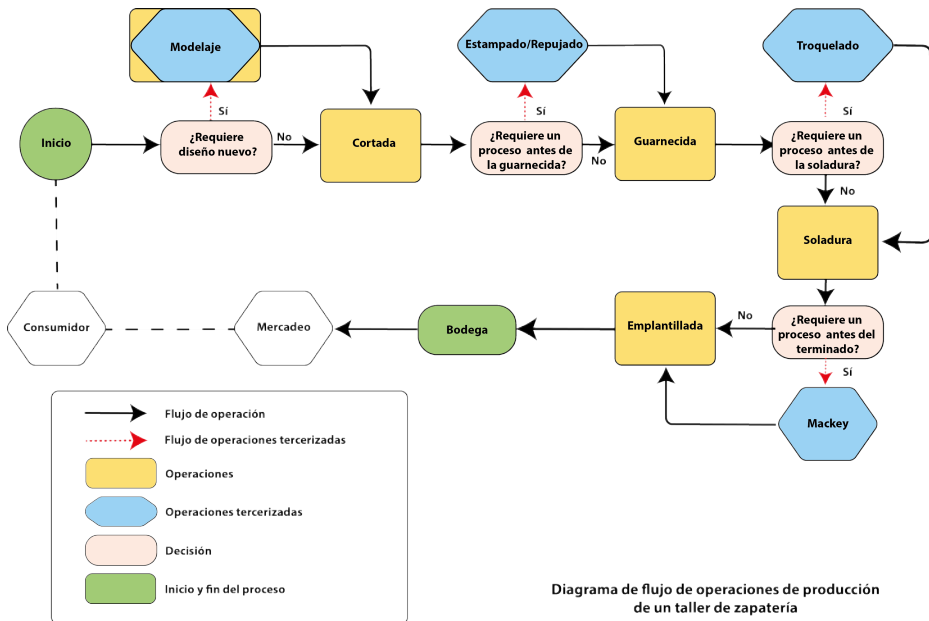


Diagrama de flujo de operaciones del proceso productivo de la zapatería, elaborada a partir de la observación de las operaciones de producción.

En el contexto fabril, esta transformación implica una cadena de procesos basados en un “know-how” artesanal que se ha especializado en operaciones específicas, aunque estas pueden ser diversas y estar interconectadas. Un zapatero que se especializa en una operación particular no necesariamente domina otras, ya que cada tarea requiere una habilidad específica que se origina en el conocimiento

artesanal. Además, en la zapatería, se habla de *gusto* para describir la capacidad de realizar una operación con un nivel superior de habilidad estética. Este *gusto* no solo se refiere a la destreza técnica, sino también al conocimiento profundo del oficio.

Sennet complementa esta idea al describir el taller como un “espacio productivo en el que las personas tratan las cuestiones de autoridad en relaciones cara a cara” (2009, p. 73). Esta autoridad se equilibra dialécticamente con una autonomía para llevar a cabo un trabajo de manera independiente. Las operaciones artesano-fabriles se distinguen por conservar el “imperfecto humano”, en contraste con la estandarización total de los procesos mecanizados. Aquí, la habilidad humana interviene para crear piezas únicas, lo que permite que la zapatería conserve su naturaleza artesanal (Sennet, 2009).

Modelada

La modelada es la primera operación dentro del proceso de producción de la zapatería, tal como se muestra en el diagrama de flujo. Esta etapa está precedida por el diseño, aunque en los talleres de zapatería de los barrios Obrero y Sucre, el diseño no suele considerarse de manera formal, ya que generalmente se basa en estilos tomados de la moda internacional. Don Héctor Belalcázar comentaba que, en los años setenta, Santiago Moreno solía traer zapatos comprados en ferias internacionales, los cuales luego desarmaba para copiar tanto el diseño como su método de fabricación. De manera similar, el hermano de Armando Sánchez esperaba que un familiar le trajera revistas de moda de Estados Unidos o visitaba los almacenes que vendían zapatos importados, como los de la avenida Sexta, para replicar los diseños y llevarlos al proceso de producción. Esta avenida fue relevante durante los años ochenta y noventa por la presencia de tiendas de marcas internacionales. Mi padre, o a veces don Carlos, un modelista, iba a estos almacenes para observar (y copiar) los diseños de zapatos en exhibición. Llevaba papel y lápiz para hacer bocetos y los dueños de los almacenes, conscientes de esta práctica, solían espantarlo cuando lo veía en las vitrinas, sabiendo que estaba copiando los diseños. La moda internacional, difundida en revistas y ahora por tecnologías de la información, como teléfonos móviles e internet, sigue marcando las tendencias. La dinámica de replicación sigue inalterada.

Por esta razón, es fundamental diferenciar la fabricación del calzado de su diseño. Héctor Belalcázar, quien dirige una escuela de modelaje llamada

“Más allá del diseño”, en la que se enseña el proceso de modelaje, sostiene que en Colombia no existe una tradición de diseño propio. Por lo tanto, no se debe confundir al diseñador (creativo) con el modelista, cuya función es llevar el diseño al ámbito de la producción. El modelista, aunque tiene la capacidad de diseñar, se enfoca en trasladar el diseño a las piezas y formas necesarias para la producción (ver Figura 24). Ya sea que el zapato diseñado sea una sandalia, una baleta o una zapatilla de hombre o mujer, en las zapaterías de los barrios Obrero y Sucre, el diseño es generalmente copiado. El modelista se encarga de adaptar este diseño para su producción, considerando las medidas anatómicas del pie. Así, el modelaje es la primera operación que determina cómo se llevarán a cabo las operaciones subsecuentes: corte, guarnecida y soladura. Autores como Sanz y Velasco (2014) argumentan que tomar diseños de revistas, o en este caso de redes sociales, es un obstáculo para la innovación en el campo del diseño, lo que limita la competitividad de la industria, ya que se produce a base de réplicas.

Figura 22 Modelaje



Estilo de calzado, modelado para producción.

Foto tomada por Apolinar Ruiz.

El proceso de modelaje de un zapato se desarrolla en dos etapas principales: la primera, implica decidir qué tipo de zapato fabricar, y esto puede estar influenciado por la capacidad instalada del taller, tanto en términos de maquinaria como de personal (obreros). Tal capacidad determina que no todos los zapatos se hagan de la misma manera; la segunda etapa, se refiere a las tendencias dictadas por la moda, que requieren un seguimiento continuo, especialmente a través de redes sociales como Instagram. De esta manera, el artesano se encuentra inmerso en ámbitos que van más allá de la mera producción, conectando con el dominio del consumo, lo que le otorga un aspecto relacional e integrador, como señala Baudrillard (2000):

Esto es lo que define básicamente al artesanado; un modo de relaciones sociales donde no solo el proceso de producción es controlado por el productor, sino donde *el proceso de conjunto permanece interno al grupo*, y donde productores y consumidores son las mismas personas, definidas ante todo por la reciprocidad de grupo. (p. 104)

Una vez definido el diseño, se procede al modelaje, que se realiza con una talla estándar de 37 para mujer y 39 para hombre (según la medida francesa y la italiana). A partir de estos modelos se escalan las demás tallas para obtener los moldes, que se laminan para que el cortador pueda utilizarlos como guía y cortar el material con facilidad.

El modelista es un tipo de trabajador que no se encuentra habitualmente en los talleres, ya que no es una operación activa dentro del proceso de producción continuo. Esto se debe a que un solo modelo puede servir para producir muchas series de zapatos. Según el Diccionario de Negocios y Gestión de Oxford editado por Law (2016), la tercerización u outsourcing se define como:

La compra de componentes, subconjuntos, productos acabados y servicios a proveedores externos en lugar de suministrarlos internamente. Una empresa puede decidir comprar en lugar de suministrar internamente porque carece de la experiencia, el capital de inversión o el espacio físico necesario para hacerlo. También es posible que la compra sea más barata o más rápida que la fabricación interna. (p. 910)

Por lo general, esta operación se terceriza, ya que tener un modelista en plantilla depende de la necesidad de cambiar frecuentemente los modelos y de hacer ajustes de diseño. Esta es la razón por la que las fábricas cuentan con una sección dedicada al diseño y modelaje, mientras que los talleres con niveles de producción más bajos no lo hacen. Esto también explica por qué en La Novena hay una calle donde los talleres llevan sus diseños de zapatos para modelarlos. Estos modelistas son trabajadores formados en el modelaje de calzado que, al no poder establecerse en fábricas, abrieron locales para ofrecer este servicio.

Figura 23. Moldes



Moldes zapatería. Foto tomada por Nelson Hernández.

Actualmente, el modelaje y escalado se realiza con el apoyo de programas de computación. Anteriormente, el escalado se hacía utilizando un pantógrafo, y el modelaje —aunque aún se realiza a mano en algunos casos— consistía en

empapelar la horma y dibujar el diseño directamente sobre ella, para luego trasladarlo a un plano y despiezarlo. Todo este proceso se basa en medidas anatómicas establecidas; por ejemplo, la altura del talón o la entrada del pie a la altura del metatarso. En este mismo contexto, es importante señalar que llevar un zapato a producción implica un proceso complejo. En algunos casos, es necesario realizar pruebas previas para ajustar los moldes. Si todo está en orden, los moldes, o conjunto de piezas necesarias para formar el corte del zapato, se entregan al cortador para iniciar la tarea.

Cortada

La cortada es la segunda operación dentro del proceso de producción de zapatos. En esta fase, el material se corta en piezas específicas de acuerdo con el molde establecido. El cortador es el responsable de llevar a cabo este proceso, utilizando herramientas como una cuchilla y una piedra de afilar. El corte se realiza sobre una mesa inclinada a treinta grados, conocida como mesa de cortar, que proporciona el ángulo adecuado para apoyar el material. Otras herramientas utilizadas incluyen el punzón, la mina plata, el lapicero y el lápiz de color, que se emplean para marcar los trazos por donde pasará la costura que unirá las piezas y formará el corte.

Un corte se compone de varias piezas: una capellada (parte delantera del zapato), dos laterales (interno y externo), un trasero (parte del talón), y, finalmente, el forro (parte interna del corte). Las partes del forro pueden seguir la misma configuración de las piezas del corte superior, aunque también pueden venir en una sola pieza (ver Figura 26). Los materiales utilizados para el corte superior del zapato deben ser firmes, como el cuero, para soportar los golpes y el desgaste del uso diario, mientras que el forro debe ser suave para proteger y proporcionar confort al pie.

La troqueladora es una máquina hidráulica utilizada en la zapatería que reemplaza al cortador manual. Esta máquina puede cortar el material usando troqueles que forman las piezas. Debido a su alto costo, no todos los talleres pueden permitirse una troqueladora; sin embargo, algunos talleres medianos y grandes las poseen. Además, en La Novena se ofrece este servicio, que es utilizado por algunos talleres, especialmente para cortar plantillas. Existen también máquinas digitales con funciones similares que utilizan láser para realizar cortes programados.

Ambas máquinas las opera personal que no necesita conocimiento especializado en zapatería, por lo que su trabajo no es comparable al conocimiento del cortador tradicional.

Figura 24. Cortadora



Mujer cortando cuero en un taller de zapatería.
Foto tomada por Apolinar Ruiz.

Mientras observaba a don Edgar en su tarea de cortar, me llamó la atención cómo se quejaba de su cuchilla. A pesar de afilarla constantemente, esta no funcionaba adecuadamente. Las cuchillas de zapatería se fabrican a partir de seguetas, que después de tallarlas hasta adquirir una forma puntiaguda, son afiladas en una piedra especial. Don Edgar comentaba: “Las seguetas no están llegando de buena marca; solo llegan las chinas”. Actualmente, don Edgar colabora en el taller de su hija Claudia, aportando su experiencia en varios procesos: desde la compra de materiales y mandados hasta el modelado, guarnecido, asesoramiento y corte. En general, los dueños o patrones de talleres han sido obreros que dominan

todas las operaciones de la zapatería, requisito fundamental para ejercer control durante la producción. Como decía mi papá: “Para que los obreros no te metan los dedos a la boca”. Recuerdo muchas discusiones de mi padre con los obreros sobre cómo desarrollar un proceso; aunque en general eran expertos en una operación específica de la producción, a veces, basándose en ese conocimiento especializado, realizaban la operación de manera incorrecta. Mi papá, los corregía basado en su experiencia en todos los procesos y en su formación como diseñador de calzado en el SENA. Él era un estudioso del desarrollo de la zapatería, y siempre estaba buscando aprender y desarrollar nuevos procesos para mejorar la producción.

Figura 25. Troqueladora



Zapatero troquelando material en un taller de zapatería.
Foto tomada por Nelson Hernández.

Afilar la cuchilla para cortar el material requiere técnica; no todos los zapateros saben hacerlo bien. En general, los cortadores dominan esta habilidad, donde la cuchilla es su herramienta principal. Curiosamente, mientras don Edgar se quejaba del filo de su cuchilla, en una mesa cercana, Ricardo cortaba sin problemas a pesar de que su cuchilla no tenía el mejor filo ni la forma ideal; no

estaba en punto, sino en curva, como una cuchara, lo que a priori no facilitaba el corte. Era la fuerza aplicada por Ricardo la que le ayudaba a cortar. Cuando le pregunté a don Edgar cómo hacía Ricardo para cortar así, respondió que “él no corta, arranca”, lo que provocó la risa del joven. Los materiales más suaves, como los sintéticos, permiten este tipo de corte, en materiales más gruesos, como el cuero, una cuchilla mal afilada no cortaría bien o perdería rápidamente su filo, afectando el rendimiento de producción.

Guarnecida

En el proceso de producción, el guarnecedor es el encargado de unir las piezas cortadas por el cortador para formar el corte, antes de que este pase a la soladura, donde se le dará su forma final. Para llevarlo a cabo, el guarnecedor utiliza una combinación de técnicas manuales y mecánicas, apoyándose en una máquina de coser industrial (conocida en el argot zapatero como máquina de guarnecer). Esta máquina se distingue de las utilizadas en modistería por ser más rápidas y por contar con motores más potentes. Existen diversas marcas y tipos de estas máquinas; antes de la reciente llegada de numerosas marcas chinas, las más populares eran Singer y Pfaff. En el mercado actual, hay una amplia oferta tanto de máquinas nuevas como de segunda mano. Es común encontrar en los talleres máquinas de guarnecer Singer que tienen más de cuarenta años de uso. Las modernas máquinas chinas se ofrecen en diversas configuraciones según las necesidades específicas del trabajo: planas, de codo o de poste, siendo estas últimas las más utilizadas (ver Figura 28). No obstante, la elección del tipo de máquina varía dependiendo de las exigencias particulares de cada taller.

Muchos guarnecedores prefieren no utilizar la máquina plana, ya que es más difícil de manejar durante el corte de las curvas. Además de la máquina de coser, ellos usan herramientas como tijeras de guarnecida, una plancha metálica sobre la que usan su pequeño martillo de guarnecida, para asentar o doblar las costuras. También utilizan frascos de pegante amarillo y solución adhesiva, cuya aplicación varía según el estilo del zapato que se esté fabricando.

Al observar a los guarnecedores, llama la atención la calma con la que hacen su trabajo; a menudo mantienen conversaciones amenas entre ellos. Debido a la naturaleza manual y repetitiva de su labor, les es posible conversar sin perder la concentración. Existe una memoria corporal que facilita esta dinámica, permitiéndoles trabajar de manera casi automática. Don Víctor, un hombre de

más de setenta años, era el que más hablaba, compartiendo historias y anécdotas mientras los demás lo escuchaban y reían. En este taller había cuatro guarnecedores: tres hombres y una mujer. La mujer tenía a sus dos hijas ayudándola; una de ellas tenía alrededor de doce años y la otra unos quince. En la zapatería, es común que las mujeres se encarguen de las operaciones de guarnecida y emplantillado, pues requieren menos fuerza física en comparación con la cortada y la soladura. Además, es habitual ver a los hijos e hijas ayudando a sus padres en estas tareas. La zapatería no solo es una actividad laboral, sino también una forma de transmitir el oficio de generación en generación. Desde pequeños, los niños ayudan en tareas de baja complejidad, lo que les permite aprender el oficio de manera práctica.

En esta operación, también existen procesos que pueden ser tercerizados, dependiendo de los requerimientos específicos del diseño. Por ejemplo, si el zapato necesita un tipo particular de estampado o repujado, estas tareas se realizan antes o después del proceso de guarnecida. Tales técnicas especializadas, que incluyen desde la aplicación de patrones decorativos hasta la impresión de logotipos o texturas, no suelen realizarse en el taller, pues requieren maquinaria específica y conocimientos técnicos que no todos los talleres poseen.

El estampado y el repujado son procesos que agregan valor al producto final y que muchas veces determinan el estilo o la categoría del zapato en el mercado. Los talleres más pequeños, que no cuentan con los equipos necesarios, pagan a empresas especializadas para que les realicen estas operaciones. Por otro parte, los talleres más grandes, que tienen una mayor capacidad de inversión, pueden realizar estas tareas internamente para mantener el control de calidad y reducir costos adicionales asociados a la tercerización.

La decisión de tercerizar estas operaciones está directamente vinculada con factores económicos y técnicos, como el costo de la maquinaria, el volumen de producción y las demandas del mercado. Esta práctica de subcontratación refleja una estrategia común en la industria para optimizar recursos y asegurar la flexibilidad en la producción, adaptándose a las tendencias y requerimientos específicos de los consumidores.

Figura 26. Guarnecedor



Zapatero realizando la operación de la guarnecida con sus herramientas de trabajo: plancha, martillo y tijeras. Foto tomada por Nelson Hernández.

Soladura

La soladura es uno de los procesos más cruciales en la fabricación del calzado, ya que en esta etapa el zapato adquiere su forma final, siendo la operación más asociada con la figura del zapatero-artesano, pues la cantidad de pegante utilizada genera una estética distintiva que permite identificarlo fácilmente.

Figura 27. Solador 1



Zapatero realizando la operación de la soladura en su puesto de trabajo.

Foto tomada por Nelson Hernández

La estación de trabajo del solador incluye el burro de zapatería, una estructura de madera o metal en la que se colocan los zapatos mientras se trabajan; el asiento de zapatería, que suele ser de madera o metal; el martillo de zapatería o de bola; el cuchillo de zapatería, que es más grande que la cuchilla utilizada en la operación de cortado; frascos de pegante; una pinza de zapatería y las hormas, tan fundamentales para dar forma al zapato, y que varían según el estilo, adaptándose a diferentes anchos y alturas.

Es importante recordar que las medidas anatómicas del pie del hombre y de la mujer son diferentes, lo que también influye en la elección de las hormas. En este oficio, el solador es uno de los trabajadores que más se ensucia, dado que debe aplicar pegante a todas las piezas para integrarlas, a diferencia del guarnecedor o del cortador, que apenas se manchan. De hecho, el solador suele cambiarse completamente de ropa para trabajar, a diferencia de sus compañeros, que solo cambian su camisa o se ponen un delantal.

Además de las herramientas convencionales para la soladura, también se utilizan tijeras para recortar los sobrantes y otras herramientas según las necesidades específicas del proceso. La técnica para dar forma al zapato varía dependiendo del estilo y diseño; la más común es la engatillada con la pinza, que permite moldear el corte siguiendo la figura de la horma. Esta técnica consta de dos pasos principales:

- Montada del corte en la horma: en el primer paso, se coloca una plantilla sobre la planta de la horma y, encima, se posiciona el corte, el cual ha sido previamente preparado con pegante. Utilizando la pinza, el solador va *halando* el material alrededor de la horma, “como si estuviera dibujando” —según la expresión utilizada por un zapatero—, y va tensionando el material hasta darle la forma final deseada.
- Pegado de la suela: en este segundo paso, tanto la suela como la horma con el corte montado, son untadas con pegante. Tras dejar que el pegante se seque adecuadamente, se procede a juntar ambas partes. Tanto la técnica de montaje como la de pegado pueden variar dependiendo del estilo del zapato y de los materiales utilizados.

Figura 28. Hormas



Organizador de hormas que varían según los estilos.

Foto tomada por Nelson Hernández.

Estando en el taller de Richard, recuerdo que observé cómo Alfonso, uno de los cuatro soladores, recortaba con sus tijeras el forro de la plantilla, hecha de un material llamado odena, una especie de cartón firme sobre el cual se coloca una capa de espuma para proporcionar comodidad al pie. Sobre esta base, Alfonso añadió otro material sintético.

Después de terminar de forrar las plantillas, se las pasó a Claudia, quien les aplicó una marquilla de lujo utilizando una técnica llamada serigrafía (screen). Posteriormente, el guarnecedor cosió estas plantillas con una costura decorativa. La estampación contiene la marca del taller, que además de cumplir una función estética, proporciona información sobre el etiquetado, especificando la composición técnica y los materiales, conforme a lo estipulado en la Resolución 933 de 2008.

Figura 29. Solador 2



Zapatero que hace el proceso de soladura, preparando el zapato para el pegado.

Foto tomada por Nelson Hernández

A veces, los talleres deben emplear otras técnicas para marcar las plantillas, como el repujado al calor. Si no cuentan con las máquinas necesarias para estos procesos, deben tercerizarlos con negocios que ofrecen estos servicios en La Novena. Otro proceso que se terceriza después de que el zapato ha pasado por la soladura es el conocido en el gremio como la Mackey, que es la marca de la máquina que cose la suela del zapato con el corte. Esta máquina es costosa y no se utiliza en todos los estilos de calzado.

La marca de un zapato es tan importante como su procedencia. Dentro de la producción nacional, existe competencia entre los productores. Por ejemplo, un zapatero conocido por el nombre de *Maravilla*, colocaba en sus plantillas “Hecho en Bucaramanga”, aunque en realidad los fabricaba en Cali; según él, los almacenistas lo apreciaban más. Por su parte, Robert Lasso nombró a su taller y a su marca de zapatos Boslan, una combinación de las marcas Bossi y Timberland, de las cuales inicialmente hacía réplicas. Cuando la ley lo presionó, optó por fabricar zapatos del mismo estilo que esas marcas, pero adaptándolos a su propio sello.

Otro de los soladores comentaba que, desde joven, a los trece años, comenzó en la labor de zapatería. Empezó como ayudante en el barrio Belalcázar, donde hubo muchos talleres de zapatería entre 1970 y 1980; sin embargo, se cansó del oficio y encontró trabajo como contratista eléctrico en una empresa. Con el tiempo, regresó a la zapatería, porque considera que es un oficio en el que siempre existe la esperanza de que las cosas mejorarán. De hecho, llegó a tener su propio taller, pero quebró y volvió a trabajar como solador. Actualmente, su objetivo es reunir capital suficiente para reorganizar su iniciativa y volver a empezar.

Otro solador, el más joven del grupo, que escuchaba la conversación, comentó que ya había conseguido 22 pares de hormas para mujeres y hombres, para fabricar sandalias y zapatos deportivos.

Aunque no dijo nada más al respecto, se percibía en su logro de haber reunido algunas hormas, la aspiración de montar su propio taller. Es importante señalar que muchas de las personas que se dedican a la zapatería como obreros tienen esta ambición o meta, ya que saben que pueden aplicar su conocimiento para iniciar un pequeño taller, en el que suelen empezar produciendo por cuenta propia o contratando a un guarnecedor, con la intención de crecer gradualmente, igual que iniciaron la mayoría de los talleres en los barrios.

Emplantillado

La emplantillada es la última operación en el proceso de fabricación del calzado. En esta etapa, se limpia el zapato y se prepara para su empaquetado y exhibición final para la venta. Generalmente, el proceso de emplantillado es realizado por mujeres y representa la entrada al mundo de la zapatería. En esta fase se requieren habilidades de cuidado y precisión para culminar el trabajo, ya que implica limpiar el zapato de residuos de pegamento, retocar con tinta cualquier imperfección, colocar cordones si el diseño lo demanda, quemar los extremos sobrantes de hilo, y adherir las plantillas interiores.

El lugar de trabajo para el emplantillado consta de una mesa o un burro donde se llevan a cabo estas tareas. Las herramientas y materiales utilizados incluyen: tarro de cemento, candela o mechero para quemar hebras de hilo, líquido limpiador —que a veces es Varsol—, trapos para limpieza, y marquillas. Este proceso varía dependiendo del modelo del zapato. Por ejemplo, para calzado de mujer, se pueden añadir adornos, brillos o flores, mientras que los zapatos de hombre pueden requerir distintos acabados dependiendo de si son deportivos o de cuero.

Figura 30. Mujer emplantillando



Zapatera emplantillando y limpiando los zapatos para hombre antes de empaacar.

Foto tomada por Nelson Hernández.

Marcela es una mujer que lleva trabajando en la zapatería desde los dieciséis años y ahora tiene treinta y uno. Ella comentaba que no había hecho mucho en su vida, que nunca estudió, y que le gustaría montar un negocio, aunque no relacionado con la zapatería, ya que considera que este oficio ya no es lo que solía ser. Anteriormente, trabajaba como guarnecedora en una fábrica grande, pero

tuvo que dejar el empleo debido a problemas de celos con su pareja. En la fábrica, su rol era el de costurera, dedicándose exclusivamente a coser, una tarea distinta a la del guarnecedor, quien realiza todo el proceso de manejo del corte: doblar, pegar, hiladillar, untar y perforar. En la estructura de organización de la producción (cadena de producción), Marcela solo se encargaba de la costura, mientras que otras personas realizaban las tareas manuales complementarias. Actualmente, estaba trabajando en la operación de emplantillado porque necesitaba el empleo tras haberse retirado de la fábrica, y como en el taller requerían una emplantilladora y ella vivía en el mismo lugar, se ofreció para el puesto.

Marcela relataba su experiencia en la fábrica Gacela, donde generalmente tomaban vacaciones a partir del 8 de diciembre, día en que finalizaban la producción. Esto contrasta con los talleres más pequeños, como el de Claudia y Richard, que suelen trabajar hasta el 30 de diciembre. En la fábrica, se maquilaban productos para marcas como Vélez, lo que requería una planificación de la producción con suficiente antelación para asegurar que los despachos internacionales llegaran antes de las festividades decembrinas o fechas especiales como el Día del Padre o de la Madre. La experiencia en estos talleres locales, que abastecen directamente a mercados cercanos, es diferente; pueden continuar fabricando hasta la semana del 24 y del 31 de diciembre, fechas de mayor demanda, sin preocuparse por el tiempo de envío, ya que la proximidad del mercado permite despachar los pedidos rápidamente.

Esta dinámica también ha cambiado debido a la competencia de mercados locales que ahora compran mercancía de Bucaramanga e importan productos de China. Esto ha afectado los ciclos y tiempos de producción, transformándolos drásticamente en los últimos años. Como señalan varios obreros y patrones, se ha comenzado a trabajar más tarde en el año, y durante la temporada de fin de año ya no es necesario extender las jornadas laborales como antes.

Los zapateros artesano-fabriles: identidad y saberes en la práctica zapatera

Uno de los cambios más significativos en el proceso de producción del último siglo, se refiere a la manera de hacer un zapato. Con la organización fabril, el zapato dejó de ser elaborado por una sola persona, lo que transformó por completo la figura del zapatero, llevándolo a especializarse en una operación específica, como se expuso en este capítulo. Su formación ya no abarcaba la confección de todo el zapato, sino solo una parte del proceso.

Figura 31. Zapateros artesano-fabriles



Zapatero que combina técnicas de fabricación artesanal con la fabril.
Foto tomada por Nelson Hernández.

No obstante, aunque el zapatero no participe en la creación de toda la obra —aunque algunos zapateros sí puedan hacerlo—, sino en una parte específica del proceso, esto no significa que deje de ser un zapatero en un sentido artesanal para convertirse en un mero operario dentro de la lógica industrial. Al contrario, la zapatería en los barrios Obrero y Sucre no se estructuró sobre la tecnologización y mecanización del proceso productivo, sino a partir de una tradición artesanal que se reorganizó con la introducción de tecnologías y métodos fabriles. Por tanto, la disciplina laboral de estos zapateros se configuró bajo una lógica híbrida de lo artesanal y lo fabril, caracterizando su práctica productiva como una forma particular de entender el mundo, que aquí denominamos *artesano-fabril*.

Si bien, las operaciones de modelada, cortada, guarnecida, soladura y emplantillado cumplen funciones específicas en el taller como unidad productiva orientada a la fabricación de calzado, dentro de la lógica interna que se ha descrito, estas configuran sentidos propios de la tradición tanto artesanal como fabril. Por esta razón, un zapatero no se reconoce a sí mismo como un simple operario o proletario, sino como un zapatero —independientemente de la operación que

realice—, con una identidad propia que surge de su hacer y saber. Tampoco se identifica estrictamente como un artesano, ya que sabe que su trabajo responde a la lógica de producción de un ciclo manufacturero.

Ventas, crisis y nueva táctica tecnológica

En el nuevo siglo, las condiciones comerciales en el sector del calzado han cambiado considerablemente. Los almacenes o almacenistas, que compran zapatos al por mayor y luego los venden al consumidor final, han transformado su relación con los zapateros. Los zapateros productores, anteriormente, decidían a qué almacenista vender; en la actualidad, debido al aumento de la oferta de calzado, especialmente del exterior, son los almacenistas quienes establecen las condiciones de negociación con los zapateros locales. Con la llegada de nuevas tecnologías de la información, como WhatsApp, Instagram y otras redes sociales, los zapateros encontraron una nueva táctica que están explorando para negociar con nuevos almacenistas y directamente con el consumidor final. Esta dinámica está creando un nuevo escenario que revitaliza la producción de calzado.

Este enfoque táctico se superpone a la estrategia, siguiendo la distinción que hace Michel de Certeau (2000) entre estrategias dominantes y tácticas populares. De Certeau define la estrategia como “el cálculo (o la manipulación) de las relaciones de fuerzas que se hace posible desde que un sujeto de voluntad y de poder (una empresa, un ejército, una ciudad, una institución científica) resulta aislable” (p. 42). En contraste, la táctica se refiere a:

procedimientos que valen por la pertinencia que dan al tiempo: en las circunstancias que el instante preciso de una intervención transforma

en situación favorable, en la rapidez de movimientos que cambian la organización del espacio, en las relaciones entre momentos sucesivos de una “jugarreta”, en los cruzamientos posibles de duraciones y de ritmos heterogéneos, etcétera. (p. 45)

Un nuevo escenario

Ricardo, el hijo de Richard y Claudia, es un joven que estudia Derecho en horario nocturno y trabaja durante el día en la zapatería familiar. No solo colabora con sus padres en diversas operaciones de producción, sino que también ha establecido su propia línea de calzado infantil, la cual vende al por mayor. Mientras Ricardo cortaba materiales, le pregunté cómo le iban las ventas. Respondió que estaban “suaves, algo pesadas”. Me sorprendió su respuesta, porque aunque muchos zapateros y comerciantes suelen comentar que la situación económica es difícil y que “no hay plata”, el día anterior había visitado el centro de la ciudad, específicamente la zona de almacenes de calzado, y observé un gran movimiento de gente, había tanta, que era difícil caminar. Ricardo se ríe y comentó que él también había estado en el Malca, un centro de distribución en el centro de Cali donde los zapateros venden sus productos a las distribuidoras: “Casi no paso de lo lleno, pero el Malca estaba vacío”, explicó. Según él, el distribuidor al que le vende ha comenzado a realizar las ventas a través de WhatsApp, lo que podría explicar por qué los clientes ya no necesitan ir físicamente al lugar. Con la llegada de las tecnologías de mensajería instantánea como WhatsApp, ya no es necesario que los clientes vean el zapato físicamente, sino que pueden hacer sus pedidos por ese medio y despacharlo de inmediato. Esto transforma la forma de vender y comprar. Don Héctor recordaba cómo anteriormente era indispensable llevar una maleta con muestras para que el cliente pudiera ver y tocar el zapato; la presencia física era la única manera de realizar ventas. Aunque este método todavía se utiliza, la inmediatez que permite la tecnología ha facilitado realizar negocios de forma remota.

Richard, que había llegado de La Novena tras comprar materiales, me invitó a la oficina para conversar. El conocernos previamente facilitó nuestra conversación, mostrándose desde el principio abierto a opinar sobre la situación del gremio. Mientras le compartía mis inquietudes investigativas, rápidamente compartió sus impresiones, que parecían haber sido reflexionadas previamente. No porque supiera que le haría esas preguntas, sino porque, apelando a esa

característica de reflexivos e intelectuales que Hobsbawm y Scott (1987) atribuyen a los zapateros, comentó: “Hay que cambiar de línea de zapato. No se puede seguir haciendo lo que se está haciendo, hay que cambiar de mercado, hay que empezar a vender por catálogo y por *WhatsApp* porque da más. Vea a Uber cómo tiene a los taxis» (Richard, 2019).

Richard estaba convencido de que era necesario vender directamente al consumidor final y evitar los intermediarios y trabajar nuevamente el cuero, una práctica que tradicionalmente había dominado el mercado: “Hay que volver a trabajar el cuero, que deja más ganancia que el zapato en sintético, trabajar la baleta en cuero”. Hasta la década de los noventa, casi todos los zapateros fabricaban calzado en cuero. Sin embargo, las crisis económicas, junto con la escasez y exportación de cuero, hicieron que este material se encareciera y se volviera una materia prima exclusiva para quienes pudieran costearla. Las grandes fábricas y marcas, como Vélez, Arturo Calle, Nebuloni o Bossi, se quedaron con ese segmento del mercado.

En el siglo XXI, los materiales sintéticos han dominado el sector del calzado, reduciendo significativamente los costos de producción, pero también disminuyendo los precios del producto final, que ahora compite con el calzado importado—también sintético—de alta tecnología. El calzado en cuero, por su parte, quedó relegado a ser casi un producto de lujo, lo cual llevó a una especialización en la producción de calzado. Por ejemplo, China, uno de los principales importadores de cuero a nivel mundial, también se convirtió en uno de los grandes productores de calzado *fino* en cuero, exportando a los mercados europeos y norteamericanos que pueden pagar precios altos. Silva (2019) muestra cómo la reconversión del sector del calzado en Portugal, que a finales de los noventa enfrentaba una crisis, llevó a que, en la segunda década del siglo XXI, Portugal se consolidara como el segundo país, después de Italia, con mayor valor agregado en calzado de cuero, utilizando técnicas artesanales.

Esta crisis ha impedido que Richard y Claudia logren prosperar en la última década, razón por la cual están considerando vender a través de catálogos digitales, como *WhatsApp*. Se sienten frustrados de tener que producir entre 400 y 600 pares semanales para ganar solo tres mil pesos por par, una cifra que apenas les permite pagar la universidad de sus hijos y mantener una vida digna. No tienen aspiraciones de generar grandes fortunas, pero el esfuerzo requerido en la situación actual es desmedido y sienten que sus energías están mermadas. Por ello, afirman:

«Subiendo la calidad del zapato, lo podemos vender por ‘catálogo’ y ganar entre doce, quince o hasta veinte mil pesos más por par. Con eso solo necesitaríamos hacer 50 pares a la semana».

Están cansados de las condiciones impuestas y de la forma en que se trabaja actualmente en Cali. Al visitar a los clientes (almacenistas), les responden que deben esperar a ver qué moda se impondrá en la feria. Y si preguntan por el precio de un zapato, que puede estar tasado en \$25.000, los almacenistas ofrecen solo \$20.000, argumentando que ese es el precio ofrecido por los proveedores de Bucaramanga.

Si te piden, te pagan por abonos semanales, entonces no es negocio comprar los materiales de contado para fiar y que paguen como ellos quieran. Tenemos que enfocarnos en cambiar el mercado y el zapato, porque nosotros sabemos trabajar. Prácticamente, estamos mendigando para que los almacenes nos pidan. (Richard, 2019)

Es evidente que las condiciones del mercado han cambiado. Le conté a Claudia y a Richard que, en el pasado, mi padre a menudo tenía que esconder los zapatos que producía porque los clientes llegaban y querían llevarse todo el inventario. Sin embargo, como ya tenía compromisos previos de entrega, ocultaba los productos en la bodega para asegurarse de cumplir con sus acuerdos. Claudia recordó una experiencia similar: ellos también tuvieron un cliente que compraba zapatos todos los días, a menudo llevándose los recién fabricados.

En esa época, fabricaban una baleta que vendían a \$11.000 pesos, con una ganancia de \$1.000 pesos por par. El cliente proporcionaba todo el capital para los materiales, lo cual les permitía trabajar con mayor estabilidad financiera. En una ocasión, otro cliente del Malca les ofreció \$13.000 pesos por la misma baleta, pero decidieron no aceptar la oferta porque sabían que ese cliente solo compraría durante la temporada de diciembre. Prefirieron no arriesgar su relación con el distribuidor que les compraba durante todo el año, frente a otro que solo lo hacía en temporadas específicas.

Don Edgar, un zapatero ya retirado, reflexiona sobre cómo las condiciones del mercado han hecho más complicada la fabricación de calzado y considera que antes todo era más sencillo:

La forma de pago de ahora es muy difícil para trabajar; tener que invertir el dinero en efectivo para después tener que recogerlo por poquitos hace

que sea muy difícil. Le abonaban 100 o 200 mil. Antes me veía con el cliente dos o tres veces en el año y cuadrábamos todo lo del año. Pagaba de contado, y uno no se tenía que preocupar por vender, solo fabricaba.

Los zapateros veteranos de la primera, la segunda y hasta de la tercera generación, como Marcos Belalcázar, don Edgar, mi papá y Richard, ejercieron su oficio de manera plena, a diferencia de los empresarios o emprendedores actuales. Para ellos, la principal preocupación era hacer bien su trabajo, centrado en la fabricación del calzado. En ese entonces, contaban con vendedores encargados de gestionar la relación con los clientes mayoristas o propietarios de almacenes, sin necesidad de preocuparse demasiado por las ventas. La relación comercial era sencilla: comprar y vender sin mayores complicaciones. Ahora, los dueños de los talleres deben estar atentos no solo a la producción, sino también a las ventas, y deben ser ingeniosos para poder comercializar sus productos. La competencia ha aumentado significativamente, no solo por la importación de calzado chino o la competencia de Bucaramanga, sino también por la propia producción local. Lo más complicado es encontrar capital. Los talleres que aún conservan la tradición artesanal carecen de departamentos comerciales. A pesar de su conexión con la lógica fabril, los zapateros siguen siendo artesanos de su oficio, no empresarios, aunque el discurso contemporáneo sugiera lo contrario.

Durante una breve conversación con Clarivet Ríos, quien está a cargo de la seccional del Valle del Cauca de la Asociación Colombiana de Industriales del Calzado, el Cuero y sus Manufacturas (Acicam), ella mencionó que los diferentes apoyos gubernamentales al sector del cuero, y la estrategia de clúster que se viene impulsando en el Valle, están siendo aprovechados principalmente por iniciativas empresariales de personas que no son zapateros de tradición. En su mayoría, estas personas se han formado en universidades en diseño de calzado, pero no tienen experiencia en el proceso de producción. Lo que hacen es contratar zapateros de los barrios Obrero y Sucre para hacer el trabajo productivo. En ocasiones, estas personas disponen del capital que les falta a los zapateros tradicionales para producir. Sin embargo, a los zapateros no les gusta este tipo de asociaciones porque perciben que quienes aportan el capital solo se interesan por la inversión y no se involucran en el proceso productivo, que para el zapatero es lo más importante.

Por este motivo, muchos zapateros están considerando una táctica que consiste en aprovechar las redes sociales para vender directamente al consumidor

final. Mi hermano, Alexis Acosta, ha comenzado a implementar esta táctica vendiendo a través de Facebook, donde ha creado una página para recibir pedidos. Aunque está en las etapas iniciales, ya cuenta con varios clientes y recibe pedidos en los que vende tres, cuatro y hasta cinco pares de zapatos diarios, obteniendo una mayor ganancia. La red es como tener su almacén o tienda virtual. Él mismo realiza las entregas a domicilio, cobra en efectivo y no necesita ofrecer crédito. Produce solo lo que le solicitan. Así fabrica cincuenta pares a la semana: “me sale a \$12,000 o \$15,000 y por las redes los vendo a \$35,000”. En la misma línea, Leonardo, hijo de Nemecio, un zapatero de los viejos tiempos, está pensando en aprovechar su experiencia y conocimientos para ofrecer una variedad o especialidad de calzado a través de las redes sociales.

Me llamó la atención esta táctica de que los productores vendan directamente al consumidor final porque reduce la sobreproducción de mercancía. En los talleres convencionales, se fabrican lotes de producción que los almacenes convencionales compran. Aunque adquieren grandes cantidades, no siempre logran vender todo, y por lo general, queda un stock. China, por ejemplo, produce miles de zapatos, muchos de los cuales no se venden y terminan en los botes de basura porque los materiales se vencen o deterioran. Los zapateros se ven obligados a fabricar grandes volúmenes de zapatos para obtener ganancias, siguiendo el ciclo económico de producción, distribución y consumo, para lo cual requieren grandes capitales que no poseen. Además, los países asiáticos tienen el control del mercado. Por lo tanto, la táctica de vender directamente al consumidor final no solo reduce la cantidad de producción, sino que también plantea un nuevo desafío: ya no serían necesarios grandes talleres o fábricas para satisfacer esos niveles de producción. En principio, el fabricante produce solo lo que el cliente consume, y esto podría dejar a muchos zapateros sin trabajo a menos que ellos mismos se conviertan en productores y vendedores

Le pregunté a Richard y a Claudia qué pensaban hacer frente a esta situación, más allá de lo que otros zapateros ya estaban intentando; qué iniciativas habían considerado para mejorar las condiciones comerciales. Al unísono, respondieron: “¡No hemos hecho nada, solo endeudarnos!” En los últimos años, los bancos de fomento han ofrecido créditos a las pequeñas y medianas empresas, con tasas de interés altas y varios seguros que encarecen el crédito. En varias ocasiones, algunos miembros del gremio no han podido cumplir con estos créditos. Además, el

sistema financiero, siguiendo la dinámica regular de la producción, no comprende que un negocio como la zapatería tiene ciclos de producción alta y baja, similares a las cosechas en el sector agrícola. Por esta razón, la amortización de cuotas fijas regulares durante todo el año no es la mejor opción para que los zapateros paguen sus créditos. Sería más adecuado un financiamiento diferenciado, donde las cuotas de los créditos fueran más altas en los meses de mayor producción, y más bajas cuando esta disminuya. Así, la mayoría de los zapateros se atrasan en los pagos, especialmente durante los meses de baja producción, cuando deben decidir entre pagar la cuota del crédito, el arriendo, comprar comida, o seguir produciendo para cumplir con sus obligaciones financieras. Esta situación, como explicaba Héctor Belalcázar, hace que los bancos consideren a los zapateros un sector de alto riesgo.

A pesar de que, como vimos en el capítulo anterior, desde los años ochenta se han creado diversas asociaciones de zapateros. Richard, un zapatero comprometido con su oficio, participó en el último intento asociativo de los zapateros de los barrios Obrero y Sucre. Junto con don Héctor Belalcázar, Albeiro Sepúlveda y otros zapateros que no se sentían representados por entidades como la Asociación de Industriales Vallecaucanos del Calzado, Cuero y sus Manufacturas (Univac) y el Centro de Desarrollo Productivo (CDP), fundaron en 2011 la Asociación Vallecaucana de Calzaditas y Afines (Asovicalza). La asociación llegó a contar con más de treinta socios con el objetivo de atender las demandas del gremio, especialmente en oposición a los tratados de libre comercio y a la importación de calzado chino, que ingresaba al mercado con precios inferiores a los establecidos a nivel nacional. Pero, tres años después, la asociación tampoco logró sus objetivos, y al final, como decía Richard: “Solo asistían los mismos seis socios; la gente pensaba que se trataba de obtener beneficios materiales, pero la intención era agremiarse. La asociación al final se disolvió porque había que mantenerla, pagar la razón social, el arriendo y otros gastos”.

La actividad zapatera comienza y termina en el propio taller. Como se indicó en capítulos anteriores, la actividad gremial ha sido históricamente difícil para los zapateros. Urrutia (2016) muestra cómo, desde el siglo XIX, estos oficios artesanales no lograron crear las condiciones necesarias para agremiarse en fuerzas sindicales porque sus intereses no iban más allá de lo individual, dejando de lado las necesidades colectivas.

Figura 32 Entrevista a Richard publicada en Calzacueros

CALZADISTAS[®]

PROTEJAMOS EL EMPLEO, APOYANDO LA INDUSTRIA NACIONAL DEL CALZADO

La Industria Nacional Calzadista, progresa de una forma metódica pero muy segura, sabemos de la problemática que tiene nuestro gremio en cuanto a importaciones de calzado sin regulación alguna; de la falta de insumos o materiales que brinden la oportunidad al fabricante nacional de ofertar moda a precios favorables, y de la falta de apoyo más contundente de parte de los gobiernos de turno para un sector que facilita miles de puestos de trabajo decente y ayudan al desarrollo del tejido social.

Conozcamos algunas impresiones del Calzadista Holbein Richard Restrepo, acerca de la planeación, desarrollo y comercialización del calzado colombiano.

Muchos empresarios del gremio Calzadista del país, atraviesan en el momento por una situación difícil, en lo productivo y en lo comercial. ¿Qué pueden hacer estos empresarios para sobreponerse a esta problemática?

R// Los problemas productivos y comerciales del gremio Calzadista se pueden remediar implementando tecnología, ingeniería y una variedad de técnicas innovadoras que permitan aprovechar al 100% cada paso en la comercialización y producción del calzado. Existen muchas opciones, como las asesorías que permiten planear la productividad y con ello buscar opciones de mercado adecuado para el tipo de calzado que maneja cada empresa. La solución que plantea CREACIONES HOLZAR es cambiar el esquema de las fabricas Calzadistas, a sistemas nuevos que brinden eficacia y eficiente calidad, con ello la productividad alcanzará una amplia y segura comercialización.

Como integrante del gremio Calzadista colombiano; ¿qué opina usted de las políticas que el Gobierno Nacional implementa para el sector productor de calzado?

R// Las políticas que ofrece el Gobierno Nacional al sector productor de calzado son muy amplias; estas, son positivas o negativas dependiendo de su uso, ya que es muy común ignorar las herramientas que ofrecen órganos del gobierno, y en muchas ocasiones ofertas realmente interesantes desaparecen y quedan solo en el papel, por falta de conocimiento de nosotros los Calzadistas. En términos generales, todos deberíamos tener un buen o mediano conocimiento sobre qué entidades son las que ofrecen dichas herramientas y cómo acudir a ellas; y en ese punto aprovechar al máximo las políticas que implementa el Gobierno Nacional.

¿Considera usted, que además del rechazo que vienen haciendo los almacenistas y el público consumidor al zapato extranjero, el calzado colombiano puede competir con MODA Y EXCELENTE CALIDAD?

R// el calzado colombiano sí puede competir con el calzado extranjero referente a MODA Y EXCELENTE CALIDAD. Esta afirmación se basa en la trayectoria del arte milenario del calzado en nuestro país, en el esfuerzo de asociaciones y grupos calzadistas como ASOVICALZA, para lograr reconocimientos del producto nacional.

Esta competencia se da en la medida en que cada empresario calzadista se sienta orgulloso de su trabajo y genere condiciones eficaces para fabricar un buen producto.

Nuestro gremio cuenta con materiales de buena calidad, con procesos bien implementados, excelentes asesorías y conferencias técnicas y administrativas como las que ofrece ASOVICALZA periódicamente.

**Si nuestros anunciantes
CRECEN
y nosotros con ellos....
NO es una coincidencia!**



REVISTA
CALZACUEROS

**TENDENCIAS
MODA Y DISEÑO
DEL CALZADO Y EL CUERO**

**PRÓXIMA EDICIÓN
NOVIEMBRE DE 2012**

Calle 20 No 9 - 19 - Tel: 681 94 27 - 682 42 54
Cel: 316 404 55 15
modacalzacueros@hotmail.com - Cali

10



Entrevista hecha por Héctor Belalcázar a Richard sobre su percepción frente a la importación del calzado chino. Tomada de la Revista Calzacueros 2012 (p. 10)

Por esta razón, las agremiaciones que surgieron en los años ochenta, como Univac, el CDP, y la más reciente Asovicalza, no lograron satisfacer las expectativas del gremio zapatero. Muchos zapateros comentaban que “no pasaba nada” con estas asociaciones. Richard menciona que estas agremiaciones solo bajan proyectos con las instituciones oficiales para su propio beneficio, y que la capacitación de personas resulta insuficiente porque, cuando los aprendices llegan a los talleres, no saben hacer nada; se les asignan tareas simples, como aplicar pegamento, y ni siquiera eso lo hacen correctamente. Tanto Univac como el CDP se han centrado en organizar ferias para promocionar el calzado, pero no han sido exitosas en comparación con las ferias de Bogotá o Bucaramanga. Esas ferias benefician a los grandes fabricantes, como Calzado Rómulo, porque los importadores acuden principalmente a ellos, pero para los pequeños productores no son de mucha ayuda.

Aunque Richard y Claudia expresan que no han hecho nada diferente a endeudarse, la realidad es que han hecho mucho. Cada año es un desafío constante para innovar, enfrentar las dificultades y competir desde el conocimiento profundo de su oficio. En otra conversación, Richard relataba con orgullo cómo diseñó un zapato que ningún otro fabricante había hecho: “Era una zapatilla que no había llegado a Colombia y mandé a hacer ciertas piezas que no se conseguían en La Novena, e hicimos mucho con eso”. Mientras lo escuchaba, recordé a mi padre, quien también inventaba y adaptaba máquinas o mandaba fabricar piezas específicas que no se conseguían, todo con el fin de innovar frente a otros zapateros.

Cabe destacar que esta capacidad de innovación no es exclusiva de Richard o de mi padre; es una cualidad común entre la mayoría de los zapateros, quienes siempre buscan nuevos desarrollos. Por ejemplo, otros zapateros, como Óscar Castillo y Óscar Pay, son respetados dentro del gremio por su habilidad para fabricar sus propias máquinas y por su compromiso en todos los procesos, realizando con cuidado cada detalle y sintiéndose orgullosos del calzado que fabrican. En este contexto, se confirma la expresión “la necesidad es la madre de la invención”.

Este espíritu de innovación contrasta con la transformación productiva de los últimos años, en la que es posible encontrar una amplia gama de insumos prefabricados que solo necesitan ser ensamblados. Como diría Freddy, “ahora

cualquiera puede hacer zapatos”, pero los zapateros de la tradición artesanal de los barrios Obrero y Sucre saben que se requiere más para sobrevivir y destacar en el mercado.

“Hay que seguir haciéndole, pues es lo que se sabe hacer”

Aunque la política de libre comercio se implementó en los años noventa, su impacto no se percibió de inmediato, sino hasta la primera década del siglo XXI, ya que los zapateros no lograron adaptarse a este nuevo escenario. Muchas de las tácticas empleadas continuaban siendo las mismas de décadas anteriores. Los zapateros de mayor edad, como mi padre o don Edgar, no pudieron adaptarse a estas nuevas formas de comercialización, pues estaban habituados a los acuerdos comerciales establecidos en épocas previas. En consecuencia, gran parte de esta década se dedicó a una reconfiguración por parte de las generaciones más recientes de zapateros, quienes tuvieron que aprender a enfrentar este nuevo entorno.

Los agentes sociales no son pasivos. Incluso cuando el espacio está dominado por otros, buscan formas de seguir operando en la escena social, pues saben que tienen el derecho de hacerlo por estar presentes en ella. Así, aunque los zapateros han sentido que su capacidad de acción se ha visto reducida, siguen actuando bajo una lógica construida durante décadas; la misma que les ha permitido acumular conocimientos que ahora aplican en el escenario social, centrándose tanto en el consumidor como en el fortalecimiento de sus relaciones con los almacenistas.

Desde la segunda década del siglo XXI, los zapateros utilizan las nuevas tecnologías de la información y sus aplicaciones en comunicación virtual, como WhatsApp, Instagram y otras redes sociales, para adaptarse a la competencia del mercado global. Ya no es necesario producir grandes volúmenes de calzado como antes, dado que ese segmento está en gran parte dominado por países de producción masiva como China. Sin embargo, al satisfacer las necesidades personales y los gustos de los consumidores finales a escala local y nacional, los zapateros pueden volver a posicionarse en las escenas locales. Como bien expresó Richard: “Hay que seguir haciéndole, pues es lo que se sabe hacer”.

El oficio de ser zapatero a comienzos del siglo XXI

Cuando empecé a desarrollar esta etnografía e historia del oficio del zapatero, enfrenté dos inquietudes principales: primero, la realidad que observaba en los zapateros, cuyo oficio se volvía cada vez más complejo debido a las crecientes dificultades para vivir de ello; segundo, el deseo de conocer la historia de la zapatería, pues hasta entonces creía que era una actividad reciente surgida con la industrialización en Colombia. Sobre estas dos premisas se construyó esta etnografía, asumiendo que, pese a las condiciones desfavorables para ejercer su oficio, los zapateros continuaban trabajando para mejorar sus condiciones materiales. Esto les exigía adaptarse y reajustarse constantemente a una nueva realidad, diferente de un pasado en el que la zapatería era una actividad lucrativa que facilitaba el acceso a mejores condiciones de vida. Desde esta perspectiva, y para responder a tales suposiciones, se emprendió este estudio para dar cuenta de la configuración de este oficio desde el siglo XV hasta el presente, destacando los hitos de los zapateros contemporáneos de los barrios Obrero y Sucre en sus procesos de adaptación y reacomodación en los escenarios cambiantes de la economía global.

Para entender la continuidad del trabajo de los zapateros en los barrios Obrero y Sucre en el marco de la economía global, es crucial conectarlo con la antropología económica, como lo propone Narotzky (2004), quien reconoce

que lo económico (la producción de zapatos) no es solo una esfera aislada de las relaciones sociales, sino que está integrado en toda la vida humana. Por tanto, la producción y reproducción de la vida material es una interacción organizada entre los seres humanos y la naturaleza, y no puede entenderse independientemente de lo cultural.

Como se ha mostrado en este trabajo, los barrios Obrero y Sucre no son meros lugares materiales, sino también espacios simbólicos, donde las comunidades de zapateros han desarrollado prácticas para obtener los recursos necesarios para su subsistencia, que resultan no solo de condiciones medioambientales, sino también de un proceso histórico en el que se han creado fuerzas productivas de distribución, intercambio y consumo, a su vez influenciadas por factores políticos.

Siguiendo la definición de Narotzky, los zapateros desarrollaron una capacidad de sustentación inherente a la disposición de los seres humanos para mantener los recursos de un espacio geográfico. Esta capacidad fue cultivada y mantenida en condiciones favorables durante gran parte del siglo XX, que se vio amenazada a inicios del siglo XXI debido a la competencia desigual con mercancías extranjeras. Actualmente, se observa un proceso de transición hacia cierta recuperación, que si bien no alcanza los niveles logrados durante los años ochenta, permite a los zapateros continuar con su actividad productiva y social.

Siguiendo la crítica de Roseberry a Geertz (2014), es importante destacar que el mantenimiento de esta capacidad de sustentación no se debe a una dinámica mecánica y ahistórica, sino que está profundamente arraigada en una red de relaciones sociales y culturales construidas históricamente, que posibilitan el sostenimiento de la tradición, de modo que, al ser una forma de capacidad de sustentación de la práctica, constituye la táctica que permite a los zapateros resistir frente a los desafíos de la economía global. En tiempos de agotamiento de sus recursos, las comunidades antiguas recurrían a diversas estrategias tales como migraciones parciales o totales, apropiación de recursos de poblaciones vecinas, o adaptación a las transformaciones del entorno mediante innovaciones tecnológicas. Por su parte, los zapateros, al enfrentarse a la falta de actualización industrial y al bajo capital disponible, han optado por la táctica de mantenerse en la tradición de las formas de producción y relaciones artesanales, reacomodándose y adaptándose a las demandas de la moda, los materiales, y las nuevas formas de venta y pago.

La tecnología ha sido utilizada por diversas sociedades como una forma de organización social de la producción para garantizar la subsistencia. Durante

más de cien años, los zapateros han preservado una tradición que combina formas de producción artesanal y fabril, como una estrategia de resistencia a la producción totalmente mecanizada e industrial. Han logrado subsistir mediante una tecnología del hacer organizada en acciones técnicas que Sigaut (1994), denomina operaciones; esta tiene carácter fundamental, pues, es el espacio donde se constituye y se reproduce el espíritu de la zapatería en la actualización del oficio. Solo dentro de estas operaciones es posible el manejo de los instrumentos —herramientas de la zapatería— que requieren una instrucción específica que se imparte mediante formas particulares de aprendizaje y dominio, mediadas por la tradición, y que requiere un proceso de socialización en un contexto social y cultural. En este contexto, los zapateros, como sujetos sociohistóricos, crean sentido en torno a su práctica, la cual trasciende la mera subsistencia (Schutz, 2003; Berger y Thomas, 1968; 2003).

El conocimiento de la acción técnica —u operación— y el manejo de los instrumentos, transmitido de unos a otros, solo es posible en un espacio donde las redes familiares, las relaciones de parentesco y las de amistad sean densas y activas. En otras palabras, la tecnología y su acción técnica solo son posibles gracias a la manera en que se han establecido las relaciones sociales y culturales durante los siglos XX y XXI. Esto permite afirmar que, actualmente, los zapateros de los barrios Obrero y Sucre, si bien controlan el proceso productivo, dado que no transforman los materiales ni la distribución, pues los almacenistas compran calzado importado, sin embargo, mantienen una tecnología basada en la tradición y en una base social fundamentada en la familia que les permite seguir innovando y ofreciendo productos para su sostenibilidad.

El conocimiento de los instrumentos y las operaciones revela el proceso social que constituye la producción de la zapatería en dichos barrios. La propiedad de los instrumentos se comparte entre obreros y patrones, ya que la tecnología artesano-fabril, al ser de baja capacidad productiva, requiere la intervención de quienes poseen el conocimiento específico de la operación para ser funcional. Elementos como hormas, pinzas de zapatería, máquinas de guarnecer, burros, asientos, mesas de cortar, entre otros, adquieren relevancia en la medida que son utilizados por aquellos que saben manejarlos para la producción. Esto demuestra que, en los barrios Obrero y Sucre, una persona con conocimiento sobre el manejo de los instrumentos y las operaciones, puede realizar procesos productivos sin necesidad de tener capital, lo cual es una condición indispensable en el mundo

actual; esto revela que poseer el conocimiento del oficio es tan importante como tener el capital.

En resumen, el desarrollo de esta historiografía y etnografía de un oficio como la zapatería permite realizar algunos planteamientos teóricos y problemáticos:

- Aunque, dentro de la lógica capitalista, debieron desaparecer como artesanos porque sus medios de producción se volvieron ineficientes frente al desarrollo tecnológico capitalista, los zapateros han perdurado hasta hoy, adaptándose a las condiciones políticas y económicas vigentes.
- Siguiendo el razonamiento de Roseberry (2014), que está en concordancia con la observación de Firth, lo anterior sugiere que los procesos productivos de la zapatería, al igual que muchas otras prácticas productivas y económicas, no están basados necesariamente en las lógicas capitalistas o formalistas. Sin embargo, esto tampoco permite afirmar que sus procesos productivos sean propiamente sustantivistas, como se atribuye a la tradición de Polanyi. Muchos grupos productivos desarrollaron procesos dentro del capitalismo, pero no necesariamente lo hicieron desde una lógica capitalista en sentido estricto, aunque incorporaran algunos de sus componentes.
- Durante los siglos XX y XXI, los zapateros de los barrios Obrero y Sucre, siguiendo la tradición, desarrollaron formas ideológicas a partir de sus prácticas materiales que los pusieron en tensión con el capitalismo, y que también los llevaron a acuerdos y negociaciones. En este sentido, los zapateros de Cali crearon una racionalidad económica particular, construida históricamente y manifestada en las relaciones productivas de hacer zapatos. Esta racionalidad les permitió adaptarse y reinventar un oficio que ha experimentado sus propias vicisitudes en el marco de una economía política, que también les sirvió como incentivo para ser creativos y recursivos, desafiando quizás el viejo adagio común en el gremio de que el oficio “al que no lo vuelve loco, lo desfigura”.

Finalmente, este trabajo ha inspirado también preguntas que quedan para futuras indagaciones. Si bien el oficio es estrictamente masculino, queda el interrogante de ¿cuál es el valor de la mujer alrededor del oficio o en el ciclo final de la producción del calzado?, y ¿qué correlaciones dejan otros oficios como la sastrería

y la modistería, también en proceso de transformación? Estos interrogantes son un abrebocas para retomar un tema poco tratado, como son los oficios *tradicionales* que otrora fueron imprescindibles y sus cambios, pero que hoy a veces nos embargan de nostalgia. Los talleres de zapatería de los barrios de Sucre y Obrero de la ciudad de Cali han sobrevivido hasta ahora a esta disyuntiva, y por ello son una invitación para explorar otros ámbitos del hacer en la vida cotidiana, urbana y rural.

Glosario

| | |
|-----------------------------------|---|
| Adaptación y reacomodación | Procesos mediante los cuales los individuos o comunidades ajustan sus prácticas, estructuras y relaciones para enfrentar nuevos desafíos o condiciones. Los zapateros de Cali han tenido que adaptarse y reacomodarse para sobrevivir en un mercado cada vez más competitivo y globalizado. |
| Artesano | Individuo que produce objetos manualmente, utilizando técnicas y herramientas tradicionales. En el caso de los zapateros, el artesano es quien fabrica calzado mediante técnicas que combinan procesos manuales y mecánicos. |
| Calzacueros | Revista especializada en la industria del calzado y el cuero en Colombia. Fuente importante de información para los zapateros, ofreciendo análisis sobre tendencias, tecnología y mercados. |
| Crupón | Parte más gruesa y resistente del cuero, utilizado en la fabricación de suelas de zapatos. En la zapatería artesanal de Cali, su uso es un indicador de la calidad del calzado. |
| Cuchilla | Herramienta afilada utilizada en la zapatería para cortar y dar forma a los componentes del calzado. La habilidad en su manejo es clave en la fase de su corte y acabado. |
| Cuero | Tradicionalmente es el material natural más utilizado en la fabricación de calzado artesanal. Aquí se explora cómo su uso ha disminuido debido a su elevado costo y a la competencia de materiales sintéticos. |
| Destajo | Modo de pago en el que el trabajador recibe una remuneración basada en la cantidad de tareas completadas, y no en las horas trabajadas. En la zapatería, el destajo es común y motiva la productividad. |
| Distritos industriales | Áreas geográficas donde se concentra una alta densidad de empresas del mismo sector industrial, compartiendo recursos y conocimientos. Los barrios Obrero y Sucre, en Cali, son ejemplos de distritos industriales especializados en zapatería. |
| Economía política | Rama de las ciencias sociales que estudia la relación entre la producción, el comercio, la ley y el gobierno. El libro utiliza un enfoque de economía política para analizar cómo las políticas económicas locales y globales han afectado a los zapateros. |

| | |
|--------------------------|--|
| Emplantillado | Última fase del proceso de fabricación, donde se limpian y revisan los zapatos antes de la venta. Refleja el control de calidad de los zapateros artesanales. |
| Globalización | Proceso de integración económica, social y cultural a nivel mundial. En el libro, la globalización es un factor que ha transformado el oficio zapatero en Cali. |
| Guarnecida | Proceso de coser las piezas cortadas del zapato para formar la parte superior. Es una de las operaciones clave en la fabricación del calzado artesanal. |
| Hormas | Moldes utilizados para dar forma al zapato durante su fabricación. Son fundamentales para tal producción y simbolizan la habilidad técnica del zapatero. |
| Imaginario | Pago adelantado por tareas no realizadas aún, pero programadas para la siguiente semana de trabajo. También puede hacer referencia a las creencias y percepciones simbólicas que los zapateros tienen sobre su oficio. |
| Insumos | Materiales y herramientas necesarias para la producción de bienes. En la zapatería, la calidad y disponibilidad de los insumos son cruciales para la producción final. |
| Interpretativismo | Enfoque en la antropología que se centra en el significado de las prácticas culturales desde la perspectiva de la comunidad. En el libro, se utiliza para analizar cómo los zapateros interpretan su práctica laboral. |
| La Novena | Zona comercial en Cali donde los zapateros compran insumos como cueros y suelas. Es un espacio de intercambio comercial importante para el gremio zapatero. |
| Libre comercio | Política económica que elimina restricciones para facilitar el comercio internacional. En el libro, es analizado como un factor que ha impactado la industria del calzado en Cali. |
| Lunes de zapatero | Tradición laboral entre los zapateros, de tomarse el lunes como un día de descanso o de trabajar medio día. Refleja la flexibilidad en el ritmo laboral del gremio. |
| Modelista | Persona encargada de desarrollar el diseño de un zapato a partir de un modelo o idea existente. Aquí, es crucial para la innovación en el diseño de calzado. |
| Modernización | Proceso de adopción de tecnologías más avanzadas para mejorar la eficiencia. En el libro, esta es vista como un desafío que los zapateros enfrentan al equilibrar tradición y tecnología. |

| | |
|---------------------------------|---|
| Muertos | Hace referencia al pago por una tarea que ya ha sido iniciada, pero no completada a la fecha del pago. Este término refleja las dinámicas económicas del gremio. |
| Parche | Adelanto de pago realizado a los zapateros a mitad de semana. Sirve a modo de anticipo para mantener la liquidez durante la producción. |
| Peletería | Comercio dedicado a la venta y tratamiento de cueros, como insumo fundamental en la fabricación de calzado. La peletería ha sido una actividad importante en la zapatería tradicional de Cali. |
| Producción a escala | Fabricación de productos en grandes cantidades mediante procesos mecanizados. Representa un desafío para los zapateros tradicionales, quienes prefieren producciones más personalizadas. |
| Redes sociales | Plataformas digitales utilizadas para la promoción y venta de productos. En el libro, los zapateros han adoptado WhatsApp e Instagram para comercializar sus productos. |
| Resistencia cultural | Prácticas que buscan preservar identidades culturales frente a las presiones de la globalización. Los zapateros de Cali la practican al mantener sus técnicas tradicionales. |
| Sintético | Material artificial que ha reemplazado en muchos casos al cuero debido a su menor costo. En el libro, se analiza cómo este material ha facilitado la producción masiva de calzado. |
| Soladura | Proceso de fijar la suela al cuerpo del zapato utilizando adhesivos. Es una de las fases más importantes en la fabricación del calzado artesanal. |
| Subcontratación | Práctica de delegar parte del proceso de producción a terceros para reducir costos. Algunos zapateros subcontratan ciertas fases de este para mejorar la eficiencia. |
| Sustentabilidad cultural | Capacidad de una comunidad para mantener sus prácticas culturales frente al cambio económico. Los zapateros de Cali han mantenido sus tradiciones y técnicas pese a la presión de la globalización. |
| Táctica tecnológica | Estrategia para emplear tecnología de manera innovadora. Los zapateros han desarrollado algunas, como el uso de redes sociales, para mejorar la producción y comercialización. |
| Taller | Espacio físico donde se produce el calzado, generalmente de manera artesanal o semiindustrial. En el libro, también se refiere al espacio de socialización y transmisión de conocimientos. |

| | |
|-----------------------------------|---|
| Tarea | Conjunto de unidades de producción en la zapatería, que pueden ser una docena o más. Representa el objetivo de producción asignado a los trabajadores. |
| Tecnología artesano-fabril | Herramientas y técnicas que combinan la producción artesanal con maquinaria básica. Refleja la manera en que los zapateros han integrado tecnología sin perder el carácter manual de su trabajo. |
| Zapatería | Oficio, taller o lugar donde se fabrican y reparan zapatos. En el libro, la zapatería se presenta como un espacio cultural, económico y social fundamental en Cali. |
| Zapatero | Persona dedicada a la fabricación, reparación o venta de zapatos. Aquí, el zapatero es descrito como un artesano que ha sabido adaptarse a los cambios económicos y tecnológicos sin perder su esencia tradicional. |
| Zapatero artesano-fabril | Combina técnicas tradicionales de fabricación manual con procesos mecanizados. En el libro, se analiza cómo el término describe la adaptación de los zapateros de Cali a un mercado global. |

Referencias

- Acevedo, D. (1991). Consideraciones críticas sobre la historiografía de los artesanos del siglo XIX. *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura*, 30, 125-144.
- Acuña, V. (1990). Vida social, condiciones de trabajo y organización sindical. El caso de los zapateros en Costa Rica, 1934-1955. *Historias*, 105-118.
- Alegría, E. y Rivera, C. (2015). *Percepción de las marcas Lacoste y Polo, incidencia y comportamiento del usuario en Colombia*. Cali: Universidad ICESI.
- Aranda, G. (2018). *Percepciones y experiencias de los trabajadores de la industria del calzado durante un periodo de cambios, León, 1970-2000* [Tesis de Maestría en Historia, Universidad de Guanajuato]. Universidad de Guanajuato.
- Arendt, H. (2019). Labor, trabajo, acción. En *La pluralidad del mundo* (pp. 170-193). Barcelona: Penguin Random House.
- Arroyo, J. (2006). *Historia de las prácticas empresariales en el Valle del Cauca*. Cali: Universidad del Valle.
- Bajtín, M. (1999). *La estética de la creación verbal*. México: Siglo XXI Editores.
- Baudrillard, J. (2000). *El espejo de la producción*. Barcelona: Gedisa.
- Bazán, L., Estrada, M., Nieto, R., Sánchez, S. y Villanueva, M. (1988). *La situación de los obreros del calzado en León, Guadalajara*. México D.F.: Casa Chata.
- Becattini, G. (2002). Del distrito industrial marshalliano a la «teoría del distrito» contemporánea: Una breve reconstrucción crítica. *Investigaciones Regionales*, 1, 9-32.
- Bejarano, J. y Polando, M. (2015). *Percepción de las marcas Nike y Adidas, incidencia y comportamiento del usuario en Colombia*. Cali: Universidad Icesi.
- Berger, P. y Luckmann, T. (1968). *La construcción social de la realidad*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Bourdieu, P. (1990). Espacio social y génesis de las “clases”. En P. Bourdieu, *Sociología y cultura* (pp. 281-309). México D.F.: Grijalbo.
- Bourgeois, P. (2010). *En busca del respeto: Vendiendo crack en Harlem*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Calleja, M. (1985). Dependencia y crecimiento industrial: Las unidades domésticas y la producción de calzado en León, Guanajuato. *Relaciones. Estudios de historia y sociedad*, 54-85.
- Cano, M. (2008). *Institución Técnico Industrial I.T.I Antonio José Camacho - 75 años: Entre dos siglos - 1933 - 2008. Líderes en formación industrial*. Cali: Municipio de Santiago de Cali.

- Castaño, J. y Díaz, P. (2015). *Percepción de las marcas Levis y Diesel, incidencia y comportamiento del usuario en Colombia*. Cali: Universidad Icesi.
- Castro Carvajal, B. (Ed.). (2016). *Historia de la vida cotidiana en Colombia* [recurso electrónico]. Bogotá: Ministerio de Cultura.
- Colmenares, G. (1997). *Historia económica y social de Colombia I 1537-1719*. Santafé de Bogotá: Tercer Mundo.
- Colmenares, G. (2007). La formación de la economía colonial (1500-1740). En J. A. Ocampo, *Historia económica de Colombia*. Bogotá: Planeta.
- Comaroff, J. y Comaroff, J. (1992). *Ethnography and the Historical Imagination*. Boulder, Colorado: Westview Press.
- Cunegatto, T., Eckert, C. y Rocha, A. (2005). As técnicas corporais e o fazer antropológico: questões de gênero no trabalho de campo. *Iluminuras*.
- De Certeau, M. (2000). *La invención de lo cotidiano*. México, D.F.: Instituto Tecnológico y Estudios Superiores de Occidente.
- Drexler, J. y Tocancipá-Falla, J. (2020). *Investigar la vida social: Orientaciones desde la etnografía*. Popayán: Universidad de Cauca.
- Echevarría, C. y Hurtado, J. (2016, mayo 13). *Estudio del sector calzado en Colombia*. Cali: Universidad Icesi.
- Eusse, O., Henao, A., Jiménez, N. y Garzón, J. (2000). *Atlas histórico de Cali. Siglo XVIII-XXI*. Cali: Unicatólica.
- Firth, R. (1977). ¿El antropólogo escéptico? La antropología social y la perspectiva marxista de la sociedad. En M. Bloch, *Análisis marxista y antropología social* (pp. 43-78). Barcelona: Anagrama.
- Forero, D. (2014). El sector del calzado en el barrio El Restrepo, Bogotá: Un análisis de caso a la luz de los sistemas productivos locales. *Equidad & Desarrollo*, 21, 97-123.
- Franco, L. (2014). Los artesanos de Antioquia a fines del período colonial: Una mirada a través de la Instrucción General para los Gremios de 1777. *Historia y Sociedad*, 26, 81-97.
- Gadamer, H. (1999). *Verdad y método I*. Salamanca: Sígueme.
- Gaviria, E. (2002). *El liberalismo y la insurrección de los artesanos contra el libre cambio*. Bogotá: Fundación Universitaria Universidad de Bogotá Jorge Tadeo Lozano.
- Geertz, C. (1989). *El antropólogo como autor*. Barcelona: Paidós.
- Geertz, C. (2003). *La interpretación de las culturas*. Barcelona: Gedisa.

- Giraldo, T. y Pedraza, J. (2016). *Desarrollo de una herramienta para soportar el proceso de planeación de requerimientos de materiales en las empresas de manufactura en el Valle del Cauca*. Cali: Universidad Javeriana.
- Hall, S. (1997). The work of representation. En S. Hall (Ed.), *Representation: Cultural representations and signifying practices* (pp. 13-75). London: Sage.
- Hernández, J. (2014). Propuesta de integración empresarial para el sector industrial de calzado y marroquinería de El Restrepo, Bogotá. *Punto de Vista*, 8, 175-197.
- Hobsbawm, E. y Scott, J. (1987). Zapateros políticos. En E. Hobsbawm, *El mundo del trabajo: Estudios históricos sobre la formación y evolución de la clase obrera* (pp. 144-184). Barcelona: Grijalbo.
- Iglesias, E. (1998). *Las industrias del cuero y del calzado en México*. México: Instituto de Investigaciones Económicas, UNAM.
- Iglesias, E. (2014). La industria del calzado en México a veinte años del TLCAN. En A. Oropeza (Ed.), *TLCAN 20 años: ¿Celebración, desencanto o replanteamiento?* (pp. 279-312). México D.F.: Universidad Nacional Autónoma de México.
- Jaramillo, J. (1976). Las sociedades democráticas de artesanos y la coyuntura política y social colombiana de 1848. *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura*, 8, 5-18.
- Jaramillo, J. (2017). *El pensamiento colombiano en el siglo XIX*. Bogotá: Ministerio de Cultura.
- Jimeno, M. (1981). Políticas estatales y desarticulación indígena durante el frente nacional. *Maguaré*, 1, 17-27.
- Kalmanovitz, S. (2010). *Nueva historia económica de Colombia* (S. Kalmanovitz, Trad.). Bogotá: Taurus.
- Lamo, M. y Therrien, M. (2001/2002). Loza fina para Bogotá: Una fábrica de loza del siglo XIX. *Revista de Antropología y Arqueología*, 13, 199-228.
- Langebaek, C. (1987). *Mercados, poblamiento e integración étnica entre los muiscas: Siglo XVI*. Bogotá: Banco de la República.
- Law, J. (2016). *Dictionary of Business and Management*. Oxford: Oxford University Press.
- Lessa, C. (1979). Política económica: ¿Ciencia o ideología? *Revista de la Cepal*, 7, 59-86.
- Lleras, A. (1961). Programa General de Desarrollo Económico y Social.
- Lughod, L. (2006). Interpretando la(s) cultura(s) después de la televisión: sobre el método. *Iconos. Revista de Ciencias Sociales*, 24, 119-141.
- Lughod, L. (2012). Escribir contra la cultura. *Andamios*, 19, 129-157.
- Malinowski, B. (1986). *Los argonautas del Pacífico Occidental*. Barcelona: Planeta-Agostini.

- Marx, K. y Hobsbawn, E. (2009). *Formaciones económicas precapitalistas*. México: Siglo XXI Editores.
- Mayor Mora, A. (2014). *Las escuelas de artes y oficios en Colombia 1860-1960: El poder regenerador de la cruz*. Vol. 1. Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana.
- Mintz, S. (1996). *Dulzura y poder: El lugar del azúcar en la historia moderna*. México: Siglo XXI Editores.
- Montero, F. (2000). Movilidad socio-espacial familiar y trayectoria de vida del zapatero Josefino (1990-1950): Un estudio de caso. *Cuadernos de Antropología*, 11, 45-60.
- Montero, F. (2004a). Compromiso y conflicto del sindicato de zapateros de Costa Rica en el contexto de la guerra civil española 1936-1939. *Reflexiones*, 83, 87-95.
- Montero, F. (2004b). Los alcances de la investigación etnohistórica: El caso de los zapateros de Costa Rica (1934-1949). En M. Araya y M. Bolaños (Eds.), *Retos y perspectivas de la antropología social y la arqueología en Costa Rica a principios del siglo XXI* (pp. 95-102). San José, Costa Rica: Universidad de Costa Rica.
- Muñoz, F. (1982). *Asesoría a la microempresa calzado Cerig*. Cali: Universidad Autónoma de Occidente.
- Narotzky, S. (2004). *Antropología económica: Nuevas tendencias*. Barcelona: Melusina.
- Nieto, L. (2016). *Economía y cultura en la historia de Colombia*. Bogotá: Ministerio de Cultura.
- Nieto, R. (1986). El oficio del zapatero: Antecedentes y tendencias. *Nueva Antropología*, 8(29), 29-47.
- Obando, S. y Otero, A. (2017). Propuesta integral de mejora de la productividad a partir de un análisis sistémico de una empresa manufacturera de calzado. Cali: Universidad Javeriana.
- Ocampo, J. (2007). *Historia económica de Colombia*. Bogotá: Planeta.
- Ortiz-Trina, V. y Caicedo-Rolón, Á. (2014). Procedimiento para la organización y control de la producción de una pequeña empresa de calzado. *Scientia et Technica*, 19(4), 377-384.
- Ortner, S. ([1984] 1993). La teoría antropológica desde los años sesenta. (R. Páez, Trad.). Guadalajara: Universidad de Guadalajara.
- Ortner, S. (2016). *Antropología y teoría social: Cultura, poder y agencia*. San Martín: UNSAM EDITA.
- Ospina, L. (2017). *Industrial y protección en Colombia, 1810-1930*. Bogotá: Ministerio de Cultura.

- Restrepo, E. (2018). *Etnografía: Alcances, técnicas y éticas*. Lima: Fondo Editorial de la Universidad Nacional Mayor.
- Restrepo, E., Rojas, A. y Saade, M. (2007). *Antropología hecha en Colombia. Tomo I*. Popayán: Universidad del Cauca.
- Rivera, A. y Dahners, H. (2015). *Percepciones de las marcas Puma y Reebok, incidencia y comportamiento del usuario en Colombia*. Cali: Universidad Icesi.
- Rocha, M. (2014). *A Memória Coletiva e o Ofício de Sapateiro em Belém-PA: As narrativas de mestres e aprendizes da arte dos calçados* [Dissertação de Mestrado, Universidade Federal do Pará]. Universidade Federal do Pará.
- Romero, A., Monroy, R. y Ramírez, R. (2017). Estrategias para mejorar la productividad y competitividad de las empresas de Calzado de Cúcuta. *Espacios*, 38(39), 1-10.
- Roseberry, W. (1988). Political Economy. *Annual Review of Anthropology*, 17, 161-185.
- Roseberry, W. (1997). Marx and Anthropology. *Annual Review of Anthropology*, 26, 25-46.
- Roseberry, W. (2014). *Antropologías e historias: Ensayos sobre cultura, historia y economía política* (A. Acevedo, Trad.). Zamora, Michoacán: El Colegio de Michoacán.
- Ruiz, A. y Mera, H. (2018). *Historia del barrio Obrero de Cali: Orígenes y conformación como espacio urbano 1916 - década 1940*. Cali: Alcaldía de Santiago de Cali.
- Sánchez, S., Nieto, R. y Urteaga, A. (1980). Los trabajadores del calzado en Guanajuato. *Cuadernos Políticos*, 24, 55-66.
- Sanz, C. y Velasco, Á. (2014). Percepción de la innovación en las industrias de calzado del Valle del Cauca. *Iconofacto*, 10(15), 58-72.
- Sarria, C. (1981). *Organización y control de una microempresa: Calzado "Angela"*. Cali: Universidad Autónoma de Occidente.
- Schutz, A. (2003). *El problema de la realidad social*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Sennett, R. (2009). *El artesano*. Barcelona: Anagrama.
- Sigaut, F. (1994). Technology. En T. Ingold (Ed.), *Companion Encyclopedia of Anthropology: Humanity, Culture and Social Life* (pp. 420-459). New York: Routledge.
- Silva, M. (2019). A Arte de Fazer Sapatos: Modos de Fazer e de Apresentar na Indústria de Calçado portuguesa. *Cadernos de Arte e Antropologia*, 8(1), 29-45.
- Taussig, M. (1993). *El diablo y el fetichismo de la mercancía en Sudamérica*. México: Nueva Imagen.
- Tenorio, C. (2018). *Distribución espacial de la industria del calzado en Santiago de Cali 2018* [Trabajo de pregrado en Economía, Universidad del Valle]. Universidad del Valle.

- Tocancipá-Falla, J. (Comp.). (2016). *Antropologías en Colombia: Tendencias y Debates*. Popayán: Universidad del Cauca.
- Triana, H. (1965). El aprendizaje en los gremios neogranadinos. *Boletín Cultural y Bibliográfico*, 8(5), 735-742.
- Triana, H. (1966). El aspecto religioso en los gremios neogranadinos. *Boletín Cultural y Bibliográfico*, 9(2), 269-281.
- Triana, H. (1967). Los artesanos en las Ciudades Neogranadinas. *Boletín Cultural y Biográfico*, 10(2), 326-336.
- Ulloa, A. (1986). *La Salsa en Cali*. Cali: U.P.B.
- Urrea, F. (2012). Transformaciones sociodemográficas y grupos socio-raciales en Cali a lo largo del siglo XX y comienzos del siglo XXI. En *Historia de Cali, Siglo XX, Vol 1* (pp. 195-234). Cali: Universidad del Valle, Facultad de Humanidades.
- Urrutia, M. (2016). *Historia del sindicalismo en Colombia, 1850-2013*. Bogotá: Universidad de los Andes.
- Vásquez, É. (1990). *Historia del desarrollo económico-social y urbano en Santiago de Cali 1900-1975*. Cali: Universidad del Valle, Facultad de Ciencias Sociales y Económicas.
- Vásquez, É. (2001). *Historia de Cali en el siglo 20: Sociedad, economía, cultura y espacio*. Cali: Universidad del Valle.
- Wolf, E. (2005). *Europa y la gente sin historia*. México D.F.: Fondo de Cultura Económica.

Sobre el autor

Óscar Alonso Acosta Barrientos nació en la ciudad de Cali, Valle del Cauca. Es profesional en Recreación, licenciado en Filosofía, magíster en Antropología y actualmente cursa estudios de doctorado en Antropología. Su trayectoria académica y profesional se ha centrado en el estudio de la antropología urbana, los oficios tradicionales, la historia regional, la economía política y las tecnologías, así como también los estudios sociales y culturales sobre la educación.

Se desempeña como profesor en la Institución Universitaria Antonio José Camacho (UNIAJC), donde ha contribuido de manera significativa al fortalecimiento académico y a la formación de nuevas generaciones de profesionales de la educación. También ha sido docente en el programa de Antropología de la Fundación Universitaria Claretiana, desde donde ha aportado a los procesos formativos con un enfoque crítico, situado y comprometido con las realidades sociales del país.

Es miembro del Colectivo Minga del Pensamiento y de la Red Comunitaria de Agriculturas para la Vida, espacios académico-comunitarios que promueven el diálogo de saberes entre la universidad y las comunidades. Desde allí, ha participado en la creación y puesta en práctica de metodologías de investigación participativa, orientadas por principios de reciprocidad, cocreación del conocimiento, y acción transformadora ante las problemáticas sociales contemporáneas.

Este libro se terminó de imprimir en Savama Editores, en abril de 2025.
Para su elaboración se utilizó Propalcote 250 g en la carátula, y bond avena 75 g en páginas interiores.
Fuente tipográfica para el texto Calisto MT 10 pt.

En su libro *El Artesano*, Richard Sennet (2008) señala que su tutora Hannah Arendt le enseñaba una de las lecciones de la vida: “en general, las personas que producen cosas no comprenden lo que hacen”. A los años el autor comprendió que ese principio de lección no aplicaba como una generalidad. Este es, al parecer, el caso del libro de Óscar “Resistiendo en el taller: la zapatería en la era global”. Sus páginas nos llevan a un recorrido de cómo el oficio del zapatero en Cali se inserta en la vida ciudadana desde tiempos coloniales y republicanos hasta el presente. Resulta difícil encasillar su trabajo en un campo disciplinar específico en la medida que el enfoque de aproximarse y comprender el problema de cuál ha sido el rol y la sobrevivencia del zapatero en tiempos de crisis nacionales y globales, demanda de la visión histórica, de la economía política, la sociología, el urbanismo, la antropología urbana, y en particular de una antropología de la tecnología.

Jairo Elicio Tocancipá-Falla

APOYAN:



**Doctorado
en Antropología**
Universidad
del Cauca

